

*«Me fusilan al amanecer.
El capitán Navarro me ha
preguntado si quiero algo.
¡Vivir!, le he dicho.»*

Carlos Fonseca Tiempo de memoria

Una novela sobre el hombre que intentó matar a Franco



Lectulandia

Ernesto, catedrático de Historia, encuentra en el archivo del Tribunal Militar, una carta enviada en el año 37, en la que un alto cargo comunica a los padres del cabo José Rico que su hijo ha sido fusilado. El documento despierta el interés del historiador que se va adentrando en la biografía de este joven destinado en Ceuta el año del levantamiento militar. En un arranque de valentía, compromiso con la República e inocencia, cuando José Rico se entera de que el jefe del Estado Mayor, Francisco Franco, va a recalar en Ceuta antes de iniciar su marcha hacia la península, propone a sus compañeros atentarse contra él durante el encuentro que tiene previsto realizar con los soldados. Franco nunca departirá con ellos, sin embargo, alguien delatará las intenciones de los insurrectos. Antes de que el jefe del Estado Mayor parta hacia la península, todos estos son encarcelados y más tarde fusilados. Durante los días que permanece en prisión, José Rico escribe un diario. En él cuenta su desesperación, la angustia que siente por el dolor de su familia y el horror ante lo que está sucediendo. Ernesto lee este diario y con los apuntes biográficos de José Rico, decide seguirle el rastro hasta dar con Toño, hermano de Rico y único miembro de su familia que queda vivo. Toño es el último testigo que puede dar cuenta del sufrimiento que supuso la guerra civil y la postguerra para familias anónimas cuya historia, una vez fallecidos los protagonistas, apenas quedará en algunos documentos. La realidad documentada y la ficción se unen para relatar/recuperar la vida de un héroe anónimo, José Rico, que podría haber cambiado el rumbo de la Historia.

Lectulandia

Carlos Fonseca

Tiempo de memoria

ePub r1.0

Titivillus 15.11.15

Título original: *Tiempo de memoria*

Carlos Fonseca, 2009

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para quienes quiero

I

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración. Deberes de mi cargo me obligan a cumplir esta misión, tan penosa, de dar a Vd. cuenta del fallecimiento de su querido hijo José en las circunstancias que Vd. ya conoce. Por lo que le envío mi más sentido pésame.

El perfil de las letras se desdibujó en sus ojos por efecto de las lágrimas. Era la confirmación de un desenlace esperado, y pese a ello no pudo evitar una sensación de ahogo en el pecho. Pasó la mano por las mejillas y continuó leyendo para sí.

He de decir a Vd. para su consuelo que el asunto en que se había metido su hijo, partiendo de una falsa idea, influenciado sin duda por las radios rojas, era tan gravísimo que a pesar de mi buena voluntad y de la poderosa ayuda que me ha prestado Don Francisco Vicente, con sus profundos conocimientos jurídicos y sus amistades, no fue posible en modo alguno conseguir del consejo de guerra que se aminorara la pena pedida por el señor Fiscal para su desgraciado hijo.

Debido a las conversaciones tenidas con él durante la tramitación del proceso, que empezó en el mes de julio de 1936, a los pocos días de iniciarse el Movimiento Nacional, había llegado a conocerlo a fondo y a estimarle por sus buenas cualidades y carácter en extremo sencillo y cariñoso, por lo que se había granjeado el aprecio y la consideración de cuantos le trataban. Además, sabíamos de la reciedumbre de su carácter por haberle visto sin inmutarse en los diferentes actos de la prueba.

—¡Antonio!

La voz de su mujer le hizo doblar instintivamente el papel.

—¿Qué ocurre, Antonio? —inquirió Aurora preocupada por el gesto grave de su marido—. ¿Qué pasa? —volvió a preguntar al no obtener respuesta.

—Han matado a José —dijo en voz baja para amortiguar el impacto de sus palabras.

Aurora se tapó la cara con las manos.

—No es posible, no es posible —negó con la cabeza.

Antonio se levantó y acudió a su encuentro para encerrarla en un abrazo que le permitió romper en llanto.

Sólo me hizo el encargo de enviar a Vd. esta carta, y respecto a sus prendas y objetos llamó en mi presencia a uno de los guardianes y le encargó que se las entregase a un paisano suyo, como así lo hizo. También quiero decirle que conservó su serenidad y sangre fría en todo momento y que murió como un hombre, produciendo esta serenidad la admiración de cuantos presenciaron tan tristísimo acto.

Hoy 18 se ha dado cristiana sepultura a su cadáver en el cementerio de esta ciudad. Dios le ayudará en su pena y les proporcionará la resignación necesaria para sobrellevar esta desgracia, a la que me asocio de todo corazón, acompañando a ustedes en su justo dolor.

Lamentando profundamente el motivo de dirigir la presente carta, me ofrezco incondicionalmente para cuanto pueda serle necesario, suyo afmo. q. e. s. m.

Diego Navarro

Ceuta, 18 de abril de 1937

La frialdad de la estancia contrastaba con el sol de primavera que caldeaba la calle. Las campanas de la iglesia comenzaron a repiquetear llamando a misa de domingo.

II

Apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla mientras observaba el verde vivo de la Casa de Campo. El tren de cercanías viajaba prácticamente vacío, pasada ya la hora punta, y podía leer el periódico o repasar el guión del trabajo de esa mañana durante los veinte minutos justos de viaje hasta la estación de Atocha.

Subió las escaleras mecánicas que comunicaban el andén con el *hall* de la estación, donde se abría un laberinto de corredores, lo atravesó a paso ligero y salió a la calle. Hacía el frío de una mañana de otoño, cuando el sol es ya tenue, preludio del invierno. Cruzó el semáforo situado frente al Museo Etnográfico y enfiló en dirección al paseo de Reina Cristina. En tres minutos a buen ritmo llegó a su destino.

Esquivó el portón metálico y siguió la flecha que señalaba la entrada. En el mostrador esperaba la misma persona que cada mañana le requería su documento de identidad y le preguntaba dónde iba, como si no lo supiera después de un año de visitas. Tanto tiempo que había estudiado cada detalle de aquel hombre dotado de un rostro sin gestos, embutido en su uniforme de faena con el nombre grabado en el bolsillo de pecho de la camisa: Martín. La tira dorada en las hombreras daba cuenta de su grado militar: cabo primero. El cabo primero Martín. ¿Qué edad tendría?, se había preguntado en alguna ocasión mientras observaba cómo tomaba nota de sus datos. Treinta, si es que los había cumplido.

«Cuarta planta», le dijo una vez más, y él respondió con el educado «gracias» de cada día. Colocó el portafolios en la cinta y pasó bajo el arco de detección de metales. Al otro lado, un soldado más joven, con uniforme de camuflaje y aspecto marcial, pretendidamente intimidatorio, era el último obstáculo antes de alcanzar la escalera que conducía a los ascensores. Sobre la entrada, un enorme «Todo por la patria».

La planta estaba más concurrida de lo habitual. El archivo se encontraba en el ala del edificio que ocupaban las dependencias del Tribunal Militar Territorial número 1, y el bullicio indicaba que iba a comenzar un consejo de guerra. La primera vez que preguntó por aquel despliegue de uniformes le explicaron que eran vistas contra soldados que en la mayoría de los casos habían desertado y, pasado un tiempo, habían regresado a su casa y a sus destinos, no tanto arrepentidos como asustados. En ocasiones la curiosidad le entretenía ante el tablón de anuncios, del que colgaban numerosas requisitorias. «1643. Juan Antonio Roldán, nacido en Málaga, hijo de Antón y de Luisa, en la actualidad en ignorado paradero, deberá comparecer ante este tribunal dentro del término de quince días, contados a partir de la publicación de la presente, a fin de constituirse en prisión, que le viene decretada por auto dictado en diligencias preparatorias seguidas en su contra por un presunto delito de ABANDONO DE DESTINO, artículos 119 y 119 bis, bajo apercibimiento de que en caso de no comparecer será declarado rebelde».

Desde el pasillo se atisbaba el estrado, cubierto con un paño de terciopelo color

burdeos y presidido por un crucifijo. Allí se acomodaba el tribunal, a ambos lados la defensa y el fiscal, y enfrente el acusado. Fuera esperaba un muchacho nervioso al que su abogado, enfundado en la toga, explicaba algo. Pasó de largo con la mirada puesta en los despachos que se abrían a la derecha, con placas en las que aparecía inscrito el nombre y el rango de sus inquilinos.

La puerta del archivo estaba cerrada. Miró el reloj molesto por la laxitud con la que se tomaban allí las cosas. Las nueve y media de la mañana. Se sentó en el banco corrido que había frente a la entrada y esperó. Pasó un cuarto de hora hasta que vio llegar al teniente Fernández con su paso cansino y la gorra de plato bajo el brazo.

—Buenos días, Ernesto, usted siempre tan madrugador —le dijo con el tono confianzudo que da el trato prolongado.

—Buenos días. Ya sabe que yo voy siempre con prisa —devolvió el usted del que nunca apeaba a su interlocutor.

—Pues hay tiempo para todo —dijo mientras abría la puerta con la llave—. Ya tiene los últimos expedientes que nos pidió. Se los he dejado encima de la mesa.

La oficina era un espacio rectangular, con tres mesas situadas en el centro y las paredes recorridas por archivadores con miles de fichas ordenadas alfabéticamente. Una puerta daba paso a un cuartucho con estanterías metálicas en las que se apilaban decenas de legajos. La estancia tenía una única ventana abierta al patio interior del cuartel. Un terraplén y varios álamos de notable altura filtraban la luz y daban a la sala un aire triste y decadente.

En una estantería se acumulaban los expedientes de los consejos de guerra celebrados durante la guerra civil y la posguerra cuya consulta solicitaban investigadores, los propios afectados o sus familiares. A veces los ojeaba en busca de alguna identidad conocida, pero sólo encontraba listados de gente anónima: Antonio López Asenjo, Julián Vázquez Ruiz... apellidos sin historia contra quienes la dictadura dirigió su inquina y condenó a muerte o a largos años de prisión. Legajos amarillentos que dejaban en los dedos un rastro de suciedad acumulada durante años de espera en el depósito de un acuartelamiento de Campamento. La humedad había podrido algunos de aquellos papeles, que se deshacían con sólo tocarlos, formando una leve nube de polvo que se metía en las narices y provocaba un picor que obligaba a estornudar.

Sobre la vieja mesa de madera de estilo renacimiento español, procedente de algún cambio de mobiliario, se amontonaban legajos encuadernados con bramante. Los había solicitado hacía tres semanas, pero nadie acudía a rescatarlos de su destierro hasta que la superioridad autorizaba el envío de un vehículo. Podían transcurrir semanas o meses, según el trabajo de la oficina. Al teniente Fernández aquello le parecía un engorro. Su carrera militar había tocado techo en un destino cómodo y cuantos menos problemas le plantearan, mejor. Cuando a fuerza de visitas se había establecido entre ambos una falsa familiaridad, le confesó que, con todos los respetos hacia su trabajo, le parecía una barbaridad que la gente se dedicase a

revolver en el pasado. Que lo hecho, hecho estaba, y que él de política ni entendía ni quería entender, pero que barbaridades en la guerra se cometieron en los dos bandos y, en confianza, que lo que habría que hacer era quemar todos aquellos papeles viejos que sólo resucitaban rencores.

La concesión de indemnizaciones a quienes habían purgado años de prisión en las cárceles franquistas había terminado con la tranquilidad de la oficina. Ahora, además del trabajo del día a día, se acumulaban las solicitudes de abuelos que reclamaban un certificado de su permanencia en prisión en los años de la dictadura, lo que obligaba a desenterrar viejos expedientes y a revisarlos. Aunque nada de aquello había modificado los hábitos del teniente: antes de subir a la oficina tomaba un café en el bar de oficiales, mucho más económico que en la calle, y a la hora del aperitivo acudía de nuevo a la cantina para tomar un vino español, regresaba al despacho, cogía sus cosas y se marchaba a casa a las dos en punto de la tarde.

El trabajo del archivo lo sacaba adelante un funcionario del Ministerio de Defensa y un soldado al que habían destinado a la oficina por la acumulación de tareas. Las habituales ausencias del teniente habían facilitado una relación fluida entre Ernesto y el primero, un hombre de mediana edad, reservado y discreto, que cumplía su tarea sin entusiasmo pero con pulcritud, con quien comentaba los avances de su investigación. El soldado no abría la boca si no se dirigían a él, y aun así era parco en palabras. Hasta que se incorporó al Ejército no había salido de su pueblo, y su falta absoluta de pericia con los papeles obligaba al funcionario a desplegar una paciencia infinita con él.

Cotejó los expedientes con la lista de los que aún tenía pendientes de consultar: 10320/41, 632/41 y 923/42. Estaban todos. Tomó el primero y comenzó a ojearlo. El primer documento era un informe de la Brigada Político-Social de octubre de 1941 dirigido al excelentísimo señor general juez instructor especial de Delitos de Espionaje, que tenía su sede en el número 57 de la calle Lista. Leyó por encima: «Es el partido comunista quien después de acabada la guerra no se resigna a permanecer inactivo y, siguiendo las órdenes de Rusia, fomenta por todos los medios el descontento en el interior del país, procurando proteger a todos sus elementos adictos, que la victoria de las fuerzas nacionales puso en derrota fuera de nuestras fronteras».

Cuatro folios más adelante el escrito informaba de la reconstitución en México del Comité Central del PCE, integrado por Vicente Uribe, Pedro Martínez, Pedro Checa, Santiago Carrillo y Fernando Claudín, entre otros, que disponía de un subcomité en La Habana formado por Luis Delage, Santiago Álvarez y Jesús Larrañaga. Su atención se centraba en ese momento de la investigación en este dirigente vasco, a quien habían encargado reorganizar desde Lisboa el partido en España al acabar la guerra civil. Su detención en la capital portuguesa junto a otros compañeros había frustrado el plan y provocado una oleada de caídas en el interior.

Continuó examinando el expediente durante toda la mañana, hasta que la voz del teniente Fernández le devolvió a la realidad.

—Ernesto, lo tiene que ir dejando por hoy, ya es la hora.

Se quitó las gafas, se restregó los ojos con las manos, como si se lavara la cara, y recogió las hojas que había desparramado sobre la mesa. Había apartado la copia ennegrecida por el papel de calco de una carta sin aparente relación con el sumario que tenía entre manos. Estaba fechada el 18 de abril de 1937 en Ceuta e iba dirigida a don Antonio Rico Matías, vecino de Monleras (Salamanca). En el extremo superior izquierdo, un anagrama y la leyenda: Comandancia de Intendencia de la Circunscripción Occidental de Marruecos. Oficiales.



Sr. Don Antonio Rico Matías.
Monleras (Salamanca)

Muy Sr mío y de mi mayor consideración: Deberes de mi cargo me obligan a cumplir esta misión, tan penosa, de dar a Vd cuenta del fallecimiento de su rido hijo José, en las circunstancias que Vd ya conoce.—Por lo que le envío mis más sentido pésame.—

He de decir a Vd, para su consuelo, que el asunto en que se había tido su hijo.—partiendo de una falsa idea, influenciado sin duda por las radios rora tan gravísima, que a pesar de mi buena voluntad y de la poderosa ayuda que me prestado Don Francisco Vicente, con sus profundos conocimientos jurídicos y sus atitudes en ésta, no fué posible en modo alguno conseguir del Consejo de Guerra que aminorára la pena pedida por el Sr Fiscal para su desgraciado hijo.—

Debido a las conversaciones tenidas con él durante la tramitación proceso que empezó en el mes de julio, a los pocos días de iniciarse el Movimiento Nacional, había llegado a conocerlo a fondo y a estimarle por sus buenas cualidades y carácter en extremo sencillo y cariñoso, por lo que se había granjeado el aprecio y la consideración de cuantos le trataban; además sabíamos de la reciedumbre de su carácter por haberle visto sin inmutarse en los diferentes actos de la prueba y ejecución de cargos de la causa.—

Yo, que le acompañé hasta el último momento, hé de darle a Vd cuenta de que a petición suya confesó y comulgó en la capilla con verdadera fé y piedad.

Solo me hizo el encargo de enviar a Vd, la adjunta carta y respecto a sus prendas y objetos llamé en mi presencia a uno de los guardianes y le encargó que se les entregase a un paisano suyo, como así lo hizo.— También quiero decirle que conservó su serenidad y sangre fría en todo momento y que murió como un hombre, produciendo esta serenidad la admiración de cuantos presenciaron tan tristísimo acto.—

Hoy 18 se ha dado cristiana sepultura a su cadáver en el Cementerio de ésta ciudad.

Dios les ayudará en su pena y les proporcionará la resignación necesaria para sobrellevar éste desgracia,—a la que me asocio de todo corazón, acompañando a Vdes en su justo dolor.—

Lamentando profundamente el motivo de dirigir la presente carta, me ofrezco incondicionalmente para cuanto pueda serle necesario suyo affmo, a. s. q. e. s. m.

Ceuta 18 de Abril de 1.937.—

—Ernesto, disculpe, pero hoy tengo algo de prisa, le ruego que recoja sus cosas —volvió a escuchar de fondo la voz del oficial.

Antes de marcharse pidió al teniente que le dejara hacer una fotocopia de aquel documento. «Hágala», le respondió con fastidio. Releyó la misiva en el ascensor y concluyó que seguramente se habría traspapelado de alguna otra causa, quien la encontró no supo dónde guardarla y la enterró en el primer expediente que tuvo a mano. La carta aludía a un proceso iniciado en julio de 1936, fecha del denominado por los vencedores «alzamiento nacional», pero estaba escrita nueve meses más tarde, supuso que días después de ejecutarse la pena de muerte contra el pobre desdichado que se escondía tras ella. En la parte superior derecha, escrito a mano: 191/36, sin duda la numeración de la causa.

Tomó el tren de vuelta a casa. Tenía clase a las cinco, de modo que podía comer algo antes de ir a la facultad. El almuerzo le sumía en un sopor que tardaba en abandonarle y prefería ir ligero. Antes telefoneó a Andrés Colmenares, compañero del departamento de Historia Contemporánea, para comentarle cómo había ido la mañana y saber si había localizado en el archivo del PCE los documentos que rastreaban sobre la estancia de José Larrañaga en el campo de concentración de Albatera y su fuga del mismo. El final de la guerra le sorprendió en Valencia, desde donde se dirigió a Alicante con el propósito de embarcarse rumbo al exilio, y al no conseguirlo fue detenido junto a miles de personas que quedaron atrapadas en el puerto de la ciudad en espera de unos barcos de la Sociedad de Naciones que nunca llegaron.

—Ernesto, he encontrado lo que buscábamos —le dijo Andrés desde el otro lado de la línea—. Larrañaga estuvo dieciocho días en Albatera.

—¿Y sabemos cómo consiguió salir de allí?

—Pues sí, y aquí viene lo mejor —se hizo el interesante—. Ya sabes que las personas contra las que no encontraban pruebas o no habían sido denunciadas eran puestas en libertad y se les extendía un salvoconducto para volver a sus localidades de origen, donde volvían a pasar el filtro de la Falange.

—Vale, ¿y?

—Que Larrañaga aprovechó que uno de los presos había dejado el salvoconducto al centinela mientras recogía sus enseres para suplantarlos. Dio su nombre, que no sé cómo consiguió, recogió el salvoconducto y salió de Albatera por su pie.

—Vamos, que le jodió la vida a alguien.

—Así es.

—No me parece creíble —dudó—. Me cuesta trabajo imaginar a un dirigente del PCE esperando la ocasión para arrebatarse el salvoconducto a otro preso.

—A mí también me parece raro, salvo que fuese un plan organizado desde dentro del campo para salvar a Larrañaga, que al ser un significado miembro del partido podía ser identificado y fusilado.

—Eso sí me parece posible. ¿Has averiguado qué hizo después?

—Cogió un tren hasta Valencia, se escondió hasta la noche, cogió otro tren a Zaragoza y desde allí a Bilbao, que era el itinerario que tenía marcado en el

salvoconducto. Se echó al monte, llegó andando a Pamplona y pasó a Francia por algún punto entre Elizondo y Vera.

—Y ya le tenemos a salvo.

—En Bayona contactó con militantes del partido comunista francés, que le facilitaron medios para viajar a París... —continuó Andrés sin ocultar su satisfacción por haber encontrado la pieza del puzle que les faltaba.

—Y a partir de ahí enlazamos ya con los datos que tenemos sobre su marcha a la República Dominicana y después a La Habana para reunirse con otros dirigentes exiliados —Ernesto completó el discurso de su compañero.

—Estamos ya en marzo de 1941 y es entonces cuando la dirección en México le encomendó regresar a España para conocer la situación interna en el país e intentar reconstruir el partido en la clandestinidad... y si sigo contándote no termino, de manera que esta tarde comentamos las notas.

—¿De dónde has sacado todos esos datos? —La curiosidad pudo a Ernesto.

—De una autocrítica que Larrañaga envió a la dirección del partido tras su detención. ¿A ti qué tal te ha ido? —Andrés se dio cuenta de que había olvidado preguntar a su compañero.

—Bien, hoy por fin me han traído los últimos sumarios que pedí y he comenzado a trabajar con ellos. De momento lo normal, los informes de la Social, las declaraciones de los detenidos. Interesante, pero mejor hablamos esta tarde, después de las clases.

Se despidieron.

Andrés tenía treinta años y llevaba seis en el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid como contratado. Ernesto, diez años mayor, le había dirigido la tesis doctoral, de manera que ejercía sobre él una especie de autoridad académica que ninguno de los dos cuestionaba. Por eso no sólo no puso inconveniente alguno, sino que se mostró entusiasmado cuando le propuso colaborar con él en un proyecto de investigación sobre la primera etapa de la reestructuración del Partido Comunista de España en la clandestinidad, entre 1939 y 1945.

La Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia había aprobado quince meses atrás el estudio. Éste debía desarrollarse en tres años y tenía una dotación de quince mil euros, de los veinticinco mil que Ernesto había solicitado en su memoria. Desde el primer instante tuvo claro que la investigación la desarrollarían Andrés y él, aunque entre los integrantes del equipo había incorporado a dos catedráticos para darle más empaque. Lo habitual en estos casos. Uno de ellos preparaba un artículo sobre la lucha clandestina en los años cuarenta, al que en el momento de su publicación añadiría la coletilla de haber sido realizado en el contexto del estudio que les ocupaba, y el otro se había comprometido a facilitarle documentación recabada tiempo atrás durante un viaje a la antigua URSS para consultar en archivos militares documentos sobre la intervención soviética en la

guerra de España.

Era su primer proyecto como investigador principal, lo que le permitía dirigir su rumbo. Ernesto sostenía que la historiografía española se había dedicado fundamentalmente al estudio del franquismo, y ahora que comenzaba a aflorar la valiosa documentación de los archivos militares sobre la represión de la posguerra, vetada a los investigadores hasta fechas recientes, era el momento de dirigir la mirada hacia ese periodo de nuestra historia. Una tarea que les correspondía a los historiadores españoles y no a los hispanistas ingleses y americanos, que les habían arrebatado la iniciativa en el estudio del franquismo y de algunos de los episodios más relevantes de la guerra. No ponía en duda su valía, pero rechazaba que su aportación hubiera sido de la trascendencia que se le atribuía. Para él, buena parte del protagonismo ganado se lo debían a los medios de comunicación. Sólo así se entendían las cifras de ventas de sus obras que aireaban los suplementos culturales de los diarios.

—Las únicas referencias incuestionables son Raymond Carr en historia contemporánea y John H. Elliott en historia moderna —aseguraba sin un atisbo de duda cuando discutía con Andrés sobre el papel de los hispanistas.

—¿Y qué me dices de Hugh Thomas y Gabriel Jackson? —ponía en duda Andrés las palabras de su maestro.

—Que están un escalón por debajo —respondía Ernesto con rotundidad.

—¿Y Paul Preston e Ian Gibson? —volvía a cuestionar Andrés con cierta prevención por si su atrevimiento incomodaba a Ernesto.

—Dos escalones por debajo —respondía ufano—. De Gibson te diré que es un excelente biógrafo, pero no tan buen historiador.

Andrés prefería callar cuando las respuestas de su compañero adquirían un aire pretencioso que presagiaba un enfado si seguía porfiándole sus opiniones, y ante su silencio Ernesto no se resistía a decir la última palabra.

—Como dice Elliott, el futuro nos pertenece a los historiadores españoles.

III

Lo primero que hizo esa mañana fue mirar en el archivador. Buscó la letra R, extrajo el cajón metálico y comenzó a buscar las fichas con el apellido Rico. La carta del abogado Diego Navarro daba cuenta a don Antonio Rico Matías del fusilamiento de su hijo, de modo que la víctima debía tener su primer apellido. Encontró cinco. Al pie de cada una figuraba el número de expediente. No le fue difícil dar con el que buscaba, el 191/36, que alguien había escrito a lápiz en el extremo superior derecho de la misiva. La persona en cuestión se llamaba José Rico Martín, y en la parte inferior figuraba un «y otros», lo que indicaba que junto a él había sido juzgado un número indeterminado de individuos.

—Teniente, necesito que me haga un favor —dijo dando más relevancia al empleo que al nombre, porque sabía que para un militar aquél era un gesto de reconocimiento. Una estratagema como otra cualquiera para predisponerlo a su favor.

—Dígame, Ernesto, si está en mi mano —respondió en tono paternal.

—Me hace falta un expediente que olvidé reseñarle con los que le pedí el mes pasado, el 191/36. Sé que es culpa mía, pero no puedo continuar mi trabajo —mintió—. Es una causa instruida en Ceuta.

—Sintiéndolo mucho, no voy a poder ayudarle —se excusó.

—¿Por qué? —intentó que la pregunta no sonara impertinente.

—Pues porque bastante trabajo tenemos ya aquí como para ocuparnos también de los expedientes de otras regiones militares. —El tono del teniente denotaba que no le había gustado la manera en que Ernesto le acababa de interpelar.

—¿Dónde puede estar ese legajo? —Bajó la voz.

—Si la causa se instruyó en Ceuta, esa comandancia pertenece a la Segunda Región Militar. Sevilla —dijo como si cantara un bingo—. Lo que no quiere decir que tenga que estar forzosamente allí. Puede que sí, o puede que permanezca en Ceuta; vaya usted a saber qué han hecho con tanto papel viejo. ¿De verdad, Ernesto, que le encuentra usted interés a todo esto? —volvió al argumento con el que le rebatía cuando le incomodaba con sus interrogatorios, y al momento pensó que tal vez estaba siendo demasiado descortés. Rectificó—: No me haga caso, Ernesto. Los militares nos movemos por otros valores: la obediencia al superior, el espíritu de sacrificio y el servicio a la patria, con la entrega de la propia vida si ello fuera necesario. En cambio, a ustedes, los historiadores, les interesan los papeles viejos.

—Las historias de papel, teniente.

—A ver, repítame el número.

Guardó silencio para sopesar el compromiso que iba a adquirir.

—No le prometo nada —dijo al fin—. Cuando estemos un poco más descargados de trabajo llamaré al archivo de la comandancia de Sevilla. Si la causa está allí, verá si pueden enviárnosla o tiene usted que desplazarse. ¿Le parece?

—Me parece perfecto, mi teniente —añadió el «mi» con el que de vez en cuando

le adulaba.

—Niño, sube estos papeles al comandante Sierra, que los está esperando —ordenó al soldado de la oficina para cerrar la conversación.

—A la orden de usía —contestó poniéndose en pie como movido por un resorte.

—A sus órdenes, mi teniente, sin más —le corrigió—. Este muchacho tiene pocas luces o me toma el pelo —dijo cuando ya había abandonado el despacho—. Voluntad no le falta, pero parece gilipollas.

Dudó entre continuar con el expediente de José Larrañaga en el que andaba atrapada la investigación o regresar a casa y dejarlo para otro día. El trabajo marchaba según el guión previsto y se podía permitir esa licencia. Además, no esperaba hacer grandes descubrimientos. Su objetivo era más modesto: poner en orden la dispersa documentación que existía y elaborar una cronología coherente sobre la reconstrucción del PCE en los difíciles años de la posguerra. Optó por marcharse, para desconcierto del teniente, que dudó entre atribuir su inesperada partida a la actitud desdeñosa que le había mostrado momentos antes, o a una urgencia personal inesperada.

—¿Le ocurre algo, Ernesto? —preguntó con tono preocupado.

—No, mi teniente. —Hizo de nuevo hincapié en el «mi» que tanto gustaba a su interlocutor por lo que suponía de subordinación a un superior—. Hoy no me encuentro con ánimo para andar entre legajos, y en estas ocasiones es mejor dejarlo.

Salía del despacho cuando volvió sobre sus pasos antes de que la puerta se cerrara.

—Por favor, no se olvide el expediente que le he pedido. Me resulta indispensable para continuar con mi investigación —se escuchó en el tono casi servil que utilizaba cuando pretendía algo—. Y ya sabe que si no fuera así, no se lo diría. Sé de las dificultades que tiene para desarchivar todo este papelerío, y se lo agradezco de corazón.

—No se preocupe, Ernesto, déjelo de mi cuenta —le dijo con la suficiencia que le daba sentirse imprescindible para algo—. Déjelo de mi cuenta —repitió.

A las cinco menos cuarto entraba en la Facultad de Geografía e Historia para dar su clase de los miércoles. Hora y media de Historia de España desde 1939, una asignatura troncal para alumnos de cuarto y quinto curso que impartía por tercer año consecutivo. Se encontró con Andrés en el vestíbulo, intercambiaron unas palabras y quedaron para cotejar la información recabada después de la clase. Se despidió de él con un toque en el brazo camino de las escaleras que conducían a la planta baja, donde estaba el aula B-014. Una treintena de alumnos esperaba ya en la puerta, cerrada con llave. «Este hombre no se entera», pensó con fastidio mientras se dirigía a la conserjería en busca del bedel.

—Don Ernesto, ya sabe usted que yo cumplo órdenes y que el señor decano nos tiene dicho que las aulas permanezcan cerradas hasta que lleguen ustedes para que no

desaparezca nada.

—No se preocupe, Camilo, ya me pongo en su lugar —dijo sin ánimo de polemizar.

Los alumnos se acomodaron en las filas de pupitres de cuatro situados a ambos lados del aula, formando un pasillo central por el que Ernesto solía caminar mientras hablaba. El suelo de terrazo, el color apagado de las paredes y la iluminación macilenta de los globos del techo daban a la clase un aire alicaído al que contribuía la escasa luz que se colaba por un enorme ventanal condenado a un patio interior. Subió a la tarima, colocó su cartera sobre la mesa y extrajo una carpeta de cartulina de color verde que abrió para dejar a la vista el guión de la clase. Se abrochó la chaqueta y comenzó a hablar.

—Hoy vamos a abordar el cambio de gobierno del año 1957, que es, sin duda, el más importante de toda la dictadura de Franco, porque con él se clausura el discurso de la revolución pendiente de los falangistas y se produce la entrada en el Ejecutivo de los tecnócratas, lo que supondrá el inicio de la apertura económica del régimen, aunque no de su inmovilismo político.

En lo que era un hábito, tan pronto como arrancaba a hablar doblaba su brazo izquierdo detrás de la espalda y movía el derecho hacia arriba y abajo mientras caminaba, para revestir sus palabras de una emoción que no asomaba por ninguna parte. Durante la primera media hora caía en un discurso monocorde, sin inflexiones de voz, que los alumnos seguían a duras penas, tomando notas en unos folios.

—Quiero detenerme, por su importancia, en el Plan de Estabilización de 1959, que, de hecho, comenzó a gestarse dos años antes, con la entrada de los tecnócratas en el gobierno, una de cuyas medidas fue devaluar a cuarenta y dos pesetas el precio del dólar. Si me están escuchando con alguna atención —dijo al percatarse del escaso interés que su explicación suscitaba entre algunos alumnos—, les diré que el objetivo de esa y otras medidas era estimular las exportaciones y frenar las importaciones para estabilizar la balanza de pagos. En definitiva, sanear la economía para después relanzarla.

Continuó su disertación y, ahora sí, su voz fue ganando en firmeza y decisión.

—El Plan de Estabilización tenemos que entenderlo como un método de supervivencia del régimen, como un proceso inevitable más que como una vocación coherente, en sintonía con los países de nuestro entorno. Y tuvo éxito, aunque según algunas teorías historiográficas, que yo comparto, con veinte años de retraso. Fue un plan de arranque económico mucho más importante que los posteriores planes de desarrollo.

Hora y media después concluyó la clase.

—Si alguien tiene alguna duda, podemos debatirla, pero son conceptos básicos de la economía.

Ninguna pregunta.

Cerró su carpeta de cartulina verde, la introdujo en la cartera y se marchó por

donde había venido ante la indiferencia de sus alumnos.

Cuando volvió a casa, su reloj marcaba las nueve y era noche cerrada. Dejó la cartera en el despacho y extrajo la fotocopia de la carta que el abogado Diego Navarro había escrito a la familia de José Rico para darle cuenta de su fusilamiento. Volvió a leerla una vez más y sintió la curiosidad que la rutina le había arrebatado hacía años.

IV

Ceuta era cuartel, taberna y burdel. La ciudad había crecido de manera desmesurada desde principios de siglo por la importante concentración militar para hacer frente a la guerra de Marruecos. Pese a que el fin del conflicto bélico trajo consigo la disminución de las tropas, el Ejército de África seguía siendo el más poderoso y un destino inmejorable para hacer carrera.

En los veintitrés mil kilómetros cuadrados de superficie del Protectorado español se concentraban en 1936 veintiocho mil hombres. Muchos habían vivido la derrota de Annual en 1921 y la victoria sobre los rifeños de 1927. Se habían batido en combate en aquel territorio árido y recibido a cambio la indiferencia de la clase política, a la que consideraban incapaz de comprender el sacrificio de la sangre vertida por la patria. Habían luchado, muchos, perdido la vida y algunos, hecho dinero al socaire del Ejército y de las empresas que acudían a Marruecos en busca de la riqueza de sus yacimientos de hierro y carbón.

La ciudad era una policromía de uniformes. El color garbanzo de la camisa de los regulares se mezclaba con el crema de la sahariana de los oficiales, con sus botones de cuero marrón y el turbuch rojo a la cabeza, que los soldados indígenas cambiaban por el turbante o rexa. El caqui de las fuerzas de infantería con el distintivo rojo en los vivos y el madroño del gorrillo —verde para el Batallón de Cazadores— competía con el gris verdoso de los legionarios, camisa abierta y mangas remangadas en las que los más bragados lucían el ángulo, un distintivo dorado, en forma de uve invertida, por cada herida sufrida en combate.

Jefes y oficiales frecuentaban las calles Real y Rebellín en sus horas de asueto. Vías amplias, de aceras anchas y árboles frondosos que aliviaban el calor y hacían más llevadero el paseo, en cuyas calzadas de adoquines estacionaban hileras de vehículos que daban cuenta de la relevancia de la vía. Al caer el sol se poblaban de señoritas decentes que miraban y se dejaban mirar por briosos militares que lucían con orgullo las estrellas de su uniforme. Vicentino, el café más elegante de la ciudad, o el Hispania eran lugares de encuentro al final del paseo; la excusa perfecta para intercambiar el primer saludo y entablar la primera conversación.

Los veteranos con años en la plaza, de vuelta ya de tanto ceremonial, buscaban refugio en el casino militar, situado frente a otro casino, el Africano, un edificio decimonónico conocido popularmente como la Casa de los Dragones por las figuras aladas que lo coronaban. Los socios disfrutaban en la planta baja de un salón con sofás para las tertulias, otro en el que se distribuían mesas de juego forradas con tapetes verdes, una de grandes dimensiones para el bacará, y entre ambos una magnífica barra de bar atendida por camareros de libreas blancas y modos serviciales. En el piso alto, una biblioteca, billares, salas para jugar al dominó y una peluquería. Los oficiales alardeaban allí de sus lances amorosos, o entretenían el tiempo contando anécdotas de su vida en el Ejército, evocando sus numerosos destinos y renegando de

la situación política.

Algunos mandos preferían reunirse en el Centro de Hijos de Ceuta, situado en los bajos del edificio Trujillo, levantado frente al puente de la Almina, en el arranque del Rebellín. En sus salones era frecuente encontrarse con el teniente coronel Juan Yagüe, jefe de la Legión y hombre dotado de una impronta de autoridad que le situaba por encima incluso de compañeros de mayor graduación. Sólo unos pocos elegidos tenían el honor de compartir mesa y conversación con él. El resto se conformaba con intercambiar un saludo, y aguardaba la ocasión de ser invitado a la tertulia.

El nuevo Gobierno del Frente Popular surgido de las elecciones de febrero de ese año de 1936 había intentado su traslado a la Península para arrebatarse el mando de la Legión, y él se pavoneaba de cómo se había zafado de las presiones del mismísimo ministro de la Guerra, Santiago Casares Quiroga, que había removido de sus destinos a numerosos mandos sospechosos de conspirar contra la República siguiendo instrucciones del presidente Manuel Azaña. El propio Yagüe refería la conversación en todos sus detalles para regocijo de sus contertulios.

—«Creo, Yagüe, que debe usted aceptar el puesto de agregado militar en Roma. Es un buen paso en su carrera» —impostaba la voz del ministro—. «Muchas gracias, señor ministro, por su deferencia —se citaba a sí mismo—, pero quitarme a mí la Legión sería quitarme la vida. No puedo aceptar, señor ministro, no puedo». —Y reproducía un movimiento de cabeza apesadumbrado.

Guardaba silencio un instante, abriendo una pausa antes de rematar la representación.

—«No podría participar en las próximas maniobras en el Llano Amarillo que tanta ilusión hace a mis hombres. Más adelante, señor ministro, más adelante». «Si ése es su deseo, no se hable más, ya lo trataremos en otra ocasión».

Yagüe tenía cuarenta y cinco años, llevaba dieciséis al servicio de la Legión y su fama de hombre enérgico se había engrandecido tras la participación de sus tropas en la represión de la revolución de Asturias en octubre de 1934. El traslado del general Emilio Mola a Pamplona, sustituido al frente del Ejército del norte de África por el también general Agustín Gómez Morato, de probada lealtad republicana, le convertía en el principal referente de los militares descontentos con el rumbo que tomaba la patria que no habían sido apartados de sus unidades.

V

—Vámono de putas hoy que tenemos guita —repitió a sus compañeros la cantinela de cada mes cuando cobraban la paga y tenían la tarde libre.

—Miguel, no piensas más que en joder —terció José.

—No se me ocurre ná mejor que echar un clavo. Será porque no me bebo el brebaje que nos dan por cagüi^[1], que desde que estuve de servicio en la tizná^[2] y vi que le echaban unos polvos para que no se nos empine, no he vuelto a probarlo. Que se lo metan ellos por el bullanti^[3]. Seguro que a vosotros, en cambio, ya no se os pone tiesa.

—Un día se te va a caer a trozos por no mirar dónde la metes —rió Manuel.

—Cuando me pique, con ir al sifilítico me vale.

El sifilítico, como le llamaba Miguel, era el doctor Cano Torres, especialista de la piel y sífilis, como constaba en la placa dorada que había colocado en el portal del inmueble donde tenía consulta, en el número 12 de la plaza de África, para orientar a los despistados, y por la que cada día, de once a una y de cinco a siete, pasaba un buen puñado de soldados. El negocio era tan próspero que el galeno anunciaba sus servicios en las páginas de *El Faro de Ceuta* y *El Defensor de Ceuta*. Todo un lujo. José y Manuel eran amigos y vecinos de Monleras, un pequeño pueblo salmantino situado a veinte kilómetros de Ledesma, del que habían partido en julio de 1935 para hacer carrera militar en el Ejército de África, de cuyas epopeyas y desastres pasados habían oído hablar, y en el que sabían que los ascensos se ganaban antes que en la Península. Ambos eran los primogénitos de dos familias pródigas en descendencia que, primero con sorpresa y luego con una resignación no exenta de orgullo, habían asumido que abrazaran la carrera de las armas. Conocían todos los oficios del campo y no renegaban de su dureza, pero creían que más allá de los campos amarillentos por la mies había un mundo por descubrir.

Habían sembrado centeno y cebada en otoño y aprendido de sus padres que ésta daba más grano. Y que una fanega equivalía a medio costal, y un costal a cien kilos. Julio era el mes de la siega, el momento de acarrear los haces hasta la era para la trilla en agosto, que dejaba las espigas molidas, listas para aventar y separar el grano de la paja. Habían enlucado y la muña se les había pegado al cuerpo húmedo por el sudor. Sólo quienes tenían la piel endurecida por los años y el sol soportaban el picor sin queja. Cuando acababan la tarea temprano, se marchaban con los mulos a bañarse desnudos en unos remansos profundos del río Tormes a su paso por el vecino pueblo de Almendra, para escándalo de las mujeres que acudían a lavar a la orilla. Los lugareños llamaban a aquel lugar los caozos de la ribera, y sólo los más atrevidos, insensatos para los prudentes, se aventuraban en unas aguas que se habían cobrado varios ahogados.

—¿Y si nos alistamos voluntarios? —le había preguntado José a Manuel después

de meses de fantasear con su ingreso en el Ejército.

No respondió, sorprendido por la propuesta. Lo habían hablado muchas veces, pero una cosa era hacer planes, levantar castillos en el aire, dejar volar la imaginación, y otra muy distinta, dar el paso de hacerlos realidad. ¿Acaso hablaban en serio cuando discutían acaloradamente de aquella existencia monótona y del futuro que tenían ante sí lejos del pueblo?

—No sé —dijo por fin con cara de susto.

—Manuel, ¿no te me irás a rajar ahora, después de todo el tiempo que llevamos hablando de ello? Tenemos que hacerlo ya, antes de que llamen a nuestra quinta.

—Tendremos que hablarlo en casa —respondió para justificar sus dudas.

—Con eso ya cuento porque necesitamos la autorización de nuestros padres —José hablaba con firmeza para conjurar los reparos que de pronto le surgían a su amigo—. Hoy mismo se lo contamos.

Manuel asintió sin demasiada convicción. Él quería ser militar, eso seguro, pero dicho así, de golpe, le producía vértigo y le surgían dudas que no se había planteado. Si sería capaz de estar lejos de casa, si se adaptaría a la vida en el Ejército, si, en definitiva, aquélla era su vocación o se trataba sólo de una más de las fantasías con las que entretenían las tardes de aburrimiento. Claro, que la seguridad de José no dejaba margen para los titubeos, y qué iba a hacer él sin su amigo en aquel pueblo olvidado de Dios donde lo más emocionante que podía ocurrirte era ganar la partida de brisca de los domingos por la tarde.

La sorpresa fue similar en casa de los Rico y de los Cadierna, si acaso más en la de José que en la de Manuel. A Antonio, su padre, no le gustaban los uniformes ni el «trabajo de la guerra»; a Nemesio, en cambio, le llenó de orgullo que su hijo hubiese decidido dar ese paso, aunque no había imaginado que un muchacho tan apocado mostrara tal determinación.

—Padre, el José y yo queremos irnos voluntarios antes de que nos llamen a filas —dijo con la voz apagada, casi un susurro, cuando aún no habían terminado el primer plato.

Como si una desgracia acabara de caer sobre la casa, su madre se echó a llorar. Era el mayor de sus cinco hijos y el único varón.

—¡Coño, que no se ha muerto nadie! —exclamó Nemesio, y el llanto de su mujer se ahogó en un lamento apagado—. El chico ya es un hombre y no le puedes tener toda la vida debajo de tus faldas. Además, tienes cuatro hembras para que te ayuden en la casa, que del campo y el bar ya me ocupo yo. Y tú —devolvió la atención a Manuel—, ¿lo has pensado bien?

—Sí padre, quiero hacer la carrera de las armas —le envalentonó descubrir que su padre no le recriminaba su decisión.

—Eso está bien, Manuel. El uniforme es algo muy serio, y muy respetable, y si eso es lo que quieres, no hay más que hablar.

—Teníamos pensado subir mañana a Salamanca para alistarnos.

—Pues sí que os ha dado fuerte. —Le palmeó la espalda—. Me parece bien, estas cosas cuanto antes se hagan mejor. Y tú calla, que pareces una plañidera. —Se giró molesto hacia su mujer, que no dejaba de suspirar.

A Antonio Rico la decisión de José le pareció un error. Era un joven con inquietudes que podía aspirar a algo más. Nunca le había reprochado que no le gustara trabajar en el campo, pero con el tiempo podía hacerse cargo del negocio familiar, o marcharse a Salamanca y buscar trabajo allí, si lo que quería era vivir en la ciudad. Cualquier cosa menos el Ejército, pero la insistencia de José le hizo desistir.

—Ya tienes edad de tomar tus decisiones. Si eso es lo que quieres, yo no te lo voy a impedir —concluyó ante la mirada asustada de Aurora.

—No se preocupe, madre, que voy a estar bien, y ya verá como estará muy orgullosa de mí. —José le acarició el rostro, que transmitía con la mirada la tristeza por su marcha anunciada.

La impetuosidad de ambos jóvenes tuvo que esperar algunos días. Necesitaban que el señor secretario les redactara a máquina una carta solicitando su ingreso en filas y la autorización de sus padres, formalizada ante él mismo y el juez municipal. Entre el Regimiento de Infantería La Victoria número 26 y el de Caballería Calatrava número 2 se decidieron por el primero, siguiendo las recomendaciones del señor alcalde, que tenía allí un cuñado, teniente para más señas, que podía echarles una mano.

Señor Coronel,

José Rico Martín, soltero, natural de Villarino de esta provincia, de veinte años de edad, con residencia y domicilio en Monleras, a V. S. con todo el respeto tiene el honor de exponer:

Que deseando ingresar en la carrera de las armas por el tiempo que marca la vigente Ley de Reclutamiento, para lo cual acompaña la documentación prevenida en el artículo 377 del mencionado Reglamento, es por lo que recurre ante V. S. en súplica de que se digne concederle el ingreso en ese regimiento de su digno mando en clase de soldado en la próxima revista de comisario del mes de julio.

Viva V. S. muchos años.

Monleras, 1.º de abril de 1935

Una semana después viajaban en el coche de línea camino de Salamanca. Un suboficial recogió sus solicitudes de ingreso y ordenó que les tallaran.

«José Rico Martín, nacido el 24 de febrero de 1915 en Villarino de los Aires (Salamanca), de oficio labrador, soltero, de 1 metro y 628 milímetros de estatura y 91 centímetros de perímetro torácico, pelo negro, cejas al pelo, ojos azules, nariz larga, barba redonda, boca regular, color moreno, frente espaciosa y aire marcial».

—Eres estrecho de pecho —bromeaba José cuando regresaban a casa en el coche de línea—. Ochenta y cinco centímetros —repetía en tono jocosos sin más porque no atinaba con aquello del perímetro torácico.

—Uno ochenta, uno ochenta —rebatía Manuel aludiendo a su altura en una disputa de cifras.

José sabía que Manuel era más alto, eso era irrefutable y bastaba con que se pusieran uno al lado del otro para darse cuenta de ello, pero nunca se les había ocurrido establecer aquella diferencia. Era más alto y punto, como nadie cuestionaba

que él era más fuerte que su amigo, a quien las mujeres del pueblo afeaban su delgadez como síntoma de mala salud.

Bromearon durante todo el trayecto, disipadas ya las dudas, con el ánimo encendido de quien se atreve a salirse del camino marcado, a dar un paso hacia un futuro que imaginaban lleno de aventuras. En Monleras, en cambio, el único acontecimiento digno de ser considerado como tal eran las fiestas patronales, cuando las chicas del pueblo, y algunas llegadas de otros cercanos, acudían al baile en la plaza y cuchicheaban esperando que los mozos las sacaran a bailar.

José y Manuel preferían a las forasteras, que, sin la mirada inquisidora de los padres, se mostraban menos recatadas y más predispuestas al galanteo. Bailaban agarrado, la chica con las manos apoyadas en sus hombros y los brazos por delante del pecho para mantener una distancia prudencial. En esa posición controlaban la cercanía a la que querían mantener al impetuoso zagal. Alejada al principio, más cerca si en la charla descubrían a un joven de su agrado. Entonces, cuando bajaban la guardia, ellos dejaban caer sus manos hasta donde acaba la espalda. Era el momento supremo, que se resolvía con un bofetón o con un gesto pícaro para que dejaran de explorar terrenos prohibidos, preludio de lo que vendría más tarde, en el paseo por la carretera, a oscuras y a resguardo de las miradas reprobatorias. Un beso al menos, tal vez acariciar un pecho.

A Valentina se la llevaban los demonios cuando veía a José tontear con otras. Se gustaban, pero ella estaba obligada a guardar las formas para evitar el qué dirán de las mujeres de edad que, sentadas en la escalinata de piedra de la iglesia, presenciaban el baile como si fuera un espectáculo. «Una moza decente no tontea con esas cosas», le decía su madre. Tres bailes con el mismo muchacho era el límite que imponía la costumbre. Uno más daba ya lugar a las habladurías sobre si la chica del Mosca o la del Farruco, que cada familia tenía su mote, se dejaba hacer por el chico del Faico o de los Piscas. Y para llegar hasta ahí antes había que pasar por todo un ceremonial: pedir permiso al padre de la muchacha para ir a buscarla a casa; pasear acompañado de carabina; pagar la costumbre a los otros mozos para evitar terminar en el pilón; que cumplidos los dos años de noviazgo los padres de ambos acordaran los detalles de la boda... A José le abrumaba tanto protocolo.

Valentina era hermosa. Delgada y alta, de piel extremadamente blanca y melena rubia rizada, siempre suelta. Los domingos, para bajar a misa, se ponía un vestido floreado que ella misma había cosido y las vecinas comentaban que aquella muchacha parecía la hija de una familia de posibles. Visitación, su madre, mostraba orgullosa su prenda y, cogida de su brazo, entraba en la iglesia con la indisimulada satisfacción de quien tiene un tesoro. Varias comadres le habían preguntado por ella e insinuado la posibilidad de que ennoviara con sus apuestos hijos, a lo que ella contestaba invariablemente que eso era cosa de la niña. A Amable, su padre, le hubiese gustado que su hija no fuera tan linda, porque una mujer bonita encela a los hombres y no trae más que problemas, decía.

Tímida y callada, Valentina caminaba siempre detrás del padre cuando le acompañaba a las tareas del campo. «¡Cuidado con la moza, José!», le advertía Amable cuando se percataba de las miradas que cruzaba con su hija. En el baile pugnaba por abrazarla al son de la música y ella se resistía con pudor al ardor de aquel mozo arrebatado. Sólo una vez consiguió robarle un beso fugaz detrás de la iglesia. «Olvídate de la Valentina —le decía Manuel a su amigo cuando le veía abstraído y cabizbajo—, que antes tenemos que rondar a otras. ¡Pero si no te deja ni acompañarla a casa!».

Les llamaron a filas dos meses después de que presentaran su solicitud. José se despidió de Valentina a resguardo de los muros de la iglesia, como siempre que conseguían hablar a solas. Ella lloraba y él le prometió que le escribiría. José y Manuel pasaron seis meses en Salamanca, hasta que en enero de 1936 se embarcaron rumbo a Ceuta, convencidos de que la paz colonial firmada cinco años antes hacía menores los riesgos que tanto preocupaban a sus familias. Allí harían carrera.

Conocieron a Miguel en uno de los bares de la Berría, cuando un regular dos veces más fornido le propinaba una soberana paliza a cuenta de una puta que le había querido levantar. «Si me dejáis le abro la cabeza», les dijo antes de invitarles a tomar un vino, mientras se limpiaba con el brazo la sangre que le brotaba de la nariz.

«Mi cabo, yo la vi primero», le había explicado a José el motivo de la disputa cuando se percató de la tira de la hombrera de su camisa. Les hacía reír con sus chistes y ocurrencias, y les enseñó a moverse por aquel laberinto de timbirimbas y casas de mancebía que los dos amigos descubrieron con él. «Dos paletos», como les llamaba Miguel cuando quería mofarse de su escasa habilidad para manejarse en aquel ambiente.

Miguel, Culebras de apellido, hacía gala de gaditano y para desmentir el dicho de que en su tierra había mucho maricón, su mayor afición, decía, era el fornicio. Había nacido en el barrio de La Viña, y contaba que su casa estaba al ladito justo de la playa de La Caleta, en la que alardeaba de bañarse en invierno. Bajito, cejijunto, malencarado, rechoncho y con un exagerado deje andaluz, era soldado de cupo, de esos a los que la gente de dinero pagaba para que cumpliesen el servicio militar de sus hijos, ocupados en menesteres más provechosos. «Dos mil pesetas», se jactaba del dinero que había recibido por ocupar el puesto de un señorito a cuyos padres se les aflojó la cartera para que eludiera el mal trago de marcharse a una tierra de la que no se contaban más que calamidades.

Llevaba un año en Ceuta y no sólo no se arrepentía de su decisión, sino que pensaba reengancharse en la Legión, un cuerpo que le parecía más acorde con su hombría. Para irse preparando había incorporado a su vocabulario el amplio argot legionario que resultaba ininteligible para los profanos, y aunque costaba, al final se hacía entender. Se sentía cómodo en aquel territorio inhóspito y exigente en el que lo que más se valoraba en un hombre era que tuviera cojones.

—¡Vámono de putas! —insistió Miguel para disipar las dudas de sus compañeros —. ¡Vámono pa la Berría!

Cuando de desahogar la hombría se trataba, jefes, oficiales, suboficiales y soldados se repartían los prostíbulos de la ciudad, donde el que podía permitírselo disponía de una amiguita fija para aliviar las urgencias de la entropierna. A la tropa le estaban reservadas las berrías Alta y Baja. Barrios de calles escuetas y empinadas, llenas de bares de borrachos y timbas en las que los soldados jugaban puestas de un real. Garitos donde las disputas se saldaban a golpes y navajazos. El cabaré El Cantante, situado en la calle Peligros, era el más popular. Una sencilla orquesta amenizaba las veladas, y tampoco faltaban los espectáculos de variedades para entretener a la soldadesca. Esquina con esquina, la casa de citas conocida como La Coneja por el apellido de su propietario, Conejo, un mariquita de gestos amanerados, cuyas pupilas se disputaban los clientes.

—Vamos antes al Rebellín a tomar algo y luego tiramos ya para la Berría — propuso José.

—Ahí no hay más que oficiales y nos pasamos la tarde saludando con el brazo en alto —refunfuñó Manuel—. Todos los bares están llenos de estrellas y niñas bien.

—Es una orden, soldado —bromeó señalándose con el dedo la tira que le identificaba como cabo—. El cabo, como jefe más inmediato del soldado, se hará querer y respetar de él —comenzó a recitar las Reales Ordenanzas—; no le disimulará jamás las faltas de subordinación; le infundirá amor al servicio y mucha exactitud en el desempeño de sus obligaciones; será firme en el mando, graciable en lo que pueda y comedido en su actitud y palabras aun cuando sancione o reprenda.

—A las órdenes de vucencia, tirilla^[4] —se cuadró Miguel con una carcajada de oreja a oreja.

Los tres amigos cruzaron por delante del cuerpo de guardia y salieron al descampado que se abría ante el acuartelamiento. A la derecha, en lo alto, se alzaba imponente la fortaleza militar del monte Hacho, y a la izquierda, en el horizonte, se oteaba el cuartel de la legión García Aldave. Pasaron por delante de la minúscula iglesia del Valle y enfilaron cuesta abajo en dirección a la plaza de Azcárate, dejando a ambos lados la Comandancia de Obras y el Cuartel de Intendencia, que desprendía un agradable olor a pan horneado.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Miguel en el cruce que obligaba a tomar la calle Real o entrar en la Berría.

Enfilaron por la primera lanzando requiebros a grupos de muchachas cogidas del brazo que, azoradas, escondían la sonrisa con la mano, apuraban el paso y volvían la mirada con vergüenza por ver si los soldados insistían. Se detuvieron ante el escaparate de la camisería Coriat y en José Ibáñez, la mejor tienda de confección de la ciudad, y apenas prestaron atención a El Precio Fijo, otra magnífica pañería de caballero. Frente a ésta, la Casa Ros, especializada en aparatos de radio, tocadiscos y discos, ofertaba la última novedad del mercado, sobre la que habían colocado un

texto que explicaba sus excelencias.

—«¿Conoce usted el modernísimo receptor Philips a Multinductancia 342-A? —inquiría el anuncio al potencial comprador que se asomaba al escaparate, y que Manuel recitaba con voz radiofónica—. Es el avance técnico más formidable que se puede ofrecer hoy en aparatos de todas las ondas. Por la extraordinaria riqueza de su musicalidad, por su enorme intensidad sonora y por su asombrosa sensibilidad en ondas cortas, el receptor Philips 342-A constituye un acierto sensacional».

Del Estudio Arbona salían grupos de soldados que acudían a hacerse fotos de uniforme o disfrazados de árabes para enviar a la familia. Al pasar ante el teatro cinematógrafo Apolo, José se detuvo frente a la cartelera que anunciaba la proyección de *La pequeña coronela*, de Shirley Temple, y un corto de dibujos animados de Popeye.

—Por ahí sí que no —dijo Miguel para que ni se le ocurriera plantearles una tarde de cine.

Tomaron unos vinos en el bar Kin y otros más en El Campanero, y desembocaron en el puente de la Almina, en el que se abría un dédalo de calles que conducían a la plaza de África. José y Manuel, que nunca antes habían visto el mar, podían abarcar desde allí el Mediterráneo y el océano Atlántico en el escaso centenar de metros del istmo que separaba a ambos. A un lado el puerto, playa Benítez y, entre brumas, Gibraltar. Al otro, las playas de arena oscura del Chorrillo, la Ribera y el Sarchal, frente a la costa africana.

—«A los soldados españoles muertos gloriosamente en la guerra de África 1859-1860» —Miguel leyó en voz alta, como hacía siempre, la inscripción del monumento a los caídos que se alzaba en el centro de la plaza, cuando se acercaron dos soldados de la Policía Militar.

—Documentación —reclamaron en tono chulesco.

La sede de la Circunscripción Occidental y la iglesia de Nuestra Señora de África, situadas en los laterales de la plaza y frecuentadas por jefes y oficiales, hacían aquel lugar poco aconsejable si se quería evitar estas situaciones. Sólo en una ocasión se habían atrevido a entrar en el templo. Su planta rectangular estaba dividida en tres naves separadas por pilares de sección cuadrada, con semicolumnas corintias adosadas. El retablo gótico del altar lo presidía una imagen de santa María de África, patrona de la ciudad, con el áleo, bastón de mando de los capitanes generales, en sus manos.

Bares como el Sin Nombre o Casa Macario, situados en las inmediaciones, estaban vetados a los soldados, pero era el hotel Majestic, a espaldas de la iglesia, el que despertaba su admiración. De estilo romántico, en sus bajos tenía un elegante café, y en la primera planta, un restaurante de lujo en el que se daba cita la burguesía local.

Mostraron sus cartillas militares sin rechistar y uno de los policías reparó en un botón desabrochado de la camisa de Manuel.

—Vas mal uniformado —le dijo señalándole el ojal—. Os podemos meter un parte, mañana os cae un arresto, y a pasear unos cuantos días por el patio de armas.

—No jodáis —dijo José con aplomo, mientras les ofrecía un pitillo de Águila Imperial—. Es sólo un botón.

Se quedaron la cajetilla y con un gesto de cabeza les indicaron que desaparecieran de allí.

—Os lo tengo dicho, este barrio no está hecho para nosotros —reprendió Manuel a sus compañeros por no haberle escuchado.

Desanduvieron el camino a paso ligero, pero antes hicieron una parada en El Joroba, un bar situado en el paseo marítimo, de merecida fama por su exquisita morena en adobo, que decidía a muchos soldados a aventurarse por aquel territorio de galones y estrellas para degustarla.

—Mirad la cara de mala follá que tié ese brigada —Miguel llamó la atención de sus compañeros cuando pasaban por delante de los veladores instalados en la calle por el casino militar.

Era un hombre en la cincuentena, el pelo hacia atrás, gafas redondas que pronunciaban las bolsas de los ojos y dos profundos surcos en el mentón que se prolongaban por la comisura de los labios y parecían tirar de la cara hacia abajo. A su lado, una mujer oronda de parecida edad y tez nacarada, en la que resaltaban los labios pintados y el colorete de las mejillas, reposaba las manos cruzadas sobre el regazo en un gesto aburrido. Consumían dos té morunos y de vez en cuando ella le hacía un comentario al oído al que él no prestaba atención.

—Marido y mujer —aclaró en voz baja—. ¿Sabéis por qué lo sé? Por la cara de amargao —dijo sin esperar la respuesta de sus compañeros—. Está jodío porque pudiendo jodé no jode. Es lo que tié el matrimonio.

Le rieron la gracia y al llegar a la calle Peligros enfilaron en dirección a la Berría. Las cándidas jovencitas de la calle Real y el paseo del Rebellín eran aquí mujeres de cuerpos voluptuosos que intimidaban con la mirada. La zona era un hormiguero de hombres uniformados. Pasaron frente a la Albañila, una casa de lenocinio en la que no dejaban entrar a cualquiera. Los clientes golpeaban la puerta, la dueña escrutaba su aspecto por la mirilla y sólo franqueaba el paso a quienes le agradaban y suponía capaces de correr con el dispendio al que la casa obligaba. Una vez dentro, les hacía pasar a un salón, daba unas palmadas y aparecían varias muchachas, algunas con los pechos al aire y otras cubiertas por batas de raso que insinuaban sus curvas y apenas ocultaban sus encantos. Hecha la elección, el afortunado desaparecía por el pasillo que conducía a las habitaciones.

Era uno de los lupanares más deseados por la soldadesca, que sólo en ocasiones muy especiales podía permitirse tal derroche. Sargentos, y algún que otro cabo, eran sus inquilinos habituales, atraídos por la juventud de sus pupilas, algunas de ellas primerizas, como alardeaba la alcahueta. «A ésta la puedes desflorar tú, mi niño. Está nuevecita, por eso te va a costar un poco más caro», vendía la Albañila su mercancía.

Al concluir el fornicio, agasajaba al cliente con un anís mientras se abotonaba la guerrera, y le despedía en la puerta: «Muy agradecida por su visita, mi sargento, espero que haya quedado satisfecho, y ya sabe dónde nos tiene para cuando lo desee». El galán de burdel aprovechaba para pavonearse de su suerte ante la mirada entre despectiva y envidiosa de quienes sabían que nunca cruzarían aquella puerta.

—Las putas finas de la Albañila —dijo Miguel, dejando entrever que no estaba dispuesto a asumir semejante gasto. José había estado en alguna ocasión, y él le criticaba diciendo que por cada follada suya él echaba tres.

Entraron en la taberna Los Hermanos abriéndose paso entre los soldados que salían con una mujer colgada del cuello. En la barra se arremolinaban militares y prostitutas que apuraban sus copas mientras regateaban el precio del servicio. Al fondo, un grupo de legionarios consumía varias botellas de coñac entre risotadas, a la espera de sumarse a alguna de las partidas que se celebraban en una estancia contigua, oculta tras unos gruesos cortinajes de color impreciso. El ruido atronador de las conversaciones y el humo del tabaco otorgaban al local un aspecto pendenciero. Miguel hizo un gesto con la mano al tabernero, que colocó sobre la barra una botella de tinto y tres vasos. Tres rameras acudieron a su encuentro tan pronto como encontraron acomodo. Miguel no tardó en llegar a un acuerdo con una de ellas.

—Esperadme aquí, que no tardo mucho.

—Venga, Miguel, enseñale el sable a la morita —le animó Manuel mientras a José y a él les tentaban dos mujeres entradas en carnes.

—Vente conmigo, verás lo bien que lo pasamos —le susurró a Manuel la más morena mientras le palpaba la entrepierna.

—¡Quita, cojones! —Le apartó la mano sin interrumpir la charla con José, que intentaba no hacer caso a la joven que reclamaba su atención.

Acostumbrada a los desprecios, la desairada insistió. Cruzaron la vista por un instante, que la muchacha aprovechó para pasarse la lengua por el labio superior de forma obscena y mostrarle un pecho.

—¡Que te he dicho que me dejes, coño! —dijo con enojo.

—¡Maricón! —le gritó según le daba la espalda.

—¡Y tú puta! —le contestó, y rompió a reír por la ocurrencia.

José comenzaba a sentir aversión por aquellos lugares, y hasta asco por todos aquellos compañeros que pasaban, uno tras otro, por la cama de la misma mujer sin importarles. Eludía los encuentros con prostitutas desde que conoció a Aisha, una muchacha de piel morena y melena ensortijada color azabache, con la que se encontraba todos los miércoles en una habitación alquilada de la fonda Dos Mares.

—Tienes un nombre muy bonito —se le ocurrió decir tras un torpe cortejo.

—¿Sabes quién era Aisha?

—No.

—La tercera y más amada mujer de Mahoma, el profeta —tomó las riendas de la

conversación para no dejar a su galán sin palabras.

—No sabía que hubiera tenido tres mujeres.

—Tuvo nueve —y comenzó a recitar sus nombres: Jadicha, Sawda... imposibles de memorizar— y hasta veinte concubinas.

Charlaron sobre cuestiones intrascendentes hasta que Aisha le sorprendió con una pregunta inesperada, como si lo hablado hasta ese momento fuera suficiente para saber que se gustaban.

—¿Quieres que estemos juntos? —Le miró a los ojos.

—Sí —fue todo lo que acertó a decir.

—Soy una mujer casada —volvió a sorprenderle.

—¿Y tu marido? —contestó sin saber cómo continuar la conversación.

—Lleva ocho meses ausente. Nuestros padres acordaron el matrimonio cuando yo tenía dieciséis años. Ellos viven en Tánger, pero nosotros nos vinimos a Ceuta. Es comerciante. Hace ocho meses que se marchó de viaje y desde entonces no he vuelto a saber de él. —Aisha hablaba con la distancia de quien relata una historia ajena.

—No sé qué decir —añadió José azorado.

—Un musulmán no puede ausentarse de su casa más de seis meses, salvo para peregrinar a La Meca.

A José todo aquello le parecía una historia increíble y, cohibido, dudó si poner fin a la conversación. No lo hizo. La belleza de Aisha no era equiparable a la de ninguna de esas otras mujeres con las que se había acostado, y le excitaba la idea de convertirla en su amante. Desde ese día se solazaron en encuentros llenos de pasión en los que apenas cruzaban palabra. Ella se dejaba hacer mientras la embestía con fuerza, y en ocasiones le murmuraba al oído un «te quiero» que, aunque él sabía falso, le reconfortaba. Podía estar minutos mirándola a los ojos, enredando los dedos en su pelo y pasando la mano por sus caderas hasta descender a sus nalgas redondas y macizas, perfectamente cinceladas. Sabía que él era su único hombre, y le gustaba.

En ocasiones, sin entender muy bien por qué, se acordaba de Valentina. Hubo un tiempo en que pensó que podría ser su esposa, y suponía que ella también lo habría pensado. Se escribieron los primeros meses, hasta que él fue poniendo distancia y acumulando desinterés. Cuando intentaba recordar su cara, la imagen se desvanecía oculta tras el rostro de Aisha. Ella era el ahora, la realidad y el placer en aquella ciudad de hombres solos.

Miguel regresó al cabo de veinte minutos con una sonrisa recorriéndole la cara.

—No os podéis ni imaginar las cosas que me ha hecho la guarra —dijo con brillo en la mirada—. A ver, llenadme el vaso, que me ha dao sed.

—¿Contento ya, Miguelín?

Asintió mientras daba cuenta del tinto de un trago. «¿A que no te lo bebes de un buche?»^[5], solía retar a sus amigos con copas colmadas de licores que perforaban la garganta.

—Picha, cuando queráis nos vamos —sentenció satisfecho.

Continuaron un recorrido que habían convertido en ritual, y en el camino de regreso al cuartel se sentaron durante un buen rato en la playa del Sarchal. Las nubes de color rojizo anaranjado dejaban su reflejo sobre el mar calmo.

Cuando cruzaron el puesto de guardia, la algarabía de la tarde retumbaba en sus oídos y les aturdía la cabeza, embotada por la bebida.

VI

La vida en el cuartel resultaba una anodina sucesión de días iguales que se consumían en jornadas de instrucción, agotadoras maniobras o servicios de cuartel. Las oficinas eran destinos reservados a soldados con alguna formación y buena caligrafía y, a diferencia de Manuel y Miguel, José tenía ambas cosas. Compartía despacho con un capitán, un alférez y un soldado de reemplazo a punto de licenciarse, un «abuelo», que le había enseñado los trucos para sacar provecho de aquel destino.

A toque de diana formaban en el patio de armas para pasar lista antes del desayuno. Se trataba de una especie de plaza mayor recorrida en sus cuatro lados por pórticos, a manera de claustro, desde los que se accedía a la cantina de jefes, la enfermería, el almacén y el comedor de tropa. Como si de una corrala se tratase, en el primer piso se ubicaba el despacho del teniente coronel jefe de la unidad, las oficinas y las compañías, y en la segunda planta se distribuían los pabellones de oficiales y suboficiales. Tras el primer recuento del día y la fajina, los soldados se dirigían a sus destinos o al campo de instrucción en el Llano de las Damas, ubicado en el Campo Exterior, como se conocía el páramo que se abría más allá de las Murallas Reales, en la linde de la ciudad.

José y su compañero aguardaban cada mañana la llegada del brigada, un hombre grande y pesado, de incipiente calvicie, que caminaba arrastrando los pies. La mirada cansina de los ojos, permanentemente entreabiertos, y el labio inferior que sobresalía por encima del superior le daban el aspecto de una persona al borde de la idiotez. Cuando le veían al fondo del pasillo, Casimiro cerraba la puerta y comenzaba a barrer la estancia procurando levantar polvo.

—Ah, pero están ustedes barriendo —se sorprendía al abrir la puerta.

—En un momento terminamos, mi brigada.

—Bueno, bueno, bajo entonces un segundo a la cantina.

Día tras día representaban la misma escena sin que al suboficial le importara. Para él era una excusa como otra cualquiera con la que demorar su trabajo. Regresaba al cabo de media hora, y tras él llegaba el capitán. Mucho más joven que su subordinado, al que trataba con indiferencia, era alto y de aspecto saludable. Escrupulosamente afeitado, el bigote diminuto, perfilado como una línea sobre la boca, acompañaba a la perfección el aire desdeñoso y arrogante del militar de carrera que se sabe llamado a más altos cometidos.

Entraba en la oficina, guardaba su gorra en un pequeño armario metálico, y se ponía a remover los papeles que el día anterior había archivado en los cajones de la mesa. La mayoría de ellos eran documentos remitidos por los ayuntamientos y cuartelillos de la Guardia Civil de toda España, a los que José y Casimiro se habían dirigido previamente por carta reclamando informes de buena conducta sobre los quintos que pedían ser destinados en la plaza. Si el capitán los consideraba

adecuados, daba el visto bueno a las solicitudes y comunicaba a las cajas de reclutamiento la admisión de los voluntarios en un farragoso trámite administrativo que entretenía el tiempo. La oficina gestionaba también los expedientes de toda la guarnición y la hoja matriz de servicios, en la que recogían con letra de pendolista los avatares de cada militar de carrera: ingreso en el Ejército, cursos, empleos, destinos, permisos y cualquier incidencia, por intrascendente que fuera. En hojas pautadas, en el margen, anotaban el año, y sobre las líneas relataban la vida castrense del reseñado.

«1929. Con licencia de Pascuas hasta el 20 de enero, en que se incorporó al regimiento y quedó de guarnición. Por R. O. C de 20 de enero (D. O. n.º 24) es destinado al Regimiento de Infantería Serrallo, verificando su incorporación en la plaza de Ceuta el 22 de febrero, marchando con destino a la compañía quinta del segundo batallón».

Sólo la llegada de reclutas alteraba el funcionamiento tedioso del despacho. Había que tomarles la filiación a todos, asignarles a una compañía y proveerlos de todo lo necesario para la vida cuartelera: uniforme de faena y de paseo, un par de alpargatas de lona y otro de botas de cuero, dos pares de mudas y cubiertos. Durante el primer mes cumplían con la instrucción básica y después eran repartidos por destinos.

José aprovechó su incorporación al batallón para hacer el curso de cabo, empleo que obtuvo a los tres meses con una nota media de 8,10. Aprendió que un regimiento tiene tres batallones; que cada batallón, también llamado tabor, dispone de quinientos hombres repartidos en cuatro compañías, tres de fusiles y una de ametralladoras, al mando de un capitán. Éstas, a su vez, tienen tres secciones de unos cuarenta hombres, al frente de los cuales se sitúa un teniente. Las secciones se dividen en pelotones de diez hombres al mando de un sargento, y cada pelotón, en dos escuadras de cuatro soldados que manda un cabo. Cuatro hombres. Nunca hasta entonces había tenido a tantas personas a su cargo.

—Rico, mañana se viene con la sección a aprovisionar los blocaos, así tiene ocasión de desperezarse del trabajo en la oficina. Su capitán está al tanto.

—A sus órdenes, mi sargento.

El sargento Maules le tenía ojeriza desde que llegó al cuartel. Despreciaba a los escribientes que se pasaban la mañana entre papeles y disponían de las tardes libres. La mayoría estaban rebajados de servicio por sus oficiales, y sólo muy de vez en cuando conseguían colocarles una guardia o, como en esta ocasión, enviarles de maniobras. Aquellas tareas eran más propias de señoritos que de militares, bufaba el sargento cada vez que se veía obligado a subir a las oficinas. Chupatintas sin vocación por el noble arte de las armas.

—A vosotros os quería ver yo en combate —les recriminaba cada vez que acudía al despacho por alguna gestión.

—El valor se nos supone, mi sargento... —le contestaba Casimiro—. Eso dice en todas las cartillas de licenciamiento, aunque no se haya participado en ninguna batalla —añadía cuando recibía la mirada reprobatoria del suboficial, que se marchaba

maldiciendo pasillo adelante.

—Un día te va a empapelar —advirtió José a su compañero, que no dudaba en tentar a la suerte cada vez que se cruzaba con el sargento.

—A ti sí que te ha jodido el Maules. Ese tío es un chusquero cabrón —sentenció Casimiro.

—Tampoco es para tanto. Un par de días fuera.

VII

El pelotón partió del cuartel aprovechando el relente de la madrugada camino del Kudia Federico, uno de los escasos blocaos de la zona, situado en la carretera de Tánger, al que se llegaba a través de Yebel Anyera, la Mujer Muerta, una imponente mole caliza que dibujaba en el horizonte el perfil del rostro y el pecho de una mujer yacente.

El blocao era un fortín de madera rodeado de sacos terreros y alambre de espino, cuya dotación vivía durante días en condiciones muy precarias y en estado de alerta permanente ante un enemigo invisible. La posición servía para vigilar los movimientos de las cabilas de la zona que en otros tiempos se habían enfrentado a las tropas españolas. Vestigios de la guerra en el Protectorado. El silencio era tan extenso y profundo en aquellos parajes que retumbaba el sonido seco de los disparos hechos desde las posiciones para romper tanta quietud.

Las marchas por aquel territorio inhóspito, cargados con la mochila y el mosquetón, bajo un sol inmisericorde, ponían a prueba la resistencia de los soldados. Al cabo de dos horas de caminata, el horizonte se derretía por el calor y las figuras se desdibujaban hasta transformarse en siluetas ondulantes. La camisa se pegaba al cuerpo y ante los ojos se columpiaba la borla del gorro. Quien era capaz de seguir su movimiento pendular conseguía distraer la fatiga por unos momentos. La escasez de agua obligaba a beber sólo cuando se sentía la garganta áspera como una lija, incapaz de tragar la propia saliva, y la lengua se quedaba pegada al paladar. El primer sorbo dolía.

—Aguanta, tirilla —le dijo Miguel cuando llevaban ya un buen trecho y advirtió su gesto cansado.

—Voy bien, no te preocupes —le respondió José.

La inesperada presencia de Miguel en el pelotón era un alivio. De vez en cuando abandonaba su posición sin que se percatara el sargento Maules y se encaminaba hasta la de José para interesarse por él, temeroso de que flojeara.

—El cabrón del Manuel s'ha librao, y ya van tres veces que er muy hijoputa se quea de guardia.

José guardaba silencio, concentrado en la marcha.

—Claro que guardia en el Hacho es una cabroná. Plantao allí en lo arto te das una jartá de aburrimiento. Algunos maricones se dan el gusto de subir hasta Puerta Málaga pa restregarte las putas y te dicen que van a follar allí al lao, en el monte, y que no les dispares, que no son liebres, que son conejos —reía su propio relato—. ¡Que se joda!

Pasaron de largo por dos cabilas de chozas de paja y algunas casas de adobe encalado ante la mirada indiferente de sus pobladores y el cacarear de unas pocas gallinas que corrían con las alas extendidas, como si fueran a echar a volar. Muchos de estos poblados habían sido destruidos durante la guerra y los beréberes habían

vuelto a levantarlos sobre sus cenizas.

—Si te cansas no tiés más que ponerte detrás de la burra, la coges del rabo y te dejas llevar. —Se agarró para enseñar a José cómo debía hacerlo—. ¡Me cago en Dios! —blasfemó cuando el animal levantó levemente su pata derecha e hizo amago de lanzarle una coz.

—Coño, Miguel, que no te preocupes, que estoy bien.

—Usté perdone, mi cabo. —Hizo una pausa—. ¿Sabes por qué me alisté en el Ejército? —le preguntó para continuar la conversación.

—Porque te pagaron dos mil pesetas para que te vinieras a África como soldado de cupo —le respondió José intentando zanjar una conversación que le exigía centrar la atención en su compañero, cuando necesitaba de todas sus fuerzas para no desfallecer.

—Que no, picha, que no.

—Pues es lo que nos contaste.

—Bueno, pero no sólo por eso. —Y como José no terminaba de preguntarle, se decidió a iniciar su relato—. Mi padre es pescaor —dijo como una sentencia, y calló—. Él y Modesto, el vecino. —Volvió a abrir un silencio que pretendía captar la atención de su compañero—. Pues una de las veces que marcharon con el barco p' aquí cerca de África y estuvieron fuera dos semanas o así, me mandó la madre a casa del vecino por ver si la mujer necesitaba algo. ¡Y vaya si necesitaba, chacho!

—No me jodas, Miguelín, que te veo venir.

—Yo no quería, pero se me insinuó. Vaya, que se me hizo de querer, quillo, y uno es mu hombre. ¡Qué carnes, Miguel, y eso que había parío cinco críos! Y así estuve dándole gusto hasta que regresó el marío.

—Y te pilló. —José se quiso anticipar a una respuesta segura.

—Qué va, qué me va a pillá. Lo que pasa es que la Amparo se quedó encelá conmigo y me buscaba cada vez que podía. Era gallina vieja y hacía buen caldo, y así me tenía, consumiíto, y por fuerza nos tenían que pillar, así que me vine p' acá. Además, a mí eso de los peces no me gusta ná y el padre estaba ya empeñado en que tenía que ayudarlo.

—Joder, Miguel, eres una caja de sorpresas. —José no pudo evitar reír el gracejo de su amigo.

—Y qué curpa tengo yo si el marío no le daba lo suyo.

—No te echas por arrobas, Miguel, que nos conocemos.

—Te lo juro por mi madre. —Juntó el índice y el pulgar y se los llevó a la boca—. Por mi madre te lo juro.

La cara ennegrecida del sargento esbozó una sonrisa cuando ordenó detener la marcha para recuperar fuerzas y reparó en el rostro de sus hombres, rendidos por el cansancio. Cinco de ellos eran soldados de reemplazo llegados hacía sólo unas semanas en uno de los barcos que periódicamente trasladaban desde la Península a no

menos de quinientos muchachos procedentes de toda España. La travesía podía ser un suplicio si el viento de levante soplaba fuerte en el Estrecho. El buque era entonces como un cascarón dejado a su suerte en la mar embravecida, los pasajeros vomitaban por la cubierta, y cuando llegaban a su destino parecían derrotados de antemano. Aquellas marchas formaban parte de su periodo de instrucción, que se complementaba con novatadas brutales que unos meses más tarde ellos mismos pondrían en práctica con quienes les sucedieran en su condición de «borregos». Sus rostros quemados por el sol les delataban como reclutas. Sólo los más veteranos aguantaban aquel infierno y las peroratas del oficial.

—Parecéis maricas. ¿Dónde os creéis que estáis? Éste es el glorioso Ejército de África. Debería ser un honor para vosotros servir en él. He visto morir a decenas de soldados en los blocaos. Yo mismo he sufrido el asedio de los moros de Abdelkrim durante semanas... ¡Pero qué cojones vais a saber vosotros quién era ese hijo de la gran puta! En Xauen —gritó para evocar el escenario de sus hazañas—, ese hijo de mala madre ordenó a sus hombres que cortaran los cojones a nuestros soldados muertos y se los metieran en la boca.

—Mi sargento, ¿puedo beber un poco de agua? —interrumpió un insensato.

—Un cuartillo^[6] para tres días, y cuando se acababa nos bebíamos los orines —bramó el suboficial—. Habéis oído bien, los orines —insistió por si alguno se resistía a creerlo—. Los tuyos y los de tus compañeros. Se recogían en cubos, una parte servía para refrigerar los cañones de las ametralladoras y el resto lo bebía la tropa. Su sabor es agrio, pero quitan la sed. Era eso o la muerte, sin contar a los que morían de todos modos por las palúdicas.

Miguel era de los pocos que atendían aquellos relatos pretendidamente épicos, que identificaba con la marcialidad que tanto admiraba. Los había escuchado ya en otras ocasiones, pero no dejaba de impresionarle la voz recia del sargento, forzada hasta el extremo para hacerse escuchar por sus hombres.

—Si quíes te puedo dar un poco —se dirigió a José mientras se desabrochaba la bragueta y hacía amago de sacarse la verga.

—Vete a tomar por el culo.

—¿Así me lo agradeces? —rió.

—¡En pie! —gritó el sargento, y reanudaron la marcha.

José había aprendido a evadirse de aquellos castigos dejando volar su imaginación hasta Monleras. Era capaz de recrear olores. El del estiércol y la paja seca, el de la tierra húmeda del otoño y la madera de encina al arder en la chimenea. Sólo entonces se tambaleaba su vocación castrense y se decía que si hubiera seguido los consejos de don José María, tal vez ahora sería periodista. Su mentor, maestro en Villarino de los Aires, le dio clases nocturnas hasta que comprendió que no podía enseñarle más de lo que ya sabía y le animó a iniciarse en el periodismo cuanto tenía dieciséis años. Él mismo le recomendó para que colaborara en *El Adelanto de Salamanca* con algunas crónicas sobre la comarca. Creyó descubrir su vocación, y

hasta se atrevió a mandar a la redacción un artículo sobre la gozosa proclamación de la Segunda República que le valió la felicitación del director. ¿Qué hacía ahora allí?

Anocheía cuando llegaron a las posiciones marcadas. Los hombres les recibieron como si fueran una aparición divina. Llevaban allí dos semanas y aún les quedaban dos más antes de ser relevados. La cara cuarteada por el sol les avejentaba, y sobre la frente se dibujaba una línea que marcaba la frontera entre la tez morena y la piel blanca protegida bajo la gorra. Descargaron las provisiones: tocino, arroz, legumbres, latas de ternera con guisantes y, sobre todo, agua. Con sed era imposible ingerir nada.

—Ya está, tirilla, lo has conseguido —le animó Miguel cuando hubieron terminado y se disponían a pasar la noche a refugio de unas tablas y una techumbre de uralita.

—Cabo Rico, hace la primera guardia en la avanzada —dijo el sargento Maules al pasar junto a ellos.

—A sus órdenes, mi sargento.

La avanzada era un hoyo excavado en la tierra a un centenar de metros del blocao, desde el que se protegía la posición del imposible ataque de un enemigo inexistente.

—Quillo, éste no te pué ni ver —susurró Miguel cuando se hubo distanciado algunos metros y no podía oírlos.

—Un día le pego un tiro y me quedo tan a gusto.

—No lo digas ni en broma, tirilla, que nos fusilan.

La noche estrellada invitaba a extasiarse mirando el cielo.

Con las primeras luces del día recogieron sus cosas y emprendieron el camino de regreso, siempre más llevadero. Los hombres recuperaban las fuerzas y hasta el calor parecía soportable. Nadie desfallecía, y los más ufanos se atrevían con absurdos estribillos cuarteros.

«La navaja es una cosa que se mete y que se saca, ¡una alhaja! La navaja es una cosa que se saca y que se mete, ¡un juguete!».

—¡En formación de a dos! —ordenó el sargento cuando divisó el cuartel.

Entonces todos callaron.

VIII

Los diarios anunciaban desde hacía días la visita a Ceuta de la abogada y diputada socialista Margarita Nelken para intervenir en un mitin en el teatro Cervantes junto al líder de las Juventudes Socialistas, Antonio Parrado, que se había destacado por su participación en los conflictos laborales que se sucedían en la ciudad con el fin de reclamar mejores condiciones de vida para los trabajadores.

Los actos políticos eran frecuentes desde la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero, que muchos ceutíes habían abrazado con el mismo entusiasmo con el que recibieron la proclamación de la Segunda República cinco años antes, mientras en los cuarteles crecía la indignación ante lo que los mandos consideraban una deriva comunista que amenazaba los valores de la sociedad cristiana. Algunas iglesias de zonas deprimidas habían dejado de celebrar cultos y el templo de la barriada de la Unión había sido asaltado por los vecinos para convertirlo en centro obrero y sala de beneficencia. Una mañana irrumpieron en su interior, trasladaron las imágenes de santos a un almacén contiguo y redactaron el acta de constitución. En ella se declaraba que sus hasta entonces inquilinos sólo se habían preocupado de sembrar la ignorancia entre los vecinos y de impedir el progreso cultural del pueblo.

«Los vecinos que suscriben consideran que su deber de ciudadanos amantes del progreso de su patria y su amor a la República exigen poner bien altos el buen nombre de los mismos, arrollando a su paso todo lo que interrumpa el afianzamiento del régimen republicano».

José convenció a regañadientes a sus compañeros para que lo acompañaran. Manuel pensaba que los militares no debían inmiscuirse en temas políticos, y menos aún acudir a actos de formaciones de izquierda. Lo de Miguel era distinto; para él asistir a un mitin era perder el tiempo. «Antes prefiero que vayamos al cine», decía para dejar claro que no le gustaba el plan que les proponía José. Al final, más que aceptar, se dejaron llevar por el torrente de argumentos de su compañero.

Se cambiaron de ropa en la fonda Dos Mares con la complicidad de la dueña, discreta alcahueta de los encuentros de José con Aisha, y enfilaron al teatro a toda prisa para evitar ser reconocidos. Tenían rigurosamente prohibido vestir de paisano, y la numerosa presencia de policías militares en la calle suponía un riesgo si les reclamaban la documentación.

La sala estaba abarrotada de gente cuya extracción humilde saltaba a la vista por más que algunos se hubieran vestido de domingo para la ocasión. Tuvieron que permanecer de pie junto a una de las puertas de acceso. Sobre la tarima del escenario habían colocado una mesa para los oradores, y a su lado un micrófono para que dirigieran la palabra a los presentes. Del techo colgaba un enorme trozo de tela roja sobre el que se leía el lema «¡Viva la Unificación del Proletariado!».

—¿Qué coño hacemos aquí? —susurró Manuel arrepentido de haberse dejado convencer; incómodo entre aquella multitud que levantaba el puño y gritaba

consignas contra el capitalismo, el Ejército y la Iglesia.

—Aguenta un poco y nos marchamos —rogó José, que alzaba la cabeza intentando averiguar qué ocurría en las primeras filas del patio de butacas.

—¡Coño, aquel de allí es el Veintemillas! —dijo sorprendido al descubrir la presencia, unas filas por delante, de dos compañeros del cuartel.

Tratándose de Pedro Veintemillas, era una sorpresa relativa por las conversaciones que habían tenido en las fechas previas a las elecciones de febrero. Primero con sobreentendidos, y luego ya de forma abierta, ambos se habían confesado republicanos de izquierdas y afirmado con ello su amistad. Pedro era uno de los cabos veteranos —llevaba seis años en el Ejército, cuatro de ellos en Ceuta— y desde que llegó al batallón habían congeniado, antes incluso de que descubrieran sus afinidades ideológicas.

—¡Pedro! —alzó la voz intentando hacerse oír entre el murmullo de conversaciones—. ¡Pedro! —insistió hasta que giró la cabeza.

—Rico, pero ¿qué haces tú aquí? —Veintemillas esbozó la sonrisa de quien se ve gratamente sorprendido—. Qué pregunta más estúpida —se respondió sin darle tiempo a contestar—. No sabía que te dejaras caer por estos lugares tan peligrosos; si nos pillan se nos cae el pelo. Éste es Anselmo Carrasco —le presentó a su acompañante, a quien José conocía sólo de vista.

Se dieron la mano.

—Manuel y Miguel —dijo José señalando a sus amigos, que se mantenían en un discreto segundo plano.

—¿Conocéis a la Nelken? —inquirió Veintemillas.

—Sólo de oídas —respondió José algo avergonzado por su ignorancia.

—Es la única mujer que ha logrado el acta de diputada en las tres legislaturas de la República, en 1931, en 1933 y en las elecciones de febrero —dijo Veintemillas con admiración—. Esta tarde ella y Parrado la van a armar. La gente está muy caliente y sólo hace falta que le digan arre para que salga a la calle.

—¿Crees que puede ser peligroso que estemos aquí después de lo del otro día? —indagó José.

—¿Te refieres a lo del día de la huelga?

—Sí.

Dos semanas antes todos ellos habían formado parte de los retenes desplegados por la ciudad, al son de trompetas y tambores, para hacer frente a los obreros en huelga que protestaban contra la deportación a la Península de dos centenares de trabajadores de La Almadravera por reclamar un salario justo. Ceuta había tenido un desarrollo acelerado desde principios de siglo que la había transformado de ciudad presidio en ciudad burguesa y multiplicado su población por cuatro, hasta los cincuenta mil habitantes. Las obras del puerto, el ferrocarril que la comunicaba con Tetuán y un vasto programa de construcciones militares atrajeron abundante mano de obra desde el sur de la Península. El suministro a las tropas del Protectorado y a los

trabajadores favoreció la instalación de industrias y con ellas el nacimiento de una pujante burguesía. La fisonomía de modestas casas encaladas dio paso a edificios singulares que recibían el nombre de sus propietarios. El edificio Trujillo en la calle Real; el Marañés en la plaza de la República; la casa de los Púlpitos en la Marina. Incluso abrieron sus puertas hoteles como el Majestic o el Términus, donde se codeaba la alta sociedad.

El fin de la guerra de Marruecos en 1926 y la repatriación de tropas hizo tambalearse negocios hasta entonces prósperos, condenó al paro a numerosos obreros y generó una creciente conflictividad social. El problema de La Almadra vera era el último de una larga lista de conflictos que los sindicatos encararon con una huelga general. El delegado del Gobierno había requerido el auxilio de la autoridad militar para sofocar la revuelta, pero lejos de amedrentar a los huelguistas, exacerbó sus ánimos, y a los enfrentamientos siguió un tiroteo en la calle Real que acabó con dos obreros y un guardia civil muertos.

—No te preocupes, conozco a algunos de los que organizan este acto y saben que hay muchos militares republicanos que no compartimos las cosas que están pasando. Y también lo saben nuestros mandos, ¿por qué te crees si no que recurren a los regulares y a los legionarios como fuerzas de choque cuando hay follones? Porque a éstos no se les pone nada por delante —se respondió— y si tienen que disparar contra los obreros, disparan. Bien saben ellos con quién pueden contar y con quién no.

—Hay rumores de que se puede estar preparando un alzamiento contra el nuevo Gobierno —rompió su silencio el cabo Anselmo Carrasco, más tranquilo ya al percatarse de la confianza sincera que Veintemillas profesaba a José—. Hay que organizarse. —Sacó del bolsillo un puñado de propaganda que pensaba distribuir en el cuartel, y le entregó una octavilla a José—. Tengo un amigo en el parque de artillería que me dice que allí tampoco faltan quienes piensan como nosotros.

—No creo que tengan cojones —respondió Veintemillas retador—. Ni Yagüe ni el Franquito ese. Saben que la gente no se lo permitiría y que muchos de nosotros no les seguiríamos. Hay mucho soldadito que se ha enrolado en el Ejército huyendo del paro; muchos jóvenes de la cuenca minera de Riotinto a los que no les ha quedado más remedio que vestirse de caqui para poder comer, y os aseguro que éstos tienen claro quiénes son los obreros y quiénes los oligarcas.

Oligarcas. La palabra le sonó revolucionaria. No era una expresión al alcance de todos. Había que tener una cierta formación obrera, o eso al menos le pareció a José, para echar mano de ella en una conversación como quien dice pan o vino. Oligarca, oligarca... La palabra era un eco en su cabeza.

José se sentía maravillado. ¿Cómo era posible que su amigo estuviera informado de tantas cosas, que supiera interpretar detalles en los que él ni siquiera reparaba? ¡Un zapatero!, se sorprendía, y recuperaba el entusiasmo porque no sólo los ilustrados, la gente de derechas, tenían capacidad para elaborar un discurso. A Yagüe, al teniente coronel Juan Yagüe del que hablaban, lo conocía de sobra, pero eso no era un mérito

en una ciudad de la que muchos decían que era su dueño.

—¿Quién es Franquito? —se atrevió a preguntar aun a riesgo de que pensarán que era un ignorante.

—Franquito, el general Franco. Tú eres nuevo en la plaza, pero este general estuvo destinado aquí, en la Legión, y en 1935 le hicieron jefe de las fuerzas militares del norte de África, dicen que enchufado por el ministro de la Guerra, que le recompensó por lo bien que dirigió la represión de octubre de 1934 en Asturias.

José intentaba retener la avalancha de datos que Veintemillas le ofrecía.

—Se marchó a los tres meses de vuelta a Madrid para hacerse cargo del Estado Mayor, y en febrero el nuevo Gobierno se lo quitó de encima y lo envió a Canarias de comandante general —concluyó su discurso Veintemillas.

—El delegado está haciendo una buena limpia entre los mandos sospechosos de conspirar contra la República y los está trasladando a la Península para tenerlos controlados —añadió Carrasco.

—Ha nombrado jefe de Seguridad de Ceuta al teniente de regulares Tomás de Prada, de cuya lealtad no duda nadie. ¡Un teniente! Algunos están que rabian —dijo Veintemillas—. Cuando termine esto podemos vernos en el San Amarito —les invitó al percatarse de que el acto estaba a punto de comenzar.

—¿El de los comunistas? —se sorprendió José.

—Sí, el de los comunistas. Si te has atrevido a venir hasta aquí, también puedes tomarte un vino con nosotros. Tú y tus amigos.

El San Amarito era un bar de mala reputación desde que hacía unos años se corriera la voz de que allí se había fundado el partido comunista de Ceuta, cosa que el tiempo se encargó de corroborar a nada que uno se fijara en su clientela habitual. Ellos habían sido los responsables del asalto a la iglesia de la barriada de la Unión para convertirla en centro obrero, y las crecientes simpatías entre la población les habían animado a fundar un modesto periódico, *El Soviet*, que distribuían en las empresas. Unas semanas antes un desconocido, que José sospechaba ahora que se trataba de Veintemillas o Carrasco, había lanzado desde el primer piso del cuartel unas hojas volanderas que daban cuenta del nacimiento de la publicación.

«¿Cómo te llamas? Me llamo *El Soviet*. ¿Cuál es tu bandera? La de todos los humildes. ¿Dónde te conduce? A todos los hogares proletarios. Bien por *El Soviet*, sí, camaradas, bien. Quien dice *Soviet* dice igualdad y derecho al trabajo. Significa la voz de la verdad, la voz de un pueblo herido en su amor propio por los señoritos de la reacción y el fascismo. La voz de la justicia social. No negaremos, queridos camaradas, que este nuevo portavoz viene a llenar un vacío en las filas proletarias».

Aquel acto de rebeldía provocó un revuelo enorme. Les hicieron formar en el patio de armas y tuvieron que aguantar con estoicismo la catarata de insultos de los oficiales. «Si pilló al responsable de esto —gritaba desencajado el comandante Civantos—, le fusilo por traición».

Se hizo un respetuoso silencio. Quienes permanecían de pie se sentaron y

podieron ver a una mujer de mediana edad, con el pelo recogido en un moño, que iniciaba su alocución con un tono que iba ganando en fuerza a medida que avanzaba su intervención.

—Es preciso subrayar la gesta incomparable, sin precedentes en la Historia, del pueblo español en lucha por su libertad y por la libertad del mundo. La batalla de los desheredados que, no teniendo nada que perder, se alzan con toda su miseria, marcada con las vejaciones y atropellos sufridos a lo largo de generaciones y de siglos, para conquistar para todos un porvenir de dignidad ciudadana y de justicia social.

Cada vez que la oradora hacía una inflexión en su discurso, el público se alzaba en pie y arrancaba en aplausos que retumbaban en la sala y creaban una sensación de comunión entre los presentes de la que resultaba imposible sustraerse. Seducido por el ambiente, José no se percató de la marcha de Manuel, que había permanecido al margen de su charla con Pedro Veintemillas y Anselmo Carrasco, de la que tan sólo al cabo de un buen rato le advirtió Miguel tirándole de la camisa ante la imposibilidad de hacerse oír.

—El soldado Cadierna Rivera s'ha marchao sin despedirse —Miguel nombraba a Manuel por sus apellidos cuando discutían—. Lo ha hecho a mal hacer el mú cabrón, y aquí nos ha dejao.

—Peor para él —cortó José, que no quería perder hilo de lo que la oradora decía.

Tras media hora de vehemente discurso de la Nelken le llegó el turno a Antonio Parrado. Se abrochó el botón de la chaqueta según se dirigía hacia el micrófono, ocultando los pliegues que hacía en la cintura del pantalón el cinturón apretado para sujetar una prenda demasiado holgada para un hombre tan liviano. La corbata con pasador, el pañuelo asomando por el bolsillo de pecho y el pelo mojado peinado hacia atrás, dejando al descubierto unas pronunciadas entradas, le hacían parecer mayor de lo que era. Tenía veintiséis años, trabajaba en la oficina de colocación obrera, estaba casado y era padre de dos hijos.

La facilidad de palabra y el dominio de los tiempos y los tonos del discurso terminaron de encender a los asistentes.

—Hay dos fechas en la historia moderna de España, el 14 de abril de 1931, en que triunfó la democracia, y octubre de 1934, cuando la CEDA^[7] subió al poder, dando lugar con sus provocaciones a una violencia que los socialistas no queremos. ¡Trabajadores, compañeros, por la unidad de acción para impedir los desmanes de la derecha! —concluyó entre vítores de los presentes. Luego, todos en pie, puño en alto, entonaron La Internacional. José, cohibido, alzó también el puño y cruzó una mirada cómplice con Veintemillas, que cantaba con la misma determinación de los presentes.

«Arriba, parias de la tierra, / en pie, famélica legión. / Atruená la razón en marcha, / es el fin de la opresión».

Sintió vergüenza por no saber la letra de aquel himno que retumbaba en la sala como una única voz. Miguel, aún más cohibido que él, asistía impávido al

espectáculo.

«Agrupémonos todos y / en la lucha final. / El género humano / es La Internacional».

—¡Compañeros, ni un paso atrás en la lucha por los derechos de los trabajadores! —gritó Antonio Parrado a modo de despedida.

«¡Ni un paso atrás, ni un paso atrás, ni un paso atrás!».

Poco a poco los asistentes fueron desalojando el local y dispersándose por las calles aledañas.

José salió turbado. Miguel miraba incrédulo el gesto alelado de su amigo.

—Eh, picha, vuelve. —Le palmeó delante de la cara.

—Qué razón tiene Parrado —dijo con admiración.

—Vaya bistec^[8] que tenía el piente^[9], pero que no se te olvide, mi cabo, que estas cosas no van con nosotros.

—Claro que van con nosotros. Somos soldados, pero del pueblo, no contra el pueblo.

—Buenooo —estiró la o para hacer hincapié en su tono de pesadumbre—, qué razón tié Manuel. Tú has perdío la chaveta, muchacho.

—¿No te das cuenta de que la gente no nos mira igual?

—¿Y cómo nos miraba antes? —le devolvió la pregunta Miguel.

—Pues éramos parte de la ciudad, podíamos pasear de un extremo a otro sin llamar la atención, sin que nadie nos dirigiera una mirada de desaprobación, y ahora, en cambio, todo son recelos. ¿No te das cuenta?

—Cada uno a lo suyo, José, no sé por qué tiés que preocuparte por esas cosas. Ahora nos miran torció porque en lugar de borrachos nos han visto con la novia^[10] en la mano y apuntándoles. Pero eso está olvidao pasao mañana, que aquí cada uno sabe que tié que estar a lo suyo. No me seas alijudi^[11].

—Ya sabes cuál es el ambiente en el cuartel. Los ánimos están revueltos. Muchos suboficiales hablan sin recato de la necesidad de dar un golpe militar y dicen que la Legión y los regulares van a acabar con tanta algarabía.

—Palabrería de sardinas^[12] y sardunos^[13].

—¿Y te parece normal que los regulares se cargaran el otro día a dos obreros?

—Ellos dispararon primero, ¿qué quiés que hicieran?, pues dar un par de buchantes^[14]. Anda y tira p'alante, no sea que lleguemos tarde a retreta y nos metan en la pavera^[15]. El Manuel sí que sabe. Seguro que lo ha pasado mejor que nosotros. ¡No sé por qué te hago caso, mi cabo!

José sacó del bolsillo la hoja arrugada que le había dado el cabo Anselmo Carrasco y que él había escondido. La leyó. Por un instante dudó si aceptar la invitación de Veintemillas, pero la mirada de Miguel le advirtió que por ahí no estaba dispuesto a pasar. Por hoy ya había tenido bastante.

—Tira para la Berría —le dijo, y a Miguel se le iluminó la cara.

—¡Ése es mi cabo!

IX

—Saque las tropas a la calle y proceda a tomar la ciudad.

Era la orden que el teniente coronel Julián Martínez Simancas llevaba esperando toda la tarde en su despacho del Batallón de Cazadores del Serrallo número 8 de Ceuta. Al otro lado de la línea telefónica la voz del teniente coronel Juan Yagüe sonaba firme. Desde que horas antes las tropas acantonadas en Melilla tomaran la ciudad tras algunos enfrentamientos armados, los militares sediciosos esperaban en el resto de las localidades del Protectorado español en Marruecos instrucciones para sumarse al golpe aprovechando el desconcierto y las escasas informaciones que habían llegado a Madrid sobre la magnitud de la asonada.

—¿Cómo están por ahí las cosas? —la pregunta del ministro de la Gobernación, Juan Moles, le pilló de sorpresa.

—Todo en orden, ministro —contestó el alto comisario Arturo Álvarez-Buylla, máxima autoridad española en Marruecos, que vivía cómodamente instalado en Tetuán, la capital del Protectorado.

El capitán de Artillería Álvarez-Buylla ocupaba el cargo de manera interina desde el mes de mayo anterior en sustitución del propio Moles, que había sido reclamado desde Madrid para incorporarse al Gobierno. Hasta ese momento el oficial había desempeñado el cargo de secretario general de la Alta Comisaría y mantenía una excelente relación con su antecesor y ahora ministro.

—El delegado gubernativo en Melilla me ha llamado para decir que algunos militares se han sublevado esta tarde, pero la comunicación se ha cortado. —El ministro se refería a Jaime Fernández Gil, de quien habían partido las únicas noticias que en ese momento se tenían en Madrid sobre lo ocurrido en la plaza de soberanía—. ¿El general Gómez Morato está ahí? —preguntó por el jefe del Ejército en África.

—Marchó esta mañana a Larache a revistar las tropas.

—¿Sabe si el general Romerales ha resignado el mando? —El ministro aludía a Manuel Romerales, jefe de la Circunscripción Oriental, con sede en Melilla.

—No, señor, no sé nada —Álvarez-Buylla comenzó a sentirse ridículo.

—Pues algo debe de pasar en Melilla, vea usted la manera de enterarse. Y puesto que no está ahí Gómez Morato, tome usted las medidas oportunas para controlar la situación. Hable con el comandante De la Puente y que prepare los aviones por si fuese necesario. Todas sus decisiones quedan respaldadas por mí.

El comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, primo del general Francisco Franco, era el jefe de las Fuerzas Aéreas del norte de África, con sede en el aeródromo de Sania Ramel de Tetuán, cargo para el que había sido nombrado por el nuevo gobierno dada su probada lealtad republicana.

Ceuta había vivido una jornada de calma tensa a la espera de acontecimientos. El

delegado del Gobierno, José Ruiz Flores, recababa noticias desde su despacho en la plaza de la República, frente al casino militar. Hacía unas horas que le había telefoneado el presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, para preguntarle por la situación en la ciudad tras los hechos acaecidos en Melilla. El Consejo de Ministros había permanecido reunido hasta bien avanzada la tarde, y al concluir, el ministro de Hacienda y portavoz había mentado a los periodistas asegurándoles que tan sólo se habían tratado asuntos administrativos. Para entonces la preocupación de Ruiz Flores se había convertido en desasosiego.

El alcalde, Antonio López Sánchez-Prado, y varios dirigentes del Partido de la Unión Republicana se habían trasladado hasta la delegación desde el consistorio, situado en la plaza de África, tras dar por terminado el pleno municipal convocado a las siete de la tarde, que se había prolongado por espacio de dos horas con cuestiones irrelevantes a la vista de la situación. «Se aproximan días terribles para la República y es preciso que nos unamos y nos preparemos para defenderla. No es momento de disensiones, sino de que todos, como un hombre, cumplamos con nuestro deber», había dicho el regidor como presagio de lo que todos temían antes de gritar un «¡viva la libertad, viva la República!» que fue coreado por los presentes.

—El presidente me ha asegurado que se trata de la algarada de unos pocos militares a los que se espera reducir en cuestión de horas —Ruiz Flores intentó tranquilizar a sus interlocutores—. La situación en la Península es de absoluta tranquilidad y no hay nada que temer.

El delegado omitió la última advertencia de Casares Quiroga. «Mantenga la calma, Flores —le había dicho—, y, sobre todo, no dé armas a los sindicatos».

—Ésas no son las noticias que yo tengo —respondió el alcalde—. Varios amigos me han telefoneado desde Melilla y me aseguran que el Ejército ha tomado la ciudad. Si es así, lo más probable es que también aquí se echen a la calle.

—¡Eso son bulos! —cortó Ruiz Flores, que aunque compartía la intranquilidad de su compañero, se sentía obligado a respaldar las palabras del presidente del Gobierno.

—Son hechos. Me han recomendado que abandone la ciudad y me marche a Tánger hasta que la situación se aclare. José —Sánchez-Prado recurrió al tuteo—, no nos pongamos una venda en los ojos para no ver lo que está ocurriendo.

José Ruiz Flores se había hecho cargo de la delegación el mes de febrero anterior. Militante de Izquierda Republicana, de sesenta y ocho años de edad, había abandonado muy a su pesar su Málaga natal para no desairar a su compañero de partido y presidente de la República, Manuel Azaña, que tras la victoria electoral le encomendó mantenerle informado de los movimientos de tropas tras los recientes traslados a la Península de numerosos mandos sospechosos de conspirar contra el nuevo Gobierno. Los poco más de cuatro meses que llevaba en el cargo le bastaban para conocer la enorme ascendencia que Sánchez-Prado se había ganado entre los vecinos de la ciudad durante los trece años que llevaba en ella. Primero como médico, y desde 1931 como líder del republicanismo local. Su palabra valía más que

la de cualquier otro.

—¿Qué hacemos? —preguntó el delegado dando marcha atrás en sus argumentos.

—Lo primero contactar con los jefes militares para saber quiénes se mantienen fieles a la República y quiénes no, y después hablar con los sindicatos para preparar la defensa de la ciudad si fuera necesario. —Hizo una pausa—. Tal vez tengas que autorizar la entrega de armas a los trabajadores —añadió Sánchez-Prado con prudencia, consciente de la gravedad de sus palabras.

—Tengo órdenes tajantes del presidente del Consejo de Ministros de que bajo ningún concepto se den armas a los sindicatos, de manera que esa posibilidad está descartada —Ruiz Flores desveló el secreto que instantes antes había callado.

—Ojalá no sea necesario —Sánchez-Prado optó por no insistir en una medida que desconocía si sería preciso tomar—. ¿Has hablado con el coronel Clemente? —preguntó en referencia al coronel de Artillería Arturo Díaz Clemente, que desde primeros de mes ejercía de manera interina como jefe de la comandancia de Ceuta al estar el general Oswaldo Capaz, su titular, de permiso en Madrid.

—Hace ya una hora que dejé recado a su ayudante de que me llamara y aún no lo ha hecho —Ruiz Flores dejó entrever la sospecha de que su silencio era un mal presagio.

—No puedo creer que hayamos sido incapaces de predecir esto —Sánchez-Prado no ocultaba ya su convicción de que el golpe era inminente.

En la memoria de todos estaban las maniobras militares celebradas unos días antes en Llano Amarillo, la alarma que generaron y la facilidad con que la misma se disipó. Dieciocho mil hombres se habían dado cita en una demostración de fuerza del Ejército de África desfilando ante su máximo responsable, el general Agustín Gómez Morato, un hombre despreciado por sus oficiales desde que Azaña le enviara al Protectorado para sustituir al general Emilio Mola, trasladado forzoso a Pamplona. Uno de los numerosos cambios abordados por el Gobierno de la República para dispersar a quienes consideraban militares desafectos con el nuevo Ejecutivo surgido de las urnas en las elecciones de febrero de ese año. Allí, en Llano Amarillo, Gómez Morato y las autoridades civiles y militares habían participado en una comida al aire libre en la que los oficiales no habían dejado de pedir CAFÉ a voces, para regocijo de sus mandos. Un grito cuyo significado ignoraba el general, pero no quienes estaban en la conspiración: Camaradas, Arriba Falange Española.

Las calles de la ciudad eran un desierto desde que a mediodía comenzara a extenderse el rumor de que el tercio se dirigía a ella procedente de su cuartel de Dar Riffien, situado a cinco kilómetros. La concurrida calle Real estaba vacía, al igual que las habitualmente repletas terrazas de los cafés de la calle Rebellín, cuyos camareros habían recogido mesas y sillas. Hasta los garitos y prostíbulos de la Berría mostraban un aspecto desolador. Las alcahuetas blasfemaban su mala fortuna y las prostitutas esperaban aburridas la llegada de soldados para dejarse en sus camas unas pesetas de

la paga.

El presidente de la Casa del Pueblo, Sebastián Ordóñez, había convocado al líder de los socialistas ceutíes, Rafael Jiménez Cazorla; al secretario de sus juventudes, Antonio Parrado Gil, y a Juan Medina y Juan Rivas, «los juanes», como los conocían sus camaradas del partido comunista, para acordar la manera de hacer frente a una asonada que daban por segura, por más que desde Madrid llegaran mensajes tranquilizadores.

—Sin armas no hacemos nada —hablaba en tono airado Cazorla—. Hay que ir a la delegación del Gobierno a exigir armas para el mayor número posible de compañeros. Mañana que no acuda nadie al trabajo, y que cada delegado de fábrica movilice a los trabajadores a manifestarse. Hay que organizar también piquetes para montar guardia en los cuarteles en previsión de que el Ejército se eche a la calle y enviar a algunos camaradas al Llano de las Damas y al Campo Exterior para que estén al tanto de movimientos de tropas.

—Rafael, eso es una estupidez, si los militares deciden actuar no habrá manera de pararlos, y menos a la Legión o a los regulares. Son mercenarios que acatarán cualquier orden sin vacilar. Ya lo han hecho en otras ocasiones —respondió titubeante Juan Medina ante el temor de que sus palabras sonaran a excusa o a miedo.

—¿Y qué quieres que hagamos, salir corriendo?

—Si es cierto que las tropas han tomado Melilla y que los hombres de Yagüe vienen hacia aquí, poco vamos a poder hacer. Marchar a Tánger es posiblemente lo más prudente para algunos de nosotros. Huir y esperar acontecimientos.

—Yo no me pienso marchar de aquí, pero tampoco reprocharé a quien lo haga —dijo escrutando con la mirada a sus compañeros.

—Rafael tiene razón —intervino Sebastián Ordóñez para rebajar la tensión—. No se trata de lo que queremos hacer, sino de lo que debemos hacer, y creo que no hay alternativa. Si escapamos ahora, nos lo reprocharemos siempre. No perdemos nada por entrevistarnos con el delegado del Gobierno para organizar la resistencia en caso de que los militares se alcen en armas. De todos modos, a partir de mañana, huelga general hasta que las cosas vuelvan a la normalidad.

Nadie rechistó, y Juan resolvió no sostener la discusión. Calló también y se sumó al grupo que se encaminó a la delegación para entrevistarse con la máxima autoridad civil de la ciudad.

X

Las once en punto de la noche. José Rico supo que era esa hora porque miró de manera automática el reloj cuando escuchó el toque de generala. Fue una sensación extraña, mezcla de alivio y preocupación. Habían pasado la tarde acuartelados con el pretexto de una revista de policía que no se había llevado a efecto, y a lo largo del día habían ido llegando noticias de que las tropas se habían alzado en armas contra la República en Melilla. La ciudad era la capital de la Circunscripción Oriental, que comprendía también Nador, Alhucemas y otras localidades limítrofes. Ceuta lo era de la Circunscripción Occidental, que tenía en Tetuán, Xauen, Larache, Arcila y Alcazarquivir las ciudades más importantes. Nadie sabía lo que ocurría, y los oficiales y suboficiales guardaban silencio.

El único que había perdido la compostura era el jefe de la compañía, el capitán Mateo, un hombre bajito y gordo, con un poblado mostacho que le adornaba la cara poco agraciada, atravesada por una enorme cicatriz de la que se ufanaba. Cada vez que descubría a un soldado mirándole la marca le espetaba un «¡qué cojones miras!». Luego, con su interlocutor ya vencido por el temor, le relataba cómo una bala le había atravesado el rostro durante la guerra de África.

—¡Sólo Millán Astray luce más medallas en la cara que yo! —decía orgulloso—. Cuatro veces fue herido en campaña y ocho veces operado, graves todas ellas. Amputado del brazo izquierdo por presentación de la gangrena gaseosa y enucleado del ojo derecho —dudaba cada vez que pronunciaba esta palabra, aprendida de memoria, que le sonaba más castrense que «tuerto»— por fuego enemigo. Dos veces le fue administrada la extremaunción en el campo de batalla. Ese hijo de puta tiene más pelotas que todos vosotros juntos —concluía.

Le habían visto lustrar las botas y enfundar el sable. Había pasado más tiempo de la cuenta en la cantina y desprendía un intenso olor a vino. Al ruido del cornetín había entrado en la compañía sin tiempo para que el cuartelero anunciara su presencia.

—¡Hijos de mala madre, tomad las armas, que la patria os llama! —bramó.

En unos minutos estaban formados en el patio de armas frente a los oficiales, que pasaban revista con voz airada, a la espera de que el teniente coronel Martínez Simancas se dirigiera a ellos.

—Ahí llega tres ases de oros —dijo Miguel refiriéndose a él por las tres estrellas de ocho puntas de su pechera.

Guardaron silencio.

—¡Firmes! —gritó el capitán, y se giró en posición de saludo—. Sin novedad, mi teniente coronel.

—Mande descanso.

—¡En su lugar... descanso!

El jefe del batallón recorrió la primera fila mirando a los hombres a la cara, y al

volver sobre sus pasos se detuvo a la mitad de la formación. Su voz tronó histérica.

—¡Soldados! La patria nos llama a cumplir la misión de salvarla del dominio comunista al que la ha abocado sin remedio este Gobierno. No es momento de vacilaciones, sino de ofrecer el tributo de nuestras vidas ante el altar del todopoderoso si así lo exigen las circunstancias. Melilla está en nuestro poder, y en estas horas se suman al heroico alzamiento otras guarniciones de toda España.

La cara del teniente coronel aparecía y desaparecía de la vista de José entre los huecos que dejaban las cabezas de sus compañeros. Lo veía ir y venir con el rostro congestionado por el tono de su voz y la excitación del momento mientras revistaba las tropas en formación.

—Habíamos llegado a un estado en el que daba vergüenza ser españoles y llevar este uniforme, que es nuestro honor, nuestro orgullo y nuestro patrimonio. Cada uno a su puesto y a cumplir con su deber.

El «¡viva España!» con el que concluyó su perorata fue respondido con más fuerza que convencimiento. La mayoría eran soldados profesionales que intentaban forjarse una carrera militar en el Ejército de África, aunque tampoco faltaban otros de reemplazo cuyo anhelo era que el tiempo pasase lo más rápidamente posible para volver a la Península.

—Esto es un levantamiento contra el Gobierno legítimo de la República —susurró José.

—Calla y desfila —le recriminó Manuel.

Enfilaron el puesto de guardia a paso ligero, el máuser de cinco disparos sujeto con ambas manos, y el capitán Mateo al frente de la compañía, sable desenfundado y apoyado en su hombro derecho, erguido en gesto marcial, dispuesto al combate. Se desplegaron en la calle Real, y mientras caminaban por ella dejó el empedrado para subir a la acera, en un gesto que le pareció de rebeldía. Los días de fiesta, cuando la calle era un tumulto, ese espacio estaba reservado para las mujeres y los superiores jerárquicos, lo que obligaba a los cabos y soldados a caminar por la calzada.

Bajaron hasta el mercado central de abastos, frente al puente de la Almina, y allí se unieron a las tropas del tercio, que ya habían dejado retenes en los barrios de la Almadraba y el Morro. Soldados de Ingenieros se habían situado entre la Marina y los jardines de San Sebastián, y unidades de Artillería ocupaban el puente del Cristo y la zona de las Murallas Reales.

—¡No quiero ver a nadie por la calle! —gritaba el capitán—. ¡Si alguien se resiste, o ante la menor sospecha de peligro, abran fuego a matar!

Tras una hora que se les hizo interminable, en la que apenas intercambiaron palabra, la unidad de la que formaban parte recibió la orden de desplazarse a la plaza de la República para hacerse con el control de la delegación del Gobierno, que era custodiada por una sección de guardias de asalto al mando del teniente Tomás de Prada Granados. Su probada lealtad republicana había sido determinante para que el nuevo Gobierno del Frente Popular le hubiese nombrado jefe de Seguridad de Ceuta

hacía sólo cuatro meses.

De Prada había ordenado a sus hombres que montaran las armas y esperasen la orden de abrir fuego. La situación era de extrema tensión dentro del edificio ante la llegada de las tropas rebeldes, que habían tomado posiciones en la plaza dispuestas a rendirlo por la fuerza.

—Señor delegado, tengo a los hombres dispuestos y decididos a defender la delegación. Espero sus órdenes.

—Teniente, acabo de hablar con el presidente del Gobierno, le he informado de la situación en la ciudad y tengo la impresión de que no se da cuenta de la gravedad de los acontecimientos que estamos viviendo. Está convencido de que esto es una «sanjurjada» condenada al fracaso.

Se giró sobre sus pasos y miró desde el balcón. La plaza era una turba de uniformes.

—Le agradezco y valoro su lealtad, teniente, pero no ofrezca resistencia y franquee el paso al oficial que esté al mando de los rebeldes —le ordenó en tono de derrota el delegado Ruiz Flores, que maldecía cómo no había sido capaz de prever lo que estaba ocurriendo en algún momento de los escasos cinco meses que llevaba en la plaza.

—Señor, podemos ofrecer resistencia a la espera de la ayuda de las guarniciones leales.

—Teniente, hágame caso. No va a venir nadie a ayudarnos y no tiene sentido ese sacrificio. Déjeles pasar y que sea lo que Dios quiera.

Una hora antes se había negado a facilitar armas a los trabajadores, como le reclamaban los representantes de los partidos del Frente Popular que le habían visitado en su despacho, con los que había mantenido una agria discusión pese a estar convencido, como ellos, de que el levantamiento militar estaba a punto de declararse. Su papel institucional le impedía tomar decisiones a espaldas del Gobierno de Madrid, aunque en esta ocasión no compartiera lo que consideraba una imperdonable ingenuidad sobre el alcance real de la asonada.

El comandante Civantos se encaminó pistola en mano hacia la puerta de acceso al edificio.

—¡Quiero hablar con el oficial al mando!

—Soy yo, comandante. Teniente Tomás de Prada.

—Teniente, deponga las armas y ordene a sus hombres que se rindan. Tengo órdenes de tomar la delegación y quisiera hacerlo sin derramamiento de sangre. Aún está a tiempo de unirse a nosotros.

—Soy un hombre de honor, fiel a la legalidad vigente, y no un traidor como usted. Si por mí fuera, no entraría usted en este edificio, pero el señor delegado me ha ordenado que no intervenga. Aquí tiene mi arma —dijo mientras le ofrecía su pistola.

—¿Quién más hay en el interior?

—Sólo el señor Flores.

—Llévenselo detenido y usted, sargento Maules, acompañeme con un pelotón.

Subieron tras el mando las escaleras de madera que desde el zaguán de entrada se bifurcaban, camino de los despachos del primer piso, repartidos a derecha e izquierda de sendos pasillos. Nunca había estado en el interior de aquel edificio, y tuvo la sensación de estar violentando un lugar sagrado. Los retratos de personas que presumió importantes por su sobriedad recibían al visitante en el mismo *hall*, sobre el que caía una imponente lámpara de araña que colgaba desde el techo de la segunda planta. La luz mortecina de varias tulipas era toda la iluminación de la estancia.

—¿Qué hacemos? —inquirió José a sus compañeros.

—Callar y obedecer lo que nos digan —le respondió Manuel.

—¿Y si nos mandan disparar?

—Pues tendremos que hacerlo si no queremos que nos fusilen —zanjó Manuel.

El comandante ordenó que le abrieran paso hacia el despacho de puertas de cristal, a través de las que se vislumbraba la silueta de un hombre. No habían llegado cuando el delegado las abrió.

—Señor delegado, por orden de la superioridad le ordeno que entregue usted la delegación —alzó la voz el militar.

—Eso no puede ser, comandante —respondió con calma Ruiz Flores tras fijarse en la estrella de ocho puntas cosida sobre el bolsillo de pecho de la camisa de su interlocutor.

—¡Es una orden!

—No reconozco más autoridad que la del Gobierno legítimo de la República, y no admito más órdenes que las del ministro de la Gobernación.

—Aquí no hay más Gobierno que el militar. Abra paso —gritó mientras entraba en el despacho en ademán de dar por tomado el edificio.

—No teman ustedes nada, no tengo intención de huir; éste es mi puesto y aquí permaneceré —dijo el delegado a los soldados que le apuntaban con sus fusiles.

El comandante Civantos cubrió a zancadas la amplia estancia, recorrida de pared a pared por una librería repleta de ejemplares hasta el techo. En una de las esquinas la mesa de madera de caoba del delegado con la escribanía llena de papeles, el teléfono desde el que había reclamado ayuda a Madrid, y tras ella la bandera tricolor y una fotografía del presidente de la República, Manuel Azaña. Se dirigió hacia la puerta del balcón y al salir a él, fue recibido con alborozo por los soldados que esperaban noticias al pie del edificio. Enfundó el arma y buscó en el bolsillo de pecho el bando de guerra.

—Una vez más, el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de los españoles que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: España. Se trata de restablecer el imperio del orden dentro de la República, no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino también en su misma esencia.

El tono de voz era más engolado a medida que avanzaba en su arenga, que acompañaba con enérgicos movimientos arriba y abajo de su mano derecha.

—Por último, espero la colaboración activa de todas las personas patrióticas amantes del orden y de la paz que suspiraban por este movimiento, sin necesidad de que sean requeridas especialmente para ello, ya que siendo sin duda estas personas mayoría, por comodidad, falta de valor cívico o por ausencia de un aglutinante que aunara los esfuerzos de todos, hemos sido dominados hasta ahora por unas minorías audaces sujetas a órdenes internacionales de índole varia, pero todas igualmente antiespañolas. Por eso termino con un solo clamor, que deseo sea sentido por todos los corazones y repetido por todas las voluntades: ¡viva España! Firmado, don Francisco Franco Bahamonde, general de división y jefe de las Fuerzas Armadas de África.

La plaza fue una algarabía, y hasta los tres amigos se sintieron aliviados por una situación que comprendieron controlada sin necesidad de disparar un solo tiro.

El general Franco era sobradamente conocido en la plaza. Había sido jefe de la Legión, luchado en la guerra del Rif y participado en la represión de los mineros asturianos en la revolución de octubre de 1934, que el entonces presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, le recompensó proponiéndole para alto comisario en el Protectorado español en Marruecos, el más alto cargo en la zona, pero la oposición del entonces presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, lo impidió. A cambio fue nombrado jefe de las Fuerzas Armadas del norte de África, el mismo rango que ahora se atribuía en el bando de guerra.

Su estancia en Ceuta como tal se prolongó durante tan sólo tres meses, entre marzo y mayo de 1935, durante los que fue habitual verlo por el paseo de Rebellín con su esposa, Carmen Polo, del brazo, y asistir a misa los domingos y festivos en la iglesia de Nuestra Señora de África, que esos días se llenaba de jefes y oficiales del Ejército. También era frecuente encontrarlo en el café Vicentino departiendo con otros mandos de la plaza.

Regresó a Madrid reclamado por el nuevo ministro de Defensa, José María Gil-Robles, líder de la CEDA, para hacerse cargo del Estado Mayor del Ejército, hasta que el triunfo de las candidaturas del Frente Popular y la llegada a la presidencia de Manuel Azaña supusieron un nuevo traslado a la comandancia militar de Canarias, dentro del plan diseñado por el nuevo Gobierno para dispersar a los generales de quienes se sospechaba que conspiraban contra la República.

Al tiempo que el comandante Civantos se hacía con el control de la Delegación del Gobierno, el teniente coronel de Ingenieros Román Gautier Atienza se colocaba al frente de la Circunscripción Occidental en sustitución del coronel Arturo Díaz Clemente.

Sebastián Ordóñez se despidió de sus compañeros en la Casa del Pueblo tras

comunicarles la negativa del delegado del Gobierno a armar a los trabajadores y la imposibilidad de convocar una huelga para el día siguiente ante el enorme despliegue militar. Se abrazaron deseándose suerte y abandonaron el local como fantasmas. Patrullas del Ejército recorrían las calles proclamando el estado de guerra y grupos de falangistas asaltaban las sedes de los partidos políticos y los domicilios de sus militantes más significados. Fuerzas de regulares empapelaban las calles de la ciudad con el bando que comunicaba la disolución de los partidos y la prohibición de celebrar reuniones.

José, Manuel y Miguel recorrieron la ciudad a pie sin reconocerla.

—No es posible que nos esté ocurriendo esto —José intentó romper el silencio que se había impuesto entre ellos.

—No pienses en nada y límitate a obedecer —le recriminó Manuel al percatarse de su nerviosismo—. Ni se te ocurra hacer una tontería.

—¿Habéis visto a Veintemillas?

—Olvídate de él si no quieres meterte en líos y meternos también a nosotros —volvió a reprocharle Manuel.

—Veintemillas se quedó con el resto de la compañía en el puente de la Almina cuando a nosotros nos mandaron tirar pa la delegación —dijo Miguel, que había perdido su gracejo andaluz y parecía asustado.

«¡Arriba España! ¡Muera el comunismo!», escuchaban los gritos de algunos compañeros de farra que ahora alardeaban de la hombría que les otorgaba el arma que empuñaban. Las calles, desiertas y oscuras como túneles, eran el escenario de un alboroto sin réplica desde las casas, mudas espectadoras de aquella parada militar. Desde el vehículo que les precedía un altavoz pregonaba el bando de guerra o emitía música militar a un volumen atronador. Hasta en la Berría y sus burdeles se respiraba el recogimiento de los cementerios.

Llevaban una hora patrullando sin rumbo fijo cuando en la calle Real, justo enfrente de la iglesia de los Remedios, vieron a un grupo de legionarios sacar a un hombre de su vivienda seguidos por una mujer que suplicaba que no se lo llevaran. Aquel hombre desprendía una gran entereza de ánimo y una actitud digna que contrastaba con los ademanes soeces de sus captores. Vestía de traje, el pañuelo doblado asomándole por el bolsillo de pecho de la chaqueta, la corbata perfectamente anudada y el pelo engominado hacia atrás, que dejaba al descubierto unas pronunciadas entradas.

—Ése es el alcalde —dijo José tras unos instantes de duda.

Antonio López Sánchez-Prado había cometido la imprudencia de regresar a su casa al ver llegar las tropas a la plaza de África.

—¡Canallas! —contuvo su indignación para que no le escucharan al ver cómo varios soldados le zarandeaban y se mofaban de él tras haberlo sacado de su casa a empujones.

—¡Estás loco o qué te pasa! —Manuel se volvió sobre su compañero y le miró a la cara—. Cállate porque a nosotros no nos va nada en esta historia. Ese hombre es un comunista —dijo para justificar lo que estaban viendo.

—¿Como yo? —le preguntó José.

—No digas tonterías. Tú no eres comunista, la culpa la tiene Veintemillas, que te ha metido en la cabeza todas esas ideas absurdas. —Manuel calló un instante—. Somos militares, José, y debemos obediencia a nuestros mandos, sean cuales sean las circunstancias. Que no se te olvide.

Miguel asistía en silencio a la discusión entre ambos amigos, sin atreverse a dar la razón a ninguno de los dos.

—Somos militares —acertó por fin a decir para sumarse a la conversación, pero no logró atraer la atención de sus compañeros. Era lo único que se le ocurrió, aunque con ello no quisiera decir que estaba de acuerdo con Manuel. De lo único que estaba seguro era de eso, de que eran militares y tenían que obedecer las órdenes de la superioridad, como había escuchado en más de una ocasión. La superioridad. Ninguna palabra como ésa definía a los mandos.

—No te conozco, Manuel; me parece mentira que me digas eso. ¿Acaso no ves lo que está ocurriendo? Esto es un golpe de Estado, ¿entiendes? Un golpe de Estado. Nos ordenan detener a políticos y sindicalistas, a la gente que fue elegida por los ciudadanos en las elecciones y que lucha por los derechos de los más pobres. No nos alistamos en el Ejército para esto.

—Tú sabrás para lo que te alistaste; yo sé a lo que vine aquí, y tengo claro que no quiero meterme en líos.

José le dirigió una mirada que traslucía su decepción.

—Soy tan republicano como tú —dijo Manuel para justificarse.

—No estoy tan seguro de eso —contestó José en tono de reproche.

—¡Déjame en paz! —cortó Manuel la discusión.

Don Antonio López Sánchez-Prado, el alcalde, se mantuvo erguido pese a que los soldados le golpeaban con sus rifles en los costados, hasta que uno de ellos le derribó de un culatazo en la cabeza. Vieron su rostro teñirse de sangre y cómo, cada vez que pretendía levantarse, era derribado de nuevo para regocijo de los oficiales que presenciaban la escena. En el camino de regreso a casa se había encontrado con el socialista Sebastián Ordóñez, que acababa de despedirse de sus compañeros en la Casa del Pueblo, y con los hermanos Isaac y Federico Medina, militantes de Unión Republicana, que se dirigían también a sus domicilios para decidir con sus familias la manera de enfrentarse al destino. Todos ellos acabaron esa noche en la fortaleza militar del monte Hacho, convertida en prisión para quienes se opusieran a la asonada.

Siguieron caminando en dirección a la playa del Sarchal. De allí procedían los disparos que reventaban el silencio. Un grupo de falangistas obligaba a arrodillarse a un muchacho. Uno de ellos se situó a su espalda, extrajo la pistola que llevaba en el

cinturón y, a cañón tocante, le descerrajó un tiro en la cabeza. La víctima se desplomó como un fardo. Una silueta más de las que la luz de la luna dibujaba sobre la arena después de deslizarse temblorosa por la superficie del agua. Al fondo se apreciaban mejor que otras noches las luces de Gibraltar.

José miró a sus compañeros, que caminaban con la cabeza gacha para no darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Tenía ganas de vomitar. Le asqueaba su cobardía y la de todos aquellos soldados que miraban al suelo o al horizonte para no comprometerse. ¿Era ése el glorioso Ejército de África del que tanto les hablaban los oficiales? Pensó en Aisha para recuperar la calma. Su pelo ensortijado y su piel morena. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Tal vez pudiera escapar con ella a Tánger y refugiarse en casa de sus padres. La ciudad era zona internacional y podría contactar con las tropas republicanas que a buen seguro navegarían ya desde la Península para sofocar la rebelión. Su cabeza bullía de ideas, todas descabelladas.

El sudor por el intenso calor y la humedad les pegaba la camisa al cuerpo como una segunda piel. Agotados por la agitación de lo vivido, se dirigían ya de vuelta al cuartel cuando José creyó ver a una persona agazapada en un callejón.

—Mi capitán, permiso para orinar —alzó la voz para hacerse oír.

—Alivie la vejiga, cabo, pero dese prisa, no vayamos a perderle por el camino.

Se puso el fusil al hombro y se aproximó a la pared. En unos segundos, los que hicieron falta para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, reconoció a un hombre que se pegaba contra el muro para no ser descubierto. Cruzaron la mirada y el desconocido hizo amago de echar a correr. José le pidió que no se moviera con un leve gesto de su mano. Miró hacia la columna de la que se había descolgado y avanzó dos pasos en dirección a él.

—Usted es Parrado —le dijo cuando le tuvo a menos de dos metros—. No tenga miedo —le tranquilizó.

—¿Quién es usted?

—Le oí hablar en una ocasión en el teatro Cervantes... con Margarita Nelken.

—¿Qué quiere de mí?

—Tan sólo que sepa que hay militares que somos leales a la República y que no aprobamos lo que está ocurriendo. Escóndase en un lugar seguro y espere unos días. Después marche a Tánger, o a Gibraltar si puede tomar alguna embarcación.

—¿Cómo se llama? —preguntó convencido ya de que no corría peligro.

—José Rico, cabo José Rico.

—Muchas gracias, con hombres como usted no todo está perdido.

—Mucha suerte —le tendió la mano y echó a correr para incorporarse a la columna de soldados que regresaba al acuartelamiento.

—La vamos a necesitar.

Para esa hora la plaza de África era un campamento en el que legionarios y regulares habían instalado sus tiendas de campaña y se entretenían jugando a las cartas en

espera de ser embarcados con rumbo a la Península. Algunos moros preparaban té con hierbabuena y otros dormían sobre el suelo envueltos en sus chilabas. En las azoteas de los edificios más altos se habían emplazado ametralladoras que apuntaban amenazantes en todas las direcciones.

Ceuta estaba ya bajo control de los golpistas y a ella comenzaban a llegar unidades procedentes de otras ciudades para transbordar rumbo a Algeciras tan pronto como fuera posible. Esa misma tarde había fondeado en el puerto el destructor *Churruca* y en las siguientes horas se esperaba que llegasen otros barcos de la Armada. El Ejército de África era la mayor y más preparada fuerza militar del país. Su traslado a la Península era imprescindible para que el golpe triunfara.

Sólo Larache resistía en el Protectorado, aunque por poco tiempo.

XI

La puerta de la oficina estaba abierta. Miró la hora convencido de que se había retrasado y comprobó que eran las nueve y diez de la mañana. No había nadie. Los ordenadores y la fotocopidora estaban apagados, y el único vestigio de que por allí había pasado alguien era un ejemplar del periódico que compraba el teniente Fernández. Como el gasto le parecía muy oneroso, había convencido al funcionario y al soldado del archivo para compartir los gastos. Ellos lo leían durante la jornada laboral, y él se lo llevaba a casa. Un acuerdo que debía de ser justo, porque ninguno de sus subordinados había puesto reparos.

Decidió no esperar en el banco corrido del pasillo y se acomodó en el despacho que empleaba para las consultas. Sobre la mesa habían dejado un voluminoso expediente, el 191/36, instruido contra el cabo José Rico Martín y otros. Tardó unos segundos en identificarlo. Hacía cuatro meses que solicitó su consulta, y la prolongada demora le había hecho olvidarse de él. Estaba a punto de concluir la investigación sobre la reconstrucción del PCE, que pondría fin a las esforzadas visitas al archivo militar.

La desidia del teniente Fernández, que tanto le enfureció al comienzo de su trabajo, había terminado por contagiarle y, pasados los meses, se sentía incapaz de modificar una situación absurda. Hacía tiempo que había dejado de preguntarse por qué si a los militares no les interesaban aquellos papeles, e incluso les incomodaba que otros los consultaran, no los entregaban al Archivo Histórico Nacional, al de la Administración o al de Salamanca para que fueran debidamente catalogados y microfilmados con el fin de preservar su deterioro y, de paso, facilitar el acceso a investigadores y curiosos. ¿Tal vez para no desvelar los horrores del proclamado bando nacional?, se cuestionaba, y al instante se respondía que no era posible que a estas alturas el Ejército quisiera ocultar los desmanes de aquellos militares golpistas. Con este razonamiento llegaba a la conclusión de que el pésimo estado de aquellos valiosísimos fondos era el resultado de la desidia de quienes los custodiaban. La misma actitud del teniente Fernández, pero llevada a las más altas esferas. No siempre se autoconvencía.

Desató el balduque y tuvo la sensación de que estaba a punto de desentrañar uno de esos misterios con los que tantas veces había fantaseado. El polvo acumulado se impregnaba en los dedos a medida que pasaba los folios color sepia por el paso del tiempo, con subrayados en rojo y azul en los márgenes. Como en cualquiera de las decenas de sumarios que había consultado, se sucedían las páginas sin ningún interés, repletas de formulismos con los que sus autores pretendieron dar visos de legalidad a todo tipo de atropellos.

Buscó al final de la causa la sentencia para desvelar el asunto «gravísimo» que había llevado a José Rico a la muerte, según decía la carta remitida por el letrado Diego Navarro a su familia el 18 de abril de 1937 y que tanto le había intrigado. Siete

folios escritos a máquina en los que ni siquiera se consignaba la identidad de los componentes del consejo de guerra que le habían juzgado. En el último aparecían las firmas ampulosas de sus miembros, todas ellas ilegibles, salvo dos nombres: Eduardo y José.

«De todo lo actuado se desprende que los procesados en esta causa, cabos Pedro Veintemillas y Rufino Marcos, hoy fallecidos, sargento Bernardo Garea Duque, cabos José Rico Martín, Anselmo Carrasco Doncel, Pablo Frutos Martínez, Celestino Gómez Marcos, Lope Rodríguez Ureña, Salvador Buendía Belchi, Pedro Moreno Romero, soldado Rosendo Flores González y artillero Luis Díez, disconformes con el Movimiento Nacional, se concertaron para oponerse al mismo desobedeciendo las órdenes de sus superiores, apareciendo como más destacados y proveedores de tal concierto, además de los dos cabos fallecidos, los también cabos José Rico y Anselmo Carrasco, y como conocedores de dicho complot sin denunciarlo los procesados cabos Francisco Velazán Martín y Juan Velasco Pérez, soldados Félix Marchal Sánchez, Sebastián Jover Escart y el corneta José Zamora Periñán, que no se prueba diesen su conformidad al mismo aunque lo conocían, unos por haber sido invitados a sumarse y otros por conversaciones en el cuartel».

El texto no aclaraba los hechos concretos por los que se les acusaba, más allá de una genérica oposición al levantamiento militar, que la sentencia consideraba constitutiva de un delito de sedición recogido en el artículo 243 del Código de Justicia Militar y artículo 4.º del Bando declaratorio del estado de guerra. José Rico, Anselmo Carrasco, José Lombau y Bernardo Garea eran condenados a la pena de muerte, sustituible caso de indulto por la de treinta años de prisión, y el resto, a la de reclusión militar perpetua. El cabo Pedro Moreno y el artillero Luis Díez, en los que el tribunal apreció una menor implicación, fueron condenados a doce años y un día de prisión.

«Una sentencia tipo», pensó Ernesto, acostumbrado a la letanía de fallos idénticos emitidos por los tribunales militares del bando rebelde. Nada que permitiera adivinar la causa última que les había llevado al paredón, aunque a ello había colaborado un traidor. «Siempre el traidor es el vencido y el leal es el que vence», recordó haber leído en un texto de Calderón de la Barca.

Siguió hojeando en busca de nuevos datos, ajeno a la investigación que durante más de un año le había tenido ocupado. De pronto, la historia de José Larrañaga le aburría, como una de esas películas de final previsible que durante dos horas dan vueltas en torno a una trama construida con escaso talento. En cambio, la historia del cabo Rico escondía un misterio que le atraía desvelar, aunque no le condujera a ninguna parte y pasados unos días volviera a reprocharse su falta de disciplina cuando las cosas dejaban de interesarle.

—Ernesto, ya veo que se ha servido usted mismo. —El teniente Fernández le sorprendió enfrascado en su tarea. No le había oído llegar y ahora estaba ante él

molesto porque hubiera entrado en el despacho sin hallarse él presente.

—Espero que no le moleste, teniente. La puerta estaba abierta y pensé que no tendría inconveniente en que fuera adelantando mi trabajo —dijo en tono de disculpa.

—Prefiero que espere a que yo llegue, no por mí, sino porque si algún oficial viene al despacho y se encuentra con un civil husmeando entre los papeles, me pone usted en un aprieto.

—Le pido disculpas. No volverá a ocurrir.

—Siga usted a lo suyo —se dio por satisfecho—. ¡Ah!, habrá visto que han enviado el sumario que pedimos a Ceuta hace unos meses. —Volvió sobre sus pasos—. Ya sabe usted cómo funcionan las cosas en el Ejército. Aquí todo lleva su tiempo. Manda el escalafón, y poco puede un teniente.

—Más vale tarde que nunca —le respondió con ganas de cortar la conversación y volver a centrarse en su tarea.

—Le conviene a usted darse prisa, Ernesto, que no sé yo cómo va a acabar la historia esta de los papeles de la guerra. Ni los partidos se ponen de acuerdo con esa dichosa ley de la memoria histórica. ¿Y qué memoria histórica?, digo yo, ¿sólo la de los de izquierdas?, porque no me negará que los rojos también mataron a mucha gente, y si no que se lo pregunten a las familias de los curas que asesinaron o a las de los muertos de Paracuellos. —Contra su costumbre había tomado un carajillo y tenía ganas de conversar. Esperó la respuesta de Ernesto.

—Bueno... —dudó por un instante si recoger el guante dialéctico que le había lanzado—. Es cierto que los partidos de izquierdas cometieron crímenes, que mataron curas, quemaron iglesias y fusilaron en Paracuellos. Nadie lo niega. En cambio, lo que los vencedores han negado durante todos estos años es que ellos se levantaron en armas contra el Gobierno legítimo de la República, que perpetraron muchas más tropelías, y que durante cuarenta años de dictadura ejercieron una represión implacable contra los vencidos —respondió de un tirón a un discurso que le irritaba aunque lo hubiese escuchado ya muchas veces. Tantas que no quiso que su silencio se interpretara como asentimiento.

—Unos por otros, Ernesto. En estos casos lo mejor es pasar página. Lo hecho, hecho está, y han pasado ya muchos años. Estas cosas no pueden traer más que problemas.

—Habría mucho que hablar, teniente, pero no es bueno equiparar a las víctimas con sus verdugos, y usted y yo sabemos quién desempeñó cada papel.

—Le dejo trabajar —cortó la conversación el teniente Fernández, al que importunó el aire desafiante de su interlocutor.

«Ha sido un duelo a primera sangre», pensó Ernesto, satisfecho de su superioridad en el uso de la palabra.

Siguió rebuscando entre los papeles hasta encontrar el «enterado» del excelentísimo señor general jefe superior accidental de la Circunscripción Occidental, que daba el visto bueno a la sentencia, y la orden de ejecución para que los

condenados fueran fusilados a las ocho de la mañana del domingo 18 de abril de 1937 en la fortaleza militar del Hacho. El certificado del acta de defunción incorporado a la causa daba cuenta de la edad del muchacho al que seguía la pista: veintidós años.

Volvió hacia atrás en busca de las razones de aquellas muertes, hasta que encontró el auto de procesamiento, en el que el juez instructor, y allí estaba su nombre, comandante Ramón Buesa, relataba lo ocurrido.

«Según se desprende de lo actuado, entre algunos cabos y soldados del Batallón de Cazadores del Serrallo número 8 existía complicidad para la organización de un movimiento sedicioso que, según unos, consistía solamente en apoderarse de los jefes y oficiales y tomar el mando del Batallón, que se pondría al lado del pueblo y en contra del resto de las fuerzas del Ejército y, según otros, se verificaría el mismo movimiento, pero antes, a una señal, consistente en unos disparos, se atentaría contra la vida del excelentísimo señor jefe de las Fuerzas Militares, general Francisco Franco Bahamonde».

—¡Querían matar a Franco! —exclamó en voz baja para que el teniente no le escuchara. Sintió en el pecho una emoción que no experimentaba desde sus primeros trabajos como investigador, cuando la rutina aún no le había derrotado y sentía la Historia como la herramienta para rastrear en nuestro pasado y, sobre todo, en sus protagonistas. Releyó el documento de forma atropellada, buscando la confirmación de los hechos y sí, estaba escrito, un grupo de cabos y un puñado de soldados se habían confabulado para asesinar al hombre que unos meses después se convertiría en el Caudillo de España. Emocionado por el hallazgo, que ponía al descubierto unos hechos desconocidos, pidió al teniente que le dejara hacer algunas fotocopias.

—Ya sabe, Ernesto, que sólo está autorizado a hacer veinte de cada causa —le recordó el teniente, y respondía así a lo que entendía había sido una actitud retadora en la discusión de esa mañana.

—Teniente, en alguna ocasión me ha permitido usted hacer alguna más —adoptó la voz sumisa que tanto agradaba al oficial porque dejaba claro que allí mandaba él.

—Bien, haré como que no me doy cuenta. Haga las fotocopias que tenga que hacer, pero dese prisa porque estamos a punto de cerrar la oficina. Es la hora de comer.

Mientras la luz de la fotocopidora le deslumbraba, se dijo que aquella historia era mucho más apasionante que la que se traía entre manos. Jesús Larrañaga y el resto de los dirigentes del PCE le parecían ahora parte de una historiografía que ponía la atención en los grandes personajes y se olvidaba de los pequeños, de los protagonistas anónimos, de lo que Miguel Unamuno llamaba la intrahistoria.

«Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia», recitó para sí el fragmento de un libro del filósofo que había memorizado de tanto

leer.

José Rico era esa intrahistoria, la de un muchacho que pudo haber cambiado el rumbo de la Historia con mayúscula y que, al no lograrlo, quedó condenado al olvido.

Ató el expediente con el balduque y dejó para otro día un segundo legajo igual de voluminoso que no había tenido tiempo de consultar.

—Ernesto, la hora —escuchó la voz del teniente.

Miró el reloj. Las dos en punto de la tarde.

Recogió sus cosas y abandonó la oficina tras despedirse de sus inquilinos. Ni el funcionario ni el soldado habían abierto la boca durante toda la mañana. Su gesto aburrido no transmitía más que la apatía por su trabajo.

Salió a la calle y la perspectiva de encontrarse ante un hallazgo inédito le animó. Esa tarde tenía clase a las cinco. Disponía de tiempo suficiente para ir a casa y comer algo.

XII

De vuelta en el cuartel, donde les esperaba un perol de café caliente y unas rebanadas de pan, José se encontró con Veintemillas y otros compañeros que habían regresado poco antes de su batida por la ciudad y recuperaban fuerzas a la espera de nuevas órdenes. No se había registrado ningún conato de resistencia y buena parte de los líderes de los partidos de izquierda, sindicalistas y miembros de la masonería local estaban detenidos. Unos habían sido conducidos al cuartel de García Aldave; otros, trasladados a la fortaleza militar del monte Hacho, y las mujeres, encerradas en el fortín del Sarchal, un pequeño castillo de vigilancia costera que hasta ese momento había hecho las veces de prisión de la ciudad. Los que tuvieron la desgracia de ser apresados por los falangistas habían sido «paseados» por sus captores, partidarios de aplicar una justicia rápida y eficaz que sembrara el pánico entre los ceutíes.

—¡Pedro! —levantó la voz para llamar su atención, como si descubriera a un amigo del que no supiera desde hacía tiempo, y se encaminó hacia él—. ¿Qué tal estás? —Se abrazaron.

—Jodido. Esto tiene muy mala pinta. Hemos patrullado toda la noche por la zona del puente del Cristo y de las Murallas Reales con gente de Artillería. Todo el mundo se ha encerrado en sus casas y nadie opone resistencia. —Las palabras de Veintemillas desprendían abatimiento.

—La ciudad está tomada. —La explicación a tanta quietud era obvia para José—. La delegación del Gobierno, el ayuntamiento. Todos los edificios oficiales están bajo su control, y tampoco hay noticias de que alguna guarnición se haya opuesto al golpe.

José no se equivocaba. Los golpistas habían tomado la comandancia general y destituido al teniente coronel de Artillería Arturo Díaz Clemente. El teniente coronel de Ingenieros Román Gautier Atienza era ahora el jefe supremo, y como tal había emitido un bando en el que amenazaba con pasar por las armas, sin juicio previo, a quien desobedeciera las órdenes emanadas de las nuevas autoridades.

—¿Dónde coño se han metido los partidos y los sindicatos? ¿Es que no piensan hacer nada? —Veintemillas se mostraba apesadumbrado.

—He visto a Parrado —le dijo José en voz baja.

—¿Dónde?

—Se escondía en el callejón del Gallo. Crucé con él unas palabras para decirle que no todos los militares estamos a favor del golpe.

—¿Preparan algo? —Veintemillas creyó que no todo estaba perdido, que tras la sorpresa inicial los partidos del Frente Popular preparaban su respuesta a la asonada.

—Creo que no... Seguro que no —afirmó José tras unos segundos de silencio—. Estaba muy asustado. Me temo que los que no han conseguido escapar están muertos o detenidos.

—¡Joder! —exclamó Veintemillas—. ¿Qué podemos hacer? —cedió la iniciativa a su compañero, que aparentaba más aplomo.

—No lo sé, pero convendría que nos viéramos en un lugar discreto antes de que nos ordenen patrullar de nuevo.

—Vamos a la compañía —sugirió Veintemillas.

—Hay que avisar a Anselmo y a Pablo —le pidió José. A este último apenas le había tratado, pero sabía que junto a Anselmo Carrasco era el otro cabo de confianza de Veintemillas. «A éstos los he criado yo a mis pechos», solía decir para dejar constancia de ello.

En unos minutos los cuatro se encontraron en el cuartucho del cabo de semana, un habitáculo aislado en el que podían hablar con la necesaria discreción.

—Perea —Veintemillas llamó la atención del cuartelero—, avísanos si viene el sargento, no nos vaya a pillar.

—¿Qué cojones hacéis ahí si no estáis ninguno de semana?

—Tú avísanos y cuando salgas de servicio, te pago un vino en la cantina.

—Hecho.

José tomó la palabra.

—¿Qué pensáis de todo esto?

Anselmo y Pablo se miraron sin atreverse a decir nada.

—Ya habéis visto lo que está pasando —se arrancó ante el silencio de sus compañeros—. Los mandos se han alzado contra el Gobierno legítimo de la República y nos utilizan contra él. Los políticos de izquierda y los sindicalistas han sido detenidos o asesinados. Yo mismo he intervenido en la toma de la delegación del Gobierno y he encañonado al delegado, y de vuelta al cuartel he presenciado la ejecución de un muchacho a manos de los falangistas en la playa del Sarchal. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—¿Qué propones? —preguntó Veintemillas, sorprendido por la determinación con que hablaba su amigo, que se mostraba dispuesto a asumir el liderazgo del grupo.

—Que hablemos con gente de nuestra confianza y veamos si están dispuestos a hacer algo.

—¿Hacer qué? —volvió a inquirir Veintemillas.

—Si somos suficientes podemos tomar el cuartel —dijo José para sorpresa de todos—. Creo que bastaría con que detuviésemos al teniente coronel para que los indecisos nos apoyaran; así conseguiríamos reducir a la oficialidad. Después habría que correr la voz de que el batallón se mantiene fiel a la República y esperar a que otros acuartelamientos siguieran nuestro ejemplo. Es probable que incluso los ciudadanos que están encerrados en sus casas por miedo se decidieran a salir a la calle.

Cruzaron miradas intentando descubrir lo que pensaba cada uno de ellos antes de decir algo.

—Bueno, ¿qué opináis?

—Que es una locura. ¿Y si nos descubren o no nos ayuda nadie? —se atrevió a dudar Anselmo Carrasco, sorprendido por el arrojo de José. Él, en cambio, llegada la

hora de la verdad, mostraba menos decisión que aquella de la que hizo alarde cuando se conocieron. Ahora no se trataba de repartir propaganda, sino de pasar a la acción.

—Corremos un gran riesgo, y si fallamos, lo más probable es que nos fusilen, pero o lo hacemos ahora, o no lo hacemos. Aquí nos conocemos todos y algunos nos hemos significado mucho en los últimos meses. Hemos ido a mítines y hemos mostrado en público nuestra alegría por la victoria del Frente Popular en las elecciones. ¿Creéis que eso no lo van a tener en cuenta cuando terminen con los políticos y los sindicalistas? Es probable que ni siquiera tengamos otra opción que enfrentarnos a ellos antes de que nos detengan.

—Han detenido al sargento Biedma —interrumpió Pablo Frutos para advertir del peligro que les acechaba—. Bueno, al menos eso me han dicho —continuó hablando al darse cuenta de que sus compañeros desconocían la noticia—. Dos soldados de mi compañía lo bajaron esta madrugada a los calabozos por orden del capitán. Tal vez lo lleven hoy mismo al Hacho.

José apenas había tratado con el sargento, del que tenía referencias por Veintemillas, que le conocía del bar San Amarito y, como todos los que lo frecuentaban, era sospechoso de ser comunista. La estricta jerarquía del Ejército impedía a un soldado tratarse con un suboficial, y a éste con un mando. Cabos y soldados, suboficiales y oficiales, y mandos eran tres castas que sólo se dirigían la palabra para dar una orden y para obedecerla. Una norma que regía incluso entre quienes abrazaban una misma fe política.

—Eso he oído, que están conduciendo a la fortaleza a los militares que no han secundado el golpe para fusilarlos —añadió Veintemillas.

—O nos adelantamos, o los siguientes seremos nosotros —dijo José, seguro de que aquella noticia terminaría por convencer a los más dubitativos—. Que cada cual hable con precaución con la gente de su compañía que le merezca confianza y esta tarde volvemos a vernos aquí para tomar una decisión —añadió, dando por hecho el compromiso de todos.

Se despidieron justo cuando el cornetín tocaba generala para que la tropa formara en el patio. En unos minutos estaban de nuevo ante el teniente coronel Julián Martínez Simancas, que se mostraba más excitado aún que la noche anterior, cuando les ordenó tomar la ciudad. Tenía la camisa empapada en sudor y las botas blancas de polvo, como si viniera de librar una batalla. Se esforzaba por mostrarse erguido, sacando pecho, mientras con la mano derecha sostenía su arma reglamentaria, que parecía dispuesto a utilizar en cualquier momento.

—En posición de firmes.

Su voz tronó y el rostro se le congestionó una vez más. José buscó a Manuel y a Miguel con la mirada. Desde que se separó de ellos para hablar con Veintemillas no había vuelto a verlos.

—¡Soldados de España! El alzamiento ha triunfado en el Protectorado y en las plazas de soberanía, y pronto lo hará en toda la patria. —Hizo una pausa mientras

pasaba revista—. Los traidores han sido detenidos y están a buen recaudo. El comunismo y la masonería que alentaba el Gobierno han sido derrotados con la ayuda de Dios. Pero no es hora de bajar la guardia, hay que estar vigilantes porque los enemigos son aún muchos, aunque no tengáis duda de que serán exterminados. Mañana llegará a la plaza el excelentísimo general don Francisco Franco para hacerse cargo del glorioso Ejército de África y revistaré el batallón. Esta tarde se reforzarán los servicios para rendirle los honores que merece.

Giró sobre sí mismo y según daba la espalda a la tropa, el capitán Mateo ordenó romper filas.

La noticia la había anticipado esa mañana *La Gaceta de África*. «El Ejército de África, al mando del general Franco, que llegará mañana, se ha unido a un movimiento nacional y patriótico. Las nuevas autoridades han tomado posesión de sus cargos sin incidente alguno. La tranquilidad es absoluta».

—¿Dónde coño te habías metido? —le preguntó enojado Manuel cuando abandonaron la formación—. Llevamos un buen rato buscándote.

—Tengo que contaros algo.

—No me jodas, José, ¿no estarás pensando en meternos en otro lío? —le respondió intuyendo que su amigo tramaba algo.

José les comentó en voz baja el contenido de la reunión que acababa de mantener con otros cabos.

—Estás loco. ¿Es que quieres que te fusilen? Conmigo no cuentas para nada. Lo único que vas a conseguir es que te maten a ti y a los que consigas liar.

—Y tú, Miguel, ¿qué dices?

—Pues eso, que estás loco. ¿Tú crees que pué salir bien? —inquirió como si se tratara de una apuesta.

—Eso depende de nosotros.

—A tus órdenes, tirilla —le respondió con un gesto de asombro por el paso que acababa de dar. Él era militar y su obligación era obedecer, pero no lograba quitarse de la cabeza la imagen de aquel muchacho arrodillado en la playa del Sarchal, suplicando clemencia a otros chicos tan jóvenes como él que terminaron disparándole a quemarropa. Si ésa era la ley de los rebeldes, no la quería.

—Definitivamente, habéis perdido la cabeza —dijo Manuel, desentendiéndose de ellos.

José y Miguel se quedaron solos.

—El Cadierna nos deja, mi cabo.

—Eso parece, y lo siento de veras.

—¡Manuel Cadierna! —gritó Miguel para llamar su atención—. ¡Nos vemos en el comedor!

Comieron el rancho en silencio. De primer plato, judías estofadas, de segundo, carne

en salsa, dátiles de postre y café. El comedor era un tintineo de cucharas al chocar contra los platos de estaño y un murmullo de conversaciones ininteligibles. José no tenía apetito. La carne le pareció más dura que nunca; desprendía un intenso olor a borrego y el arroz hervido que la acompañaba, cocido en exceso, formaba grumos que se resistían a despegarse de la cuchara. La comida se le hacía una bola en la boca que los nervios le impedían tragar.

Cada poco, y de improviso, algún exaltado gritaba un «¡viva España!» que el resto respondía a coro mientras el sargento de cocina se paseaba entre las mesas. Se diría que para algunos de aquellos hombres la asonada era la ocasión que habían estado esperando para demostrar su patriotismo y su hombría; de emular las gestas oídas de boca de quienes antes que ellos habían luchado en aquella tierra lejana y hostil.

Veintemillas le hizo una seña con el rostro cuando salía del comedor, apremiándole a reunirse. Manuel se percató y tomó a José del brazo para impedir que se levantara hasta que le hubiese oído.

—José, si te metes en líos, yo no te conozco. Lo que pretendéis es una estupidez. Ya has oído que el Ejército de África se ha levantado en armas y que el alzamiento triunfa también en la Península. No seas tonto, piensa en tus padres y en tus hermanos.

—Ya lo he hecho, Manuel, y ahora suéltame.

—Te lo pido por favor, José, no hagas tonterías de las que tengas que arrepentirte.

—No voy a hacer ninguna tontería —le cortó—. Lo que no podría perdonarme es permanecer de brazos cruzados ante lo que está pasando, pero no te preocupes porque no voy a echarle en cara nada.

—Piensa en Valentina —Manuel hizo un mohín con la cara.

—¿A qué viene ahora eso? —José mudó en un gesto adusto.

—Bueno, es tu novia, ¿no?

—Ahora me vienes con ésas, después de tanto tiempo diciéndome que estaba encoñado y que antes de ennoviarnos teníamos que rondar a otras. Esto sí que no me lo esperaba de ti.

—Sólo intento convencerte. Lo hago porque te aprecio.

—Manuel, ni Valentina tiene que ver con esto, ni necesito tu aprobación para tomar decisiones.

—¿Amigos? —preguntó Manuel, convencido de que no iba a hacerle cambiar de opinión.

—Por supuesto, Manuel; nuestra amistad no está en juego. Si todo sale como tenemos previsto, esto habrá acabado en unas horas, pero si no es así, te pido que escribas a mis padres para contarles lo que ha pasado —se despidió.

Manuel le vio desaparecer al fondo del comedor.

La compañía era un bullicio de soldados que buscaban un poco de descanso, a la

espera de nuevas instrucciones para entrar en acción. Pese a ser sábado y día, por tanto, de zafarrancho, lo excepcional de la jornada les había exonerado de la limpieza obligada. El soldado de servicio de cuartelero hizo ademán de ponerse en pie cuando les vio entrar, pero no llegó siquiera a incorporarse al descubrir que se trataba tan sólo de cabos. A derecha e izquierda de la puerta que franqueaba el paso a la compañía se abrían dos amplias naves repletas de literas. En el centro se situaban las habitaciones del sargento y del cabo de semana, y en un lateral los lavabos. Una larga cañería agujereada cada treinta centímetros hacía las veces de duchas, y la leve inclinación del suelo ayudaba a que el agua desapareciera con trabajo por un desagüe. En el extremo más alejado estaban los evacuatorios, sucesivos espacios cuadrangulares con un agujero en el centro, la silueta de dos pies en el suelo a ambos lados del mismo, y una puerta batiente por toda privacidad.

—¿Sabéis algo? —preguntó José cuando los cuatro cabos se encontraron de nuevo en el cuartucho en el que se habían reunido unas horas antes. La algarabía exterior facilitaba que la conversación discurriera con discreción.

—Radio Málaga dice que el Gobierno ha licenciado a todos los soldados de la zona sublevada y que no tenemos obligación de obedecer a jefes ni oficiales. Asegura también que el golpe tan sólo ha triunfado aquí, en África, y en unas pocas ciudades peninsulares —dijo Pablo Frutos para dar ánimo a sus compañeros.

El licenciamiento de tropas era una de las primeras medidas adoptadas por el Gobierno para abortar la sublevación.

—El sargento Bernardo Garea está con nosotros —intervino Veintemillas.

—¿Has hablado con un suboficial? —dijo Anselmo alarmado.

—Es un republicano leal —zanjó Veintemillas—. Además, ha sido él quien se ha dirigido a mí para preguntarme cómo estaba la tropa. Le he dicho que no todo el mundo comparte lo que está ocurriendo y me ha comentado que él tampoco.

—Te puede haber mentido —insistió Anselmo.

—Estoy convencido de que no. Me ha sugerido que habría que hacer algo y le he puesto al tanto de todo. Podemos contar con él. Cualquier ayuda es poca —añadió Veintemillas para justificarse—. La gente con la que he hablado tiene miedo. Creo que hasta el último momento no vamos a saber si están dispuestos a implicarse. Sólo cuando demos el primer paso sabremos de qué son capaces.

—Por mi parte, más o menos lo mismo —añadió Anselmo sin demasiada convicción—, aunque un compañero del parque de artillería con el que hice la ronda la pasada noche me comentó que el ambiente estaba revuelto en su unidad.

—Creo que podemos contar con unas once personas —resumió Veintemillas—. De otros me consta que no están de acuerdo con lo que pasa, pero tienen miedo y no estoy seguro de lo que vayan a hacer.

—Pueden ser suficientes para poner en marcha el plan que se me ha ocurrido —dijo José sin permitirse una vacilación—. Puede pareceros un disparate, pero no tenemos muchas otras opciones.

Sus compañeros atendían entre expectantes y asustados.

—El teniente coronel ha anunciado que el general Franco vendrá mañana a Ceuta para hacerse cargo del Ejército de África y que revistaré nuestro batallón. Bien, pues voy a pedir que me pongan servicio de guardia en la puerta y tú, Veintemillas, encárgate de que entre conmigo alguna persona de tu confianza. —Su compañero asintió—. El plan es el siguiente: cuando Franco reviste la guardia, le dispararé a quemarropa.

La sorpresa y el miedo se dibujó en los rostros de Pablo y Anselmo, fiel reflejo de que aquello les sobrepasaba. Veintemillas mantuvo el gesto grave.

—Los soldados que estén conmigo en la guardia me ayudarán a reducir al oficial y al suboficial —José continuó su explicación—. Vosotros tendréis que forzar los armeros de la compañía y nos cubriréis desde la galería del primer piso. Si es necesario no dudéis en abrir fuego, porque es probable que gente como el capitán Mateo o el sargento Maules se resistan a entregar su arma e intenten hacernos frente.

Escrutó la cara de sus compañeros buscando alguna señal, un gesto.

—Es una locura que no puede salir bien —se decidió al fin Anselmo.

—¿Por qué dices eso? —Veintemillas le recriminó su derrotismo.

—¡Nos propone matar a Franco!, ¿te parece poco?

—Pienso lo mismo que Anselmo —Pablo Frutos salió en su defensa.

—Es una locura, de acuerdo, pero ¿se os ocurre alguna otra cosa? Si es así estoy dispuesto a escucharla.

—Radio Málaga dice también que el golpe ha triunfado sólo en África. Yo creo que lo más prudente es esperar a que el Gobierno envíe fuerzas desde la Península para acabar con la rebelión —Pablo mostró sus cartas.

—Tiene razón, tenemos que esperar —asintió Anselmo.

—¿Y que otros luchen por nosotros? —intervino Veintemillas—. Tenemos que actuar ya.

—No podemos dudar —José mantuvo la determinación para convencer a los indecisos de que no tenían otra opción—. Hemos de aprovechar el desconcierto para controlar la situación. Si todo sale bien, lo más probable es que la tropa se una a nosotros, o al menos que no se oponga.

Se hizo un silencio espeso, incómodo, y José regresó sobre sus palabras: «Cuando reviste la guardia, le dispararé a quemarropa». ¿Sabía bien lo que había dicho? Nunca antes había disparado contra una persona. Su padre le había dejado disparar la escopeta de caza en alguna ocasión, pero esto era distinto. Sólo había utilizado su arma en los ejercicios de tiro. En posición de cuerpo a tierra había abierto fuego contra una diana colocada a un centenar de metros. El retroceso del fusil golpeaba con fuerza contra el hombro y, acabado el ejercicio, el oficial ordenaba desmontar el cerrojo para comprobar que el arma no tuviese una bala en la recámara. Entonces no sentía nada especial, pero ahora se trataba de matar a un hombre. ¿Sería capaz? Se dijo a sí mismo que sí.

—Y después ¿qué hacemos? —preguntó Anselmo, que daba a entender que podían contar con él.

—Hay que correr la voz de que el golpe ha fracasado y animar a otros cuarteles a pelear contra los rebeldes.

—¿Y qué pasa con la Legión? Porque éstos no se van a poner de nuestro lado —intervino Pablo Frutos.

—Lo más probable es que para entonces una parte de ellos haya sido embarcada rumbo a Málaga o a Cádiz. Ya visteis que ayer noche estaban acampados en la plaza de África y de allí marcharon al puerto. Seguramente los trasladen a la Península tan pronto como les sea posible. Con los que queden no habrá más remedio que luchar. ¿De acuerdo? —Todos asintieron con la cabeza—. Volvemos a vernos esta noche tras el toque de retreta.

Se abrazaron desbordados por la emoción y la angustia, conscientes del riesgo que asumían.

El cabo Rico se encaminó a la plana mayor. El furriel era amigo suyo y no tendría inconveniente en colocarle la guardia del día siguiente. Abrió la puerta y entró decidido en dirección a su mesa.

—¡Cabo! —escuchó la voz del sargento Maules, que se había percatado de su premura.

—A la orden, mi sargento.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar? Salga inmediatamente si no quiere que le meta un paquete.

Obedeció y desde fuera golpeó con los nudillos y entreabrió la puerta.

—¿Da su permiso, mi sargento?

—Adelante.

—A la orden, mi sargento —repitió, y se cuadró frente a él.

Como había previsto, no tuvo ningún problema para que le asignaran la guardia en la puerta principal. Cuando concluyó, antes de abandonar el despacho, recuperó la posición de firme.

—¿Ordena alguna cosa, mi sargento?

—Nada, cabo, puede retirarse.

—A la orden.

A esa hora, las cinco de la tarde, el *Dragon Rapide* que trasladaba al general Franco desde Canarias a Tetuán tomaba tierra en Agadir para repostar combustible antes de partir hacia Casablanca, donde tenía previsto hacer noche. En el puerto de Ceuta, el cañonero *Dato*, el destructor *Churruca* y un transbordador embarcaban a dos centenares de hombres para conducirlos a Cádiz en ayuda de las guarniciones rebeldes. Era el primer transporte de tropas hacia la Península.

Desde el norte, las tropas del general Emilio Mola se dirigían hacia Madrid sin

hallar apenas resistencia en el camino. Los rebeldes estaban convencidos de que si tomaban Madrid, el golpe habría triunfado.

XIII

El toque de oración y la bajada de bandera dieron por concluida la jornada. El sol se había puesto hacía rato y el calor sofocante dio paso a una agradable temperatura. Formados en el patio escucharon los servicios para el día siguiente.

—¡Cabo José Rico!

—¡Presente!

—Guardia de puerta.

El suboficial siguió nombrando las guardias, cuarteleros e imaginarias para esa noche, y los cabos Veintemillas y Carrasco entendieron que el plan seguía adelante tal y como habían acordado.

—¡Rompan filas... ar!

De vuelta a la compañía intercambiaron impresiones antes de que tocaran silencio.

—Dos de los soldados que entran de guardia contigo son de los nuestros —le advirtió Veintemillas—. Uno es Rosendo, pero le conocemos como el Asturiano, y el otro es Martín. Ellos se encargarán de reducir al resto de la guardia si oponen resistencia y de cubrirte cuando hayas disparado a Franco. Del resto nos ocupamos nosotros, y estate tranquilo, que no te vamos a fallar.

—De acuerdo, Pedro —utilizó por primera vez en mucho tiempo su nombre de pila—. Intentemos dormir algo.

—Salud y República, compañero.

—Salud y República, amigo.

Tan pronto como se apagaron las luces, el murmullo de las conversaciones dio paso a las bromas de cada noche.

—Imaginaria, tengo la polla tiesa —gritó alguien desde su litera, provocando la hilaridad de quienes aún no habían conciliado el sueño.

—Silencio o llamo al suboficial —decía irritado el soldado encargado de mantener el orden en la compañía, pese a saber que la amenaza no iba a surtir efecto y que interrumpir el descanso del sargento podía costarle un arresto.

—Dile a tu novia que te la menee —se escuchó el eco de otra voz.

—Silencio, por favor —suplicó el cuartelero sin éxito.

—Me cago en tu puta madre —se oyó a un tercero, aunque aquello no venía a cuento.

—Callaos —insistió el cuartelero alumbrando con la linterna el lugar del que provenían las voces.

—Vete a tomar por el culo, cagón.

Los soldados repetían cada noche las mismas bromas como si nada, por grave que fuese, pudiese modificar un hábito que se prolongaba hasta que las chanzas dejaban de surtir efecto y las risas daban paso a los ronquidos. Sólo entonces la compañía recuperaba la calma.

—¡A formar!

El imaginaria salió de su duermevela sin tiempo para balbucear nada. Eran las dos de la madrugada cuando el comandante Civantos entró violentamente en la compañía pistola en mano, custodiado por una comitiva de hombres armados. Los soldados saltaron de sus camas en calzoncillos y de manera apresurada comenzaron a vestirse sobresaltados por lo inesperado de aquella irrupción, que imaginaron provocada por algún contratiempo grave. También el sargento salió de su cuartucho abrochándose la camisa, y al paso del oficial saludó con un «a sus órdenes», sin tiempo para componer una figura marcial.

—¡Cabos Rico y Veintemillas!

Se miraron desde la distancia y adivinaron que algo había salido mal.

—¡Presente, mi comandante! —respondió José dando un paso al frente y colocándose en posición de firme, la camisa desabrochada y las botas sin atar.

El comandante caminó hacia él y le apuntó con la pistola.

—Si no te descerrajo un tiro ahora mismo, hijo de puta, no es por falta de ganas —le golpeó con la culata del arma en la cara y dirigió la mirada hacia Veintemillas, que formaba en mitad del pasillo—. Llévenselos al cuerpo de guardia.

Dos soldados le asieron por los brazos y dos más se encargaron de Veintemillas. No opusieron resistencia.

El comandante esperó a que se los hubieran llevado para dirigir su atención al resto de la tropa, que había asistido atónita a la detención de sus compañeros sin entender lo que ocurría. El silencio era absoluto. Comenzó a moverse de un lado para otro escrutando los gestos de cada soldado, que dirigían la vista al suelo cuando les encaraba con la mirada.

—Esos dos traidores conspiraban contra el Ejército. Sabemos que habían convencido a algunos de vosotros. Conocemos vuestros nombres porque hay soldados con arrestos y el suficiente amor a su patria para defenderla de estos hijos del comunismo, profesionales del odio y de la depravación —vociferaba—. Tenéis una única oportunidad de enmendar vuestro error dando un paso al frente. Quien lo haga tendrá mi indulgencia. A los cobardes los fusilo esta misma noche.

Durante unos instantes se cruzaron miradas asustadas y al primer gesto le siguieron sin demora tres más.

—¿Sólo vosotros? —aguardó aún un momento—. Está bien, al cuerpo de guardia.

Después señaló con el dedo acusador a una decena de soldados, a los que dio por arrestados.

—Seguro que algunos callan lo que saben.

José experimentó un sentimiento de culpa cuando vio a Miguel entrar en la celda. Tenía el gesto rígido y la cara blanca como la de un muerto.

—Miguel, lo siento —intentó consolarle.

Supo que la disculpa no arreglaba nada. Le acompañaba Anselmo y dos soldados a los que no conocía. Con la cara desencajada por el miedo se justificaban diciendo que sólo habían intercambiado impresiones sobre lo que estaba ocurriendo, pero no se habían comprometido a nada, y desde luego no habrían desobedecido una orden. El comandante les había prometido que sería indulgente con ellos, pero ni aun así se sentían tranquilos. Uno de ellos corrió hacia una esquina y vomitó.

—Asturiano, ¿estás bien? —le preguntó Veintemillas, y al verle asentir con la cabeza dirigió su atención a José—. ¿Qué crees que va a pasar ahora?

—No lo sé.

—Alguien nos ha delatado, no hay otra explicación —dedujo—. Alguna de las personas que creíamos de confianza ha ido con el cuento a los jefes.

José no respondió. Miguel, abatido, mantenía la cabeza entre las manos y la movía a derecha e izquierda negando.

Aguardaron en silencio por un tiempo que les pareció eterno, hasta que el oficial de guardia entró en la celda.

—En marcha —ordenó.

Una camioneta de la Guardia Civil los esperaba para trasladarles a los juzgados militares del paseo Colón para tomarles declaración. Les encerraron en otra celda y durante dos horas esperaron impacientes, hasta que José escuchó gritar su nombre. Salió esposado a la espalda, conducido por dos agentes que le llevaron a un cuartucho sin ventanas. Le esperaba un brigada obeso que había dejado la guerrera apoyada en el respaldo de su silla y se remangaba la camisa. Dos regulares aguardaban sus órdenes.

—Vaya, vaya, aquí tenemos a uno de los cabrones que querían matar al general Franco. Joder con el cabo, qué alto pica —hablaba sin dejar de mirarle—. ¿Qué podemos hacer contigo?

Le ordenó sentarse frente a él con las manos por detrás del respaldo de la silla para que permaneciera erguido y no pudiera moverse. Los dos guardianes se colocaron a su espalda. No había abierto la boca cuando sintió un vergajazo en los riñones que le dejó sin respiración.

—Para empezar me vas a contar cómo lo pensabais hacer.

—No sé de qué me habla —dijo sin demasiada convicción.

El brigada hizo un gesto y una lluvia de golpes cayó sobre él.

—No me jodas, cabo, que no tengo toda la noche para ti.

—Le digo que no sé de qué me habla.

El primer golpe de vergajo le atravesó la cara y el segundo, el pecho. Le faltaba aire. Abrió la boca desesperado hasta que dejó de escuchar los insultos y de sentir los golpes. Cuando recuperó el sentido, estaba tendido en el suelo, sangraba por la boca y la nariz, la espalda le ardía y un dolor intenso de testículos le provocaba una sensación de vacío en el vientre. Se incorporó con esfuerzo. Hasta el cuarto llegaban con nitidez los gritos de otra persona a la que interrogaban en una dependencia

contigua. Cuando las voces cesaron, la puerta se abrió.

—Bueno, ya te tenemos de nuevo en forma. —Y sin mediar palabra el brigada le golpeó en la cara con la mano abierta.

Tuvo la sensación de que le sacudía con una tabla. Notó un zumbido intenso en el oído y una punzada de dolor.

—Uno de tus amigos nos acaba de contar que le pensabas pegar un tiro al general cuando revistara a las tropas.

Guardó silencio mientras escuchaba el relato pormenorizado del plan que unas horas atrás había explicado a sus compañeros.

—¿No vas a decir nada?

Calló.

—Colgadlo del gancho.

Hasta ese momento no había reparado en el trozo de hierro en forma de semicírculo clavado en una de las vigas de madera del techo. Los dos agentes le alzaron hasta colocarlo a su altura. Rozó el metal frío con la cara y el cuello. Sintió pánico, convencido de que eran capaces de atravesarle la garganta y dejarle suspendido.

—Te voy a colgar como a un cerdo en una carnicería.

Esperó su reacción, un escueto «yo no sé nada» en tono de súplica.

—Ponedle sobre el gancho.

La punta se clavó bajo la barbilla. No iba a ser capaz de aguantar el dolor.

—A mi orden le dejáis caer —advirtió a los soldados que le sostenían en vilo—. Te lo volveré a preguntar una última vez: ¿vas a confesar como tu amigo o voy a tener que dejarte colgado?

—Se lo ruego, yo no sé nada —sus palabras sonaban cada vez menos convincentes.

—Dejadle caer un poco más, a ver si recupera la memoria.

El hierro entró unos centímetros. Sintió la sangre en su garganta y el miedo se disipó. Se preparó para morir.

—Parece que tienes cojones, aunque te va a servir de poco. Tienes suerte porque tengo a otros comunistas como tú esperándome y no puedo poner esto perdido, pero volveré a por ti. Soltadlo —ordenó.

El terror le había arrebatado las fuerzas. Se dejó caer al suelo y se acurrucó dispuesto a recibir otra lluvia de golpes y patadas.

—Coño, si es el chuloputas que me quiso levantar la gachí. —Sonrió sorprendido al ver a Miguel, que esperaba su turno en la misma celda en la que su interlocutor encerraba a otro detenido—. ¿No te acuerdas de mí?

No lo reconoció.

—Sí, hombre, en la Berría, cuando te quisiste follar a mi amiguita. A mí no se me ha olvidado tu cara. Si no es por tus amigos, te abro allí mismo la cabeza a hostias,

pero es igual, porque mira por dónde estos compadres vienen buscando a alguien que los acompañe a dar un paseo y te vas a ir con ellos.

Cuatro camisas azules reían divertidos. Lo cogieron en volandas. Los falangistas recorrían los centros de detención en busca de prisioneros, a los que se llevaban con la excusa de interrogarlos sobre su implicación en las manifestaciones obreras de los últimos meses o su pertenencia a la masonería local.

—¿Adónde me lleváis? —repetía Miguel como una letanía.

—Ahora lo verás.

Le sentaron en la parte posterior del vehículo que esperaba a la puerta, entre dos de ellos, y emprendieron la marcha en dirección desconocida.

—Éste se nos caga de miedo —dijo uno de sus acompañantes mientras le tiraba de la cabeza hacia atrás.

—¿Vamos al salto del Tambor? —preguntó el que conducía.

Se trataba de una zona escarpada en una de las laderas del monte Hacho, famosa porque desde allí se lanzaban los suicidas al mar, y que los falangistas empezaban a utilizar para hacer desaparecer a algunos detenidos.

—No tengo ganas de andar por el monte —dijo el que llevaba la voz cantante—. Además, nuestro amigo no se va a suicidar. Los militares no se suicidan.

En unos minutos llegaron a la playa del Sarchal, en la que Miguel se había bañado con Manuel y José en más de una ocasión. Un túnel en la montaña comunicaba el cuartel con la arena, y los días más calurosos era frecuente que los soldados libres de servicio acudieran a ella a refrescarse en la hora de paseo. Le hicieron descender del vehículo y bajaron por un camino que discurría en zigzag para salvar el desnivel. Olía a salitre y el mar batía con calma en la orilla. La tierra húmeda de la marea baja se hundía a su paso y dejaba marcadas por un instante las siluetas de sus pies. Mar y cielo se fundían en negro. Caminaron hasta un roquedal.

—Colocadlo contra esas piedras —ordenó el que ejercía de jefe. Sacó la pistola de su funda, un astra modelo 1921, la montó y apoyó el cañón sobre su frente—. ¿Sabes rezar?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando sintió el calor del orín que le escurría por las piernas.

—Os lo he dicho, éste se nos caga de miedo —se burló uno de ellos.

—Además de ateo, cobarde. ¿Sabes al menos el padrenuestro?

Silencio.

—Joder, éste va al infierno seguro —reía el más joven de los cuatro.

—¿No vas a decir nada? —reiteró el que le apuntaba con la pistola.

Miguel temblaba. Ni aunque hubiese querido decir algo habría podido hacerlo.

—Esta gente no tiene ni madre, son como animales. Para ellos no hay salvación posible.

Dio un paso hacia atrás para poner algo de distancia y apretó el gatillo. El disparo le entró limpio por la frente. Cayó de bruces, y la cara hundida en la arena dejó al

descubierto los destrozos que el orificio de salida había causado en la cabeza.

—Uno menos —dijo sin levantar la voz, y enfundó el arma—. Avisad para que vengan a recogerlo, no podemos dejar basura en la playa.

Una hora después, el cuerpo de Miguel era cargado en un camión con los cadáveres de José Gallardo, el dueño de la popular casa de comidas Las Cuatro Columnas, y del zapatero Alfonso Guerrero, a quienes una patrulla de la Legión había aplicado la ley de fugas. Los llevaron al depósito de cadáveres del cementerio de Santa Catalina y los dejaron en el suelo. Permanecieron allí hasta que a la mañana siguiente Heliodoro Cortés, el responsable municipal del camposanto, dio cuenta al juzgado del hallazgo de tres cuerpos sin identificar.

Un hombre flaco y de gesto molesto, que se presentó como teniente médico encargado del levantamiento de los cadáveres, le ordenó colocarlos boca arriba para examinarlos.

—Varón de unos veintitrés años de edad, de complexión fuerte, vistiendo uniforme militar, presenta un único impacto de bala con orificio de entrada por la zona frontal y salida por zona occipital, mortal de necesidad. Coloque a ése de lado —ordenó a Heliodoro, que asistía al ejercicio metódico y distante con el que el oficial describía las heridas a su ayudante para que tomara nota.

»El segundo cadáver, también de un varón, en este caso de algo más de treinta años, presenta una herida por arma de fuego con entrada por la región hepática posterior y salida por la anterior, y otra herida con entrada por la región temporal-parietal derecha y salida por la temporal-parietal izquierda, mortal de necesidad. Ya puede dejarlo caer.

»El tercer y último cadáver, también varón, de edad similar al anterior, presenta una herida por arma de fuego con orificio de entrada por la región temporal-parietal derecha y salida por la izquierda, mortal de necesidad, y otra herida por arma de fuego con entrada por la región escapular derecha y salida a nivel de la línea axilar anterior.

»¿Conoce usted a alguno de estos hombres? —preguntó el teniente.

Dudó un instante por si la respuesta pudiera comprometerle.

—Bueno, creo que éste —señaló Heliodoro uno de los cuerpos— es José Gallardo. A los otros dos no los conozco.

—Pues mande avisar a su familia para que se haga cargo del cadáver y a los otros les da tierra.

—¿Dónde?

—¿Y me lo pregunta a mí? ¿No es usted el responsable del cementerio?

—Sí, señor.

—Pues usted sabrá —le dijo con desprecio—. Ése es su trabajo. ¡Ah!, y vaya usted habilitando sitio porque éstos no serán los últimos —le advirtió mientras se marchaba.

—¡Juanín! —gritó Heliodoro al muchacho que tenía como ayudante, que se

ocupaba de registrar en el libro del cementerio la identidad de los difuntos y el lugar de su enterramiento—. Corre hasta el bar Amadeo y... —no terminó la frase al percatarse de que no le prestaba atención, horrorizado ante la visión de los cuerpos ensangrentados—. ¡Juanín, atiende! —levantó la voz.

—¿Quién ha hecho esto?

—Calla y no preguntes. ¿Sabes dónde está el bar Amadeo?

—¿El de la calle San Juan de Dios?

—Ése, junto al puente de la Almina. Vas allí, preguntas por don Manuel, que es el dueño, y le dices de mi parte que te acompañe, que está aquí el cadáver de su cuñado. —Hizo una pausa—. Será mejor así, que sea él quien se lo diga a su hermana —pensó en voz alta, y se quedó solo velando a aquellos pobres desdichados.

Cuando José recuperó el conocimiento y se percató de dónde estaba, varios soldados le subían a la parte trasera de un camión repleto de hombres que permanecían de rodillas. Cerraron el portón y golpearon en un lateral para que el conductor iniciara la marcha. Reconoció a Veintemillas, que tenía un aspecto tan deplorable como el suyo. Le habían roto los dedos de una mano, que reposaba sobre la otra, tenía la cara amoratada y apenas se sostenía derecho. Estaban también Anselmo, Pablo y otros compañeros. Buscó con la mirada.

—¿Y Miguel? —preguntó al ver que faltaba.

Nadie respondió.

—Pedro, ¿dónde está Miguel? —insistió.

—Se lo han llevado los falangistas.

Custodiados por dos hombres armados que se habían situado en las esquinas, el camión emprendió la marcha.

—¿Sabéis dónde nos llevan? —preguntó alguien pasado un rato.

—¡Silencio! —ordenó uno de los guardianes.

Vieron desaparecer las últimas casas de la ciudad y el camión comenzó a subir una pendiente y a trazar curvas cada vez más pronunciadas que obligaban al conductor a reducir la marcha. El motor rugía y el vehículo amenazaba con detenerse y caer marcha atrás. Al instante daba un tirón y recuperaba el ritmo. Trazaron una veintena de giros a derecha e izquierda.

—Nos llevan al Hacho.

José sintió alivio. Por un momento había temido que les condujeran a un campo de tiro para fusilarlos. El camión recuperó brío y, pese a la oscuridad, supo que estaban en la explanada de la ermita de San Antonio, el último tramo recto antes de encarar el ascenso final hasta la fortaleza. Desde aquel mirador privilegiado se había extasiado algunas tardes de paseo contemplando la ciudad. A la izquierda, el mar del Estrecho y de la pesca, salpicado de barcas y faluchos; a la derecha, el de la guerra, con malecones y dársenas en las que atracaban los buques cargados de tropas. La tierra color ocre, salpicada de setos de pita y aloes, pinos y chumberas, ascendía hasta

lo alto de la montaña y se despeñaba del otro lado. El faro guiaba desde allí a los barcos, y bajo él la sirena que alertaba de la proximidad de la costa los días de niebla: la Vaca, como la llamaban por el particular sonido que emitía, perfectamente audible desde el cuartel.

«¡Cabo guardia!», gritó el centinela cuando pararon ante la puerta principal de la fortaleza militar. Las puertas de madera crujieron al abrirse para dar paso a los prisioneros. Era noche cerrada y las luces apagadas de la ciudad impedían adivinar su silueta; debía permanecer a oscuras para impedir que los buques de la República que navegaban aquellas aguas tuvieran referencias contra las que abrir fuego.

Les cegó la luz de una linterna que repasaba sus rostros al bajar del camión. Sólo se apreciaba la silueta de quienes tenían frente a ellos. Les hicieron formar en fila de a cuatro. Un oficial joven, al que apenas se le adivinaban las facciones, se dirigió a ellos.

—Traidores a la patria —escupió las palabras—. Sois pura basura, escoria humana, pero aquí os vais a arrepentir de vuestra cobardía.

Interrumpió su discurso y comenzó a andar entre los detenidos mientras los miraba con desprecio.

—Tú, ¡identifícate! —dijo al que le vino en gana.

—Cabo Anselmo Carrasco, del Batallón de Cazadores del Serrallo número 8.

—Eras el cabo Anselmo Carrasco, ahora eres una mierda —le espetó al tiempo que le arrancaba la tira que daba cuenta de su graduación—. Mil veces preferiría estar en el campo de batalla que aquí rodeado de indeseables. ¡Adentro con ellos! —ordenó.

José agradeció la brevedad del recibimiento. Deseaba que le encerraran para poder descansar. Los repartieron por las celdas de uno de los pabellones de la prisión, repleta de otros prisioneros que dormían en colchonetas extendidas en el suelo, y pese a las heridas consiguió conciliar el sueño.

Para entonces el general Franco acababa de llegar a Tetuán, capital del Protectorado, acompañado de su primo, el teniente coronel Francisco Franco Salgado-Araujo. Allí fue informado de la situación. El alto comisario de España en Marruecos, capitán Arturo Álvarez-Buylla, permanecía detenido en su despacho de la comisaría. En Melilla habían sido arrestados el general Agustín Gómez Morato, responsable del Ejército del norte de África, y el jefe de la Circunscripción Oriental, general Manuel Romerales, además de todas las autoridades civiles, quedando al frente de la comandancia el coronel Luis Solans.

Ceuta estaba también bajo control, aunque el general Oswaldo Capaz, al mando de la Circunscripción Occidental, no había podido ser apresado por encontrarse en Madrid. Esa misma noche habían partido hacia Cádiz las primeras tropas. La previsión en ese momento era que en unos días parte del Ejército de África hubiera desembarcado en la Península para sumarse a los rebeldes.

El teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, que se había hecho cargo del mando de la plaza, guardaba para el final un dato que sabía iba a incomodar a su interlocutor. Su primo, el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, jefe de las Fuerzas Aéreas, se había opuesto al alzamiento y había tenido que ser reducido por la fuerza. Para tranquilidad del coronel, Franco no se mostró contrariado. «Se lo dije hace tiempo: “Un día voy a tener que fusilarte”».

XIV

—Españoles, tened fe y no desmayéis ni un momento. Los apremiantes y urgentes problemas de preparación de las operaciones, y la resolución de los imprevistos que toda empresa encierra, ocupan desde mi llegada toda mi atención y actividad. Mantened viva la fe en el triunfo, y cada uno en su puesto que ayude a la gran obra de la restauración nacional y podréis enorgulleceros de llamaros españoles. ¡Viva España!

La breve arenga enalteció a las tropas acampadas en la plaza de África, frente al balcón de la Circunscripción desde el que les hablaba el general Francisco Franco acompañado del teniente coronel de la Legión, Juan Yagüe, y del nuevo responsable de la comandancia, el también teniente coronel Román Gautier Atienza. Ambos le habían cumplimentado a su llegada desde Tetuán, donde unas horas antes había asumido la Alta Comisaría y el mando del Ejército de África. Desde allí se desplazó al ayuntamiento, situado justo enfrente, de cuya alcaldía se había hecho cargo el teniente coronel José Tejero, que le ofreció el libro de oro de la ciudad para que dejara constancia de aquel glorioso día.

«La naturaleza le dio todo a Ceuta, merece ser la Perla del Mediterráneo, en vuestras manos está el conseguirlo», y rubricó con su firma.

El posterior paseo hasta la sede de la Delegación del Gobierno, en la plaza de la República, fue una aclamación continua. La gente aplaudía al paso de la comitiva, a la que precedía una pareja de legionarios armados en uniforme de campaña. Los más curiosos caminaban tras el grupo de militares que arropaban al hombre que, gorra cuartelera y guerrera abotonada hasta el cuello, andaba con aire marcial y una sonrisa socarrona.

«Es Franco», comentaban en voz baja los entendidos, y se alzaba un «¡viva Franco!, ¡viva el Ejército!» que coreaba la multitud, aunque la mayoría desconociera las razones de aquel entusiasmo. Un paso por detrás del líder, su primo, el teniente coronel Salgado-Araujo, que le había acompañado en su viaje desde Canarias, y el resto de los jefes militares de la ciudad.

El general se reunió con sus mandos en el despacho que tan sólo unas horas antes había sido del delegado José Ruiz Flores, del que habían descolgado el retrato del presidente Manuel Azaña, con el fin de tratar un asunto primordial para el triunfo del golpe: el traslado a la Península de tropas de la Legión y de regulares, las más preparadas, con la mayor brevedad posible. El día 18 ya habían desembarcado en Cádiz dos centenares de hombres, y esa misma mañana dos centenares más habían zarpado rumbo a Algeciras. El transporte había sido posible por el efecto sorpresa de la asonada, pero treinta y seis horas después éste había desaparecido y buques de la Armada republicana bloqueaban el Estrecho. Había que romper el cerco, pero la misión se antojaba complicada y podía demorarse días, con el consiguiente riesgo para los rebeldes. El general Alfredo Kindelán, que se encontraba en contacto

telefónico desde Algeciras, había propuesto una solución temporal mientras resolvían el problema: comenzar el traslado de hombres por aire, pese a que cada avión no podía acomodar a más de una veintena de ellos. El destino sería el aeródromo de la Tablada, en Sevilla, donde colaborarían en la consolidación del control de la ciudad bajo el mando del general Queipo de Llano.

La reunión se prolongó más de lo previsto y la anunciada visita del general a algunos de los acuartelamientos de la ciudad, entre ellos el Batallón de Cazadores del Serrallo número 8, fue suspendida. Para entonces, el cabo José Rico y sus compañeros cumplían sus primeras horas de encierro en la fortaleza militar del monte Hacho, ajenos a que un imprevisto absurdo les habría impedido ejecutar su plan y, pese a ello, su destino estaba irremediabilmente marcado.

Les mandaron formar a las ocho de la mañana. José se encontraba animado. Las escasas horas de sueño transcurridas desde su detención habían tenido un efecto balsámico tras una jornada de tensión y miedo. El dolor de la espalda y el pecho se había mitigado y el sol de esa mañana de julio le pareció una bendición. Tal vez no todo estuviese perdido.

El teniente coronel Julián Martínez Simancas encajó cariacontecido la fallida visita de Franco. El ayudante del teniente coronel Gautier le comunicó la noticia con un lacónico mensaje que no admitía objeciones. Él, que había impedido un complot para acabar con su vida, del que había dado cuenta por conducto reglamentario al responsable de la Circunscripción, se sentía ignorado por sus jefes. Tal vez ni siquiera hubiesen informado de su hazaña al general por no considerarlo oportuno o, quizá, porque no dieran credibilidad a unos hechos por los que él tenía a veinte hombres encarcelados en el Hacho e investigaba la implicación de otros. Esperaba, si no una condecoración, sí al menos el reconocimiento público por el servicio prestado.

Ordenó que la tropa formara en el patio de armas, y el batallón pensó que el nuevo caudillo estaba a punto de llegar al cuartel. Para su sorpresa, el teniente coronel les dirigió la palabra en un tono que transmitía frustración.

—Soldados de España, deberes inexcusables del histórico momento que atraviesa la patria hacen imposible la presencia de nuestro general, que me ordena os comunique la proximidad de la victoria.

Mandó romper filas y desapareció como un fantasma escaleras arriba, camino de su despacho.

De vuelta a Tetuán, donde había instalado su cuartel general, Franco se negó a posponer, pese a sus nuevas y apremiantes obligaciones, una visita al cuartel general de la Legión en Dar Riffien, donde dieciséis años antes había servido como subjefe del entonces recién creado cuerpo. El acuartelamiento había sido bombardeado la tarde anterior, sin apenas consecuencias, por un avión republicano que descargó varias bombas más sobre el aeródromo de Sania Ramel y la Alta Comisaría, en lo que había sido la primera, y hasta ese momento única, acción militar contra los golpistas.

Yagüe mandó formar a la tropa para la revista y, en posición de firme, se dirigió a su compañero:

—Aquí están tal y como los dejaste, magníficos y dispuestos a todo. Tú, Franco, que tantas veces los has conducido a la victoria, guíalos de nuevo por el honor de España.

Emocionado por las palabras de su amigo, lo abrazó y se dirigió a sus hombres.

—España se ha salvado. Fe ciega en la victoria, no dudéis nunca, firme energía sin vacilaciones, porque la patria lo exige. Teniente coronel, comuniqué a sus hombres que desde este momento aumento su paga en una peseta diaria y ordene romper filas.

La orden fue seguida de un clamor de vivas.

Horas después condecoraba con la Gran Cruz Laureada de San Fernando, la más alta condecoración militar al valor, al gran visir Sidi Ahmed el Gannia, máxima autoridad de Marruecos en el Protectorado. Con tal distinción buscaba ganarse la confianza de los soldados indígenas, mayoritarios en las fuerzas de regulares, y facilitar la recluta de mercenarios marroquíes que estuvieran dispuestos a luchar en la Península. Poco importaba que decenas de miles de soldados españoles hubieran perdido la vida en la conquista del Protectorado marroquí. Los enemigos hasta hacía unos años se convertían en aliados.

XV

Don Baltasar Tavera salió de casa a la carrera con el diario en la mano. Tan atropellado que su hermana tuvo que advertirle para que no tropezara con la sotana y se diera de bruces en el suelo.

—Ve con calma, que no por correr más vas a arreglar nada. Lo que quiera el Señor será —le gritó desde el poyo de la puerta en el que machaba almendras que pensaba garrapiñar esa tarde.

Don Baltasar y su hermana, doña Carmen, vivían en el número dos de la plaza, justo enfrente de la iglesia, en un caserón que a todas luces les venía grande. Llevaba de párroco en Monleras toda la vida, de tal manera que sólo los más viejos del lugar se acordaban ya de don Desiderio, el anterior presbítero, a quien sustituyó tras su fallecimiento. Tenía cincuenta y siete años, era alto y delgado como un junco, y desde siempre había vivido con su hermana, siete años menor que él, una mujer oronda y de voz recia que más parecía su madre por cómo lo trataba.

Pensó en ir primero al cuartelillo de la Guardia Civil, pero les supuso enterados y se dirigió a casa de don Eloy Vicente, prohombre de la localidad, almacenista de grano al que todos vendían la cosecha, fundamentalmente centeno, que él llevaba a Tejares, en las afueras de Salamanca, desde donde se enviaba a Galicia.

—Don Eloy, ¿ha visto usted *La Gaceta* de hoy? —dijo sin saludar.

—Caramba, don Baltasar, ¿qué de bueno le trae por casa? No vendrá usted a llevarme a misa de la oreja —bromeó—. Como ve, ya me estoy arreglando.

Sinforosa, su señora, bajó desde la planta alta, donde el matrimonio tenía su dormitorio, tan pronto como escuchó al sacerdote. Era mujer de comunión diaria y una de las cinco beatas que cada semana acudían prestas a barrer y fregar la parroquia para mejor servir al Altísimo, como gustaba decir a su marido cada vez que le increpaba con un «¡pero qué coño se te habrá perdido a ti en el confesionario!». Sin prestarle atención, el párroco le extendió la mano derecha para que se la besara.

—Discúlpeme, don Eloy, pero esto es muy grave y quería comentárselo a usted y pedirle consejo para, si lo considera oportuno, dar cuenta de ello a todos los hijos del pueblo —añadió tendiéndole el diario. Uno de los dos únicos ejemplares que llegaban desde Salamanca. El otro lo recibía Nemesio, el dueño de la taberna El Porvenir, que lo ponía a disposición de los clientes que sabían leer.

—Tranquilo, hombre de Dios, que no será para tanto. —Cogió el periódico y leyó bajo la atenta mirada de su interlocutor.

**SE HA PRODUCIDO UN PATRIÓTICO LEVANTAMIENTO
DE FUERZAS MILITARES EN TODA ESPAÑA**

El entusiasmo de las masas agrarias en toda la provincia de Salamanca es indescriptible. Más de tres mil personas de todas las clases sociales se ofrecen a la autoridad militar.

Don Eloy mudó el gesto y continuó leyendo:

Se está jugando la suerte de España. La carta de ahora es definitiva para un largo periodo de tiempo; con grave daño para la civilización española si los triunfos se los lleva el marxismo, y con esperanzas de prosperidad y auge si la fuerza cae del lado de estos caballeros españoles que se han cansado de ver cómo se destruye una patria en manos de gente impune y obediente a los poderes extranjeros. Afortunadamente, todas las noticias de absoluta veracidad coinciden en asegurar el éxito del movimiento militar, pues son dueños de toda España, excepto Madrid, y pudiera suceder que a la hora de que este número salga a la calle también la capital estuviera ya en poder del Ejército, que se opone al Gobierno del Frente Popular.

—Por eso le decía, don Eloy, que, si da usted su permiso, tras la lectura de los santos evangelios me permitiré, como pastor espiritual de Monleras, dar cuenta a los vecinos de los graves momentos que vivimos —interrumpió la lectura de su interlocutor.

—En la casa del Señor manda usted, don Baltasar. Yo marchó ahora mismo al cuartelillo a recibir órdenes de quienes mandan en la tierra.

A las diez menos diez repicaron las campanas, y nuevamente a las menos cinco, como era habitual.

—¿Han tocado ya a misa? —se preguntaban las comadres a las puertas de sus casas, en una liturgia que repetían domingo tras domingo. Con sus blusas y faldas compradas en Ledesma, un pañuelo bajo la manga y el velo negro de encaje sobre la cabeza, se encaminaban a la parroquia con unos céntimos en el monedero para encender una vela a los difuntos o dejar como limosna en el cestillo que el monaguillo pasaba en cuestación. Los hombres se demoraban unos minutos y bajaban

en compañía, endomingados con sus pantalones atados con cinchas a modo de cinturones. Las mujeres se acomodaban en los bancos de la derecha, y los hombres en los de la izquierda, y al fondo, junto al portón de madera, los más rezagados, que no llegaron a tiempo de encontrar asiento, y que a mitad de la celebración aprovechaban para escapar camino del bar a coger sitio para la partida de cartas.

Don Baltasar, víctima de una agitación que no conseguía dominar, se colocó la casulla y la estola y ofició con profesionalidad y premura, deseando como estaba dar a conocer a sus feligreses las noticias que llegaban desde la capital. Después leyó un párrafo de la primera página del diario que había subrayado y que le pareció el más adecuado en ese momento.

En estos momentos queremos dirigirnos a los buenos ciudadanos de Salamanca y su provincia para alentarles en el cumplimiento del deber, que no es otro que el de ponerse al lado de los que luchan por la salvación de España.

Cuando hubo concluido y la iglesia era un murmullo de preocupación, se dirigió a los presentes para pedirles tranquilidad.

—Las autoridades del pueblo se ocuparán de todo. No hay nada que temer. Tan sólo nos queda ponernos en manos del Señor y de su infinita misericordia. Para ello, esta tarde a las cinco habrá rosario y mañana iniciaremos una novena para pedirle al Todopoderoso que se apiade de nosotros. Podéis ir en paz —bendijo a los presentes haciendo la señal de la cruz con la mano.

Don Eloy y el sargento Moro cambiaron impresiones en el cuartelillo, donde se encontraba ya el señor alcalde, Segundo Delgado, y varios integrantes más de la gestora municipal nombrada tras las elecciones de febrero. El sargento y comandante de puesto tampoco sabía con certeza lo que ocurría, aunque él lo tenía claro, estaba a las órdenes de la superioridad, que aún no le había comunicado si debía sacar la fuerza a la calle: dos números que convivían con sus familias y vestían con orgullo un uniforme que les facultaba para mediar en peleas de borrachos, disputas por lindes y patrullar por las tierras comunes de Monleras, salpicadas de jarales y tomillares, encinas y riscos de granito, al que los más pobres acudían de noche a robar bellotas para comer.

Don Valentín Iglesias y su mujer, doña Lucinda González, los maestros, acudieron prestos al ayuntamiento, un caserón del siglo XVIII situado frente a la iglesia, en busca de más noticias. Allí se encontraba ya don Felipe Romero, el médico titular, y Nemesio Cadierna, jornalero y bodeguero, que como único dispensador de licores se atribuía una autoridad que no tenía, pero que las fuerzas vivas del pueblo le

consentían, aunque apeándole del tratamiento de don con el que se trataban entre ellos. Esperaron a que don Eloy y el señor alcalde regresaran de su entrevista con el jefe de la fuerza.

—Don Eloy, hay que organizarse —propuso don Valentín nada más verle entrar—. Tal vez sea conveniente que alguno de nosotros marche a Ledesma, o incluso a Salamanca, en busca de noticias.

—Estoy de acuerdo —apoyó el médico—. Alguien nos tiene que dar instrucciones.

—Señores, he hablado con el sargento y me ha recomendado que tengamos calma. En tanto se aclaran las cosas, lo mejor para todos es seguir con nuestras tareas y estar siempre, como no puede ser de otra manera, a lo que ordene la autoridad —templó ánimos don Eloy, que había asumido sin vacilaciones la responsabilidad que sus convecinos le atribuían.

Pero ¿qué autoridad?, pensaron los presentes sin atreverse a plantear la duda. La autoridad es siempre de quien manda. La reflexión les serenó.

—Don Eloy, quiero que sepa que el ayuntamiento está a lo que usted disponga —terció el alcalde, don Segundo, más preocupado de su suerte que del gobierno municipal, consciente de que los allí reunidos no le dispensaban ningún aprecio.

—Bien, no haga nada que yo no le diga —se permitió un gesto de insolencia.

—Estoy a sus órdenes.

—Todos a sus ocupaciones —ordenó don Eloy—. Cuando haya novedades mandaré llamarles.

Antonio Rico, su esposa, Aurora Martín, y seis de sus siete hijos vivían en el número 4 de la calle Santo, que ascendía en pendiente desde la plaza. Era una vivienda grande, en esquina, con un portón por el que las mulas entraban a la cuadra. Una puerta comunicaba con la cocina, cuyo suelo estaba cubierto con enormes lanchas de pizarra que guardaban el calor de la lumbre. A Antonio todos le conocían como el Villarino porque era natural de este pueblo próximo, que los días claros se oteaba en el horizonte.

Las habladurías corrían de boca en boca y hasta Monleras llegó con ellos la noticia de que Aurora, antes que su esposa, había sido su cuñada, la mujer de un hermano muerto en un extraño episodio de navajas cabriteras. Huyendo de las maledicencias se marcharon de Villarino para instalarse en Monleras, donde Aurora disponía de un patrimonio de fincas que había heredado, en las que cultivaban trigo, cebada y centeno, que apenas les reportaban ocho o diez fanegas, y eso si el año era bueno. Cuando se casaron, Aurora ya tenía un hijo, José, a quien Antonio aceptó como si fuera suyo. «A fin de cuentas es sangre de su sangre», comentaban las mujeres mientras hacían ganchillo a la puerta de sus casas. Después llegaron seis más: Santiago, Ángel, Nicolás, Valentín, Balbina, la única hembra, y Toño, el menor.

El Villarino no era un hombre de campo, pero su presencia desprendía una

enorme fortaleza física que parecía labrada a golpe de arado. Alto, de cuello ancho y amplias espaldas, el gesto adusto le confería un aspecto amenazante para quien no le hubiese tratado, porque era una persona afable que se escondía tras una timidez innata. Era uno de los escasos vecinos con instrucción, lo que le había reportado cierta ascendencia en el pueblo, hasta el punto de ser elegido juez de paz para mediar en asuntos de vecindad.

De niño había sembrado poco y segado menos. Sus padres tenían un comercio en el que pasó su infancia y parte de su juventud. Siendo mozo había emigrado a Cuba con su hermano mayor en busca de fortuna, y si no se quedó allí no fue por falta de ganas, sino para que no le declararan desertor al ser llamado a filas. De los cuarenta quintos de Villarino, treinta y cinco resultaron excedentes de cupo. Antonio fue uno de ellos, pero la fuga de algunos de los reclutas para evitar cumplir el servicio le obligó a ir en su lugar, nada menos que a África. Firmó tres años y cuando le dieron la licencia regresó. De lo que sucedió a partir de entonces y, sobre todo, de las circunstancias de su matrimonio con Aurora todo eran chismorreos que cada cual contaba a su manera.

La robustez de Antonio contrastaba con la fragilidad de su esposa, ligera como un suspiro, que parecía siempre a punto de quebrarse y que más que andar se deslizaba, siempre en silencio, sin hacer ruido. El color lechoso de su cara pronunciaba aún más su belleza, enmarcada en una melena clara que cepillaba con esmero y dos enormes ojos azules que parecían hablar cuando miraban. Era hija única de una familia de posibles y tuvo oportunidad de estudiar para maestra, su vocación, que frustró el matrimonio de su madre en terceras nupcias. Su primer marido y padre de Aurora era un hombre mayor enfermo de diabetes. A su muerte contrajo matrimonio con un hermano del difunto, y cuando se produjo el óbito de éste, lo hizo con un soltero del pueblo, un hombre de carácter agrio que les daba mala vida. «Una mujer tiene bastante con criar a sus hijos y atender a su marido. No tiene necesidad de perder el tiempo en tonterías», le recriminaba a Aurora cada vez que ésta decía que quería estudiar para maestra.

Antonio y Aurora tenían un comercio en su propio domicilio, que suministraba con hortalizas y otros productos comprados en Salamanca. Con la pareja de mulas y un carro, Antonio transportaba el grano de don Eloy y el suyo propio, que vendía para comprar los víveres que luego despachaba en su establecimiento. Al fondo del comercio unas escaleras ascendían hasta el sobrado, que habían habilitado como sala de baile para las tardes de domingo. Unas sillas pegadas a la pared eran su único mobiliario, y en una mesa la gramola desgranaba pasodobles y boleros. Como no había luz eléctrica, se servían de una instalación de carburo que Toño se encargaba de encender, asombrado de que al mezclar unos polvos en el agua ésta desprendiera un gas que prendía. Mucho más divertido que los candiles de petróleo. Los negocios, en fin, les daban para vivir sin estrecheces, pero sin alegrías.

Eran un matrimonio raro para las costumbres del lugar, donde la vida se limitaba

a un ejercicio de supervivencia. Sólo unos cuantos superaban el centenar de ovejas y podían presumir de mayores. Y si de vacas se trataba, el que tenía una docena ya tenía muchas. Vacas de carne, para trabajar en el campo y criar terneros. Había cinco piaras y otros tantos pastores que recogían el ganado de noche y lo llevaban a unos valles comunales cerca de Corrales, donde coincidían con los del vecino Añover de Tormes.

Como Antonio no era hombre de misa, tuvo que ser el Dominguito, su vecino, quien se acercara hasta casa a darle noticia de lo ocurrido.

—Menudo lío s'armao —le desgranó las explicaciones del señor cura—. Dicen que los militares s'han hecho cargo de tó, y digo yo que será para poner orden, que yo de esto de la polética no entiendo.

—Política, Dominguito —le corrigió Antonio.

—Pues eso.

—Iré a hablar con el alcalde, seguro que él sabe algo más, pero si es cosa de militares, como dices, ya tenemos de qué preocuparnos, Dominguito.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque a los uniformes no les gustan los socialistas.

Guardó silencio por ignorancia. Ni era socialista ni sabía lo que eso significaba. Era sólo un hombre cabal. Tampoco entendía muy bien lo que aquello quería decir, pero su padre, que en paz descansa, le había repetido desde niño que tenía que ser un hombre cabal. Y él lo era, vaya si lo era.

Nemesio, el bodeguero, se encontró con Antonio cuando éste salía de casa camino del ayuntamiento.

—Vengo de allí, no te molestes en ir porque estamos todos igual, a la espera de noticias. Dicen —calló un instante y miró a su espalda para cerciorarse de que nadie le escuchaba— que el follón se ha organizado en Ceuta y Melilla, que han sido los militares de allí los que se han alzado, y que los de aquí les secundan. Viene en el periódico y el cura lo ha escuchado también en la radio. ¿Tú sabes algo de tu chico?

—¿Y el sargento Moro? —inquirió sin responder la pregunta.

—En el cuartelillo andan revueltos. El sargento se ha exhibido con el correa y la pistola, y dicen que vienen para acá fuerzas desde Ledesma para comprobar la situación en los pueblos del partido.

—No sabemos nada de José desde la última carta que nos escribió hace diez días —ahora sí respondió—. Nos decía que estaba bien y que pasaba todo el día con tu chico. ¿Y vosotros, sabéis algo de Manuel?

—Nada, y la mujer anda ya preocupada dándole vueltas a lo que le habrá pasado al hijo.

—¿Por qué habría de haberles pasado algo? —lo tranquilizó, aunque en su voz se apreciaba el temor de la duda—. Ya son hombres, y seguro que tan pronto como puedan nos harán llegar noticias. No nos precipitemos —se escuchó decir más para sí

que para Nemesio, intentando controlar la preocupación—, no sabemos ni siquiera lo que está pasando y ya estamos poniéndonos en lo peor.

—Eso le digo yo a la mujer, pero no hay manera —rezongó—. Bueno, Antonio, cualquier cosa que sepáis, ya sabéis dónde estamos.

Antonio y Nemesio habían trabado conocimiento a los pocos meses de que el primero llegara a Monleras con su mujer. Nemesio se quejaba a sus clientes del vino bautizado que le habían vendido en Pereña, que servía con desagrado, y Antonio se ofreció a ponerle en contacto con un vecino de Villarino que hacía uno de dos orejas. Dicho y hecho. Desde entonces Nemesio le compraba pellejos de cincuenta litros que engarrafaba y pasaba luego a botellas para servirlo en el bar. ¡Dónde va a parar! Aquel tinto tenía cuerpo, se pegaba al paladar y los parroquianos le felicitaban porque, ahora sí, los chatos no se bebían como si fueran agua.

Pero la amistad entre ambos se fraguó a través de la de sus hijos y, sobre todo, desde su marcha al Ejército. De eso hacía unos meses, y a Balbina, la hermana de José, no se le había olvidado, porque fue ella quien bajó con madre a despedirlo al autobús de línea. Ellas y Toño, que entonces tenía tres años y miraba asustado el llanto de las mujeres. Desde entonces no habían vuelto a verlo. El tiempo había hecho comprender a Toño el sentido de la ausencia, que para él significaba que su hermano mayor no estaba para montarlo a hombros. «Agárrate a mis orejas, Toñito, que te vas a caer y te harás un buen chichón».

A veces, cuando jugaba en la plaza, Nemesio le daba un pescozón en la cabeza para llamar su atención y le entregaba una carta que antes le habían dejado a él en la taberna, que hacía también las veces de estafeta: «Dásela a tu padre. Es de tu hermano, que os escribe». Entonces dejaba lo que estuviera haciendo y subía corriendo a casa. Si no estaba padre, madre mandaba a buscarlo para que fuera él quien abriese la carta, porque no quería poner en duda su autoridad como marido. Se marchaba de nuevo a la carrera camino de los Vallitos, donde tenían un pequeño huerto con patatas y sandías que regaban con el agua de un pequeño arroyo, y no paraba hasta encontrarlo. «Padre, que dice madre que vuelva usted a casa, que hay carta del hermano».

Y regresaban echando una carrera, como si jugaran. Aurora le entregaba entonces la carta, se tapaba la cara con una mano para contener la emoción, y esperaba a que su marido leyera para sí moviendo los labios. «Bueno, ¿qué dice?», le preguntaba nerviosa, y entonces Antonio rompía su silencio y releía la carta en voz alta.

Queridos padres y hermanos, espero que al recibo de la presente estén bien, yo bien, gracias a Dios...

Cuando terminaba la doblaba, la metía en el sobre y se la entregaba a su mujer para que la guardara en el cajón de la cómoda, donde Aurora rebuscaba para releerlas cuando le embargaba la nostalgia.

Aunque nadie en Monleras lo sabía aún, la rebelión había triunfado en Salamanca

sin apenas resistencia. Integrada en la 7.^a División Orgánica, con cabecera en Valladolid, los generales Andrés Saliquet Zumeta y Miguel Ponte y Manso de Zúñiga habían detenido la noche anterior al responsable de la misma, el general Nicolás Molero Lobo, de probada lealtad republicana, sacado las tropas a la calle y decretado el estado de guerra. La 7.^a División, la 5.^a (Zaragoza) y la 6.^a (Burgos) eran unidades fundamentales para el éxito del golpe. Garantizado su control, una parte de sus fuerzas se dirigía a Madrid. Debían confluír con otras columnas en el puerto de Somosierra antes de lanzarse a la conquista de la capital para conseguir la rendición del Gobierno.

XVI

La camioneta entró en la plaza tocando el claxon sin cesar. Paró en uno de los laterales de la iglesia levantando una enorme polvareda que obligó a los chicos que jugaban a apartarse contra la pared. Del lado derecho descendió un joven camisa azul con el pelo engominado, y de la parte posterior bajaron cuatro muchachos armados. En lugar de arremolinarse como era habitual cuando llegaba al pueblo el quincallero, quienes observaban desde las puertas desaparecieron en el interior de sus casas.

Era la segunda ocasión en que los falangistas visitaban Monleras. Unos días antes, una columna de setenta hombres había recorrido los pueblos de la zona para disolver las gestoras municipales del Frente Popular e implantar un nuevo orden municipal patriótico. La orden del nuevo gobernador civil de la provincia, el teniente coronel Rafael Santa Pau Ballester, era clara y concisa: «Con el fin de normalizar la vida de ese municipio, y en virtud de las facultades que me otorga la vigente Ley de Orden Público en su artículo 55, he resuelto designarle para el cargo de alcalde de ese ayuntamiento». Don Eloy aceptó encantado un nombramiento para el que había sido propuesto por el sargento Moro de entre los «hombres de bien» del pueblo. Segundo Delgado, su antecesor, fue el primero en felicitarle por una designación que, dijo, recaía en el hombre más capaz y mejor preparado para dirigir los designios de los vecinos en momento tan trascendente.

Esta vez la comitiva era mucho menor. El que parecía mandar sobre los demás preguntó por el cuartelillo de la Benemérita y un vecino señaló con el dedo la calle de la Alhóndiga antes de ocultarse tras la cortinilla que evitaba que las moscas entraran en casa.

—¡Esperad aquí mientras voy en busca del comandante de puesto! —ordenó—. Que dos hombres vengan conmigo —corrigió sobre sus pasos porque pensó que así demostraría su rango cuando estuviera ante el jefe de la Benemérita.

El sargento Moro le recibió custodiado por sus dos hombres.

—¡Arriba España y a las órdenes de usted! —dijo mientras hacía el saludo fascista con el brazo derecho levantado al frente—. Se presenta Julián Pascua, de la centuria José Antonio de Ledesma. Traigo órdenes de llevarme a los vecinos marxistas y traidores a la causa nacional.

El sargento cogió el papel que le extendía aquel muchacho de aspecto arrogante y aire marcial que permanecía tieso como una vela. Moro sabía poco de los falangistas, pero el membrete de la hoja no dejaba dudas de que les mandaba la superioridad. Falange, que hasta el golpe era un grupúsculo de escasa militancia, mucho menor que la de las Juventudes de Acción Popular católicas, de los monárquicos de Renovación Española y de los carlistas, había multiplicado sus efectivos desde el alzamiento e iba camino de convertirse en la principal fuerza política del bando nacional. El golpe había sacado de las cárceles a todos los falangistas presos, que ahora reorganizaba el jefe local, Francisco Bravo, con ánimo de venganza.

Antonio Rico Martín, Domingo Recio Hernández y Claudio Martín Hernández eran los nombres de los tres vecinos a quienes se reseñaba en la orden de detención.

—Con su permiso, mi sargento, voy a proceder a su detención tan pronto como me indique su domicilio.

El sargento y sus hombres subieron acompañando a los jóvenes falangistas por la calle Santo con tiempo para que don Eloy se sumara a la comitiva como máxima autoridad civil del pueblo.

Abrieron la puerta de la cuadra y entraron sin anunciarse.

—¿Qué ocurre? —Antonio salió de la cocina alertado por el alboroto.

—¿Es éste? —el falangista se dirigió al sargento Moro.

—Sí.

—¿Ocurre algo? —volvió a preguntar Antonio.

—Estás detenido. —El muchacho escupía odio.

—¿Detenido? ¿Por qué? —preguntó al sargento Moro.

—Por comunista —alzó la voz el joven imberbe sin tiempo para que el jefe de la Benemérita se explicara.

—Yo no soy comunista.

—Eso decís todos. —Le colocó el cañón de la pistola en la garganta.

—Soy republicano y socialista —Antonio recompuso su dignidad—. Cualquiera de las personas que le acompañan puede decírselo, de eso no reniego.

—Eres un rojo de mierda, y encima alardeas de ello. Te vienes con nosotros.

Aurora, que regresaba de recoger unas patatas del huerto, se encontró con su marido cuando salía de casa custodiado por una amplia comitiva.

—Hazte cargo de los niños, están en la cocina.

Se escuchaba el llanto de Toño, al que su hermana Balbina no conseguía consolar.

—¿Dónde te llevan?

—Apártese si no quiere que la llevemos también a usted. —Uno de los falangistas la empujó.

—Don Eloy, intervenga usted —imploró—. Antonio no ha hecho nada malo.

—Son órdenes de Salamanca, Aurora, yo no puedo hacer nada —se disculpó con cara de circunstancias.

A Domingo Recio, *Dominguito*, como le conocían todos por su baja estatura, fueron a buscarle los vecinos a la finca que tenía camino arriba, pasada la linde donde acababa el término municipal. Bajó raudo, como si con la premura fuese a demostrar su inocencia, y con cara sorprendida se dio por detenido. Claudio ya estaba en la plaza, junto al camión, cuando llegaron sus compañeros.

—¿Qué van a hacer con ellos? —preguntó el sargento Moro al joven que llevaba la voz cantante, al que calculó diecisiete años, y quien impostaba soberbia y ferocidad con su pistola desenfundada.

—Estamos haciendo batidas por la zona para arrancar las semillas marxistas que

puedan quedar en ella. En Trabanca, Almendra, Villarino, Villaseco de los Gamitos, Lumbrales, Mieza —enumeró para dar cuenta de lo ímprobo de su tarea—. Ningún enemigo de la patria quedará sin castigo.

Don Baltasar irrumpió en la conversación molesto por haber tenido que interrumpir el almuerzo ante el jaleo que llegaba de la plaza. Apareció justo cuando los montaban en la camioneta. Al verle llegar, el falangista Julián Pascua se cuadró un instante, dio un paso al frente y flexionó su pierna derecha en ademán de besarle la mano.

—¿Qué ocurre aquí? —interpeló don Baltasar sin prestarle atención.

—Páter, nos llevamos a estos hombres.

—¿Por qué motivo? —insistió ante la mirada de don Eloy y cuantos presenciaban la escena.

—Son comunistas.

—Eso no es cierto. Son mis feligreses y doy fe de que son hijos de Dios.

—Páter, aquí lo pone muy claro. —Le enseñó la orden de detención que momentos antes había mostrado al sargento de la Guardia Civil.

—No me importa lo que ponga ahí —dijo don Baltasar sin dirigir siquiera la mirada al papel que le ofrecía el muchacho—. De aquí no se llevan a nadie sin mi consentimiento. Tienen mi aval de buenos cristianos. Dígale usted a quien le mande que don Baltasar Tavera, cura párroco de Monleras, cuida de su rebaño y que no tiene ovejas descarriadas. Aquí no hay comunistas, sólo hijos del Señor. Si los hubiera, yo sería el primero en denunciarlos.

El joven falangista dobló la orden de detención, la metió en el bolsillo de pecho y ordenó a quienes lo acompañaban que subieran a la camioneta. Cerró la puerta y ordenó al conductor que arrancara.

—Espero que no se equivoque, páter, no sea que tengamos que volver también por usted.

Aun después de que se marcharan, a don Baltasar le temblaban las piernas y no atinaba a explicarse cómo de la boca de un hombre prudente como él había brotado ese caudal de palabras.

—Le ha echado usted dos cojones, don Baltasar, sí, señor. Llevará usted sotana, pero no hay ninguna duda de que se viste usted por los pies —le palmeó la espalda don Eloy, mientras Antonio, Domingo y Claudio le agradecían el gesto.

—Id a casa con vuestras mujeres, que ya ha pasado todo.

Cuando entró en su caserón no le quedaban ganas de terminar las sopas de pan que había dejado a medias.

—Me voy a echar un rato, Carmen, que tengo el cuerpo descompuesto —dijo a su hermana, que lo vio con el rostro tan blanco que no se atrevió a rechistarle.

Aurora lo abrazó envuelta en lágrimas nada más entrar en casa.

—Antonio, ¿qué va a ser de nosotros?

—Nada, mujer, nada. Todo ha sido un error —dijo dejándose hacer.

—¡Antonio! —escuchó que el sargento Moro gritaba su nombre desde la puerta.

—Pase usted, sargento.

—Con su permiso —se quitó el tricornio—. Tal vez sea conveniente que marche fuera del pueblo por unos días. Esos falangistas son cosa mala. Si regresan no le aseguro que vaya usted a tener tanta suerte, y yo no puedo nada contra ellos. Aquí todo el mundo sabe que usted simpatiza con los socialistas.

—Eso no es un delito.

—Puede que en este momento sí. Estos días se oyen cosas muy preocupantes. En Trabanca detuvieron al alcalde, ya sabe usted, el Matías, cuando estaba trillando. Le dijeron que los acompañara a Ledesma para hacerle unas preguntas. Su mujer, que quedó inquieta, salió tras él en la mula y se lo encontró a medio camino, en la cuneta y con dos tiros en la cabeza. Ahora dicen que era republicano, pero ¿quién no lo era hasta ahora? No son tiempos seguros, Antonio. Se lo digo por su bien, ahora, usted verá.

—¿Y Claudio y Dominguito?

—Nunca se han significado, pero nunca se sabe. A don Baltasar le ha salvado la sotana, que si es otro se lo llevan también por delante.

—Se lo agradezco, sargento. Tal vez tenga usted razón —le sorprendió aquel detalle de generosidad de un hombre con quien sólo había compartido gestos educados cuando se cruzaban por la calle.

La Guardia Civil era el brazo ejecutor en el campo salmantino de las órdenes del teniente coronel Rafael Santa Pau Ballester, que había emplazado a todos los labradores, los valientes patriotas, a secundar a la Benemérita en la tarea de reducir los pequeños focos extremistas, personalizados en los alcaldes que se habían negado a proclamar el estado de guerra e, incluso, habían retado a los alzados con la declaración de huelga general.

Los más enterados contaban que uno de ellos era el alcalde de Retortillo, Isaías Montero Egido, que había sido detenido con diez vecinos, y suerte que los guardias se anticiparon a los falangistas, mucho más expeditivos, que aplicaban una justicia inmediata y directa, ¿o acaso había dudas de su culpabilidad? Para qué perder entonces el tiempo y demorar una sentencia justa y purificadora. La que habían aplicado al farmacéutico de Ledesma, Raimundo García Bartolomé, que en la noche del día 18 tuvo la osadía de recorrer los pueblos colindantes a bordo de su coche llamando a los jornaleros a defender la legalidad republicana.

El mismo alcalde de Salamanca, catedrático de Anatomía y diputado a Cortes por Izquierda Republicana, Casto Prieto Carrasco, detenido el día 19, fue hallado muerto ocho días después en la cuneta de la carretera de Valladolid a la capital charra, a la altura del kilómetro 89, junto al también diputado salmantino José Andrés Manso. Un labrador de La Orbada encontró los cadáveres y los trasladó en su carro hasta el

cementerio para darles tierra. Su muerte la había explicado *La Gaceta Regional* como una «operación de limpieza» de la anti-España de los marxistas.

Antonio Rico había tenido ocasión de conocerlo en las fechas previas a las elecciones de febrero, cuando su primo José Martín, alcalde de Villarino, lo llevó a Monleras para que diera un mitin. De los 343 vecinos censados con derecho a voto tan sólo diecisiete acudieron a votar, y siete de ellos lo hicieron en blanco. La familia hizo de anfitriona y los vecinos empezaron a comentar que aquella pareja era, además de rara, izquierdista. Una distinción que ahora se demostraba extremadamente peligrosa.

Salamanca iba camino de convertirse en la retaguardia de los militares sublevados, alejada de los campos de batalla y lo bastante segura para ser la capital militar del nuevo régimen y cuartel general de Franco, a quien el obispo cedió el Palacio Episcopal para que lo convirtiera en su residencia.

XVII

Un coche negro precedía a la camioneta. Dos hombres descendieron del vehículo y desde ésta el joven imberbe con el pelo engominado que una semana antes se había marchado de vacío. Señaló con el dedo el edificio del ayuntamiento. Don Eloy se percató del alboroto y bajó raudo las escaleras para recibir a los inesperados visitantes.

—A las órdenes de ustedes, soy Eloy Vicente, el alcalde, para servirles en lo que manden.

—Parece ser que en este pueblo no hay rojos —le espetó uno de sus interlocutores.

Don Eloy no supo qué decir. La voz del falangista sonaba a amenaza. Hacía varias semanas que había recibido una instrucción del Gobierno Civil de Salamanca que no había contestado, confiado en que su silencio pasaría desapercibido.

«Intereso de esa alcaldía se sirva remitirme con carácter confidencial, a la mayor brevedad, una relación detallada, con nombres, apellidos y circunstancias personales, de todos los individuos destacados del marxismo residentes en ese término municipal que aprovechando los primeros momentos del actual Movimiento Patriótico Nacional lograron por algún procedimiento eludir su detención, indicándome si dicha detención se considera conveniente, como asimismo de los individuos que como resultado de lo actuado hasta la fecha se haya averiguado o comprobado su incompatibilidad con el nuevo Estado, ya por su ayuda o colaboración a los extinguidos partidos de izquierda o marxistas, aun cuando lo hubieran podido hacer de una manera emboscada o indirecta».

—¿Antonio Rico Martín, Domingo Recio Hernández y Claudio Martín Hernández son sus vecinos? —leyó sus nombres.

—Sí, señor.

—¿Y no sabe usted que son rojos?

—No, señor. —Se azoró—. Bueno, usted verá, cada uno en su casa... realmente... pues no sé, pero si usted lo dice, no tengo la menor duda de que será así.

—Bien, ¿y dónde los encontramos?

—Les acompaño, y si quieren doy parte al comandante de puesto de la Guardia Civil por si oponen resistencia.

—Hágalo.

Todo el mundo en Monleras sabía de las redadas de los falangistas por los pueblos de la comarca. Se presentaban de noche, sin previo aviso, y se llevaban a los vecinos que consideraban enemigos del nuevo régimen. La mayoría no regresaba a casa. Sus cadáveres aparecían días después en algún paraje próximo o en la cuneta de una carretera. El temor a ser las siguientes víctimas había hecho que muchos cabezas de familia optaran por dormir en el campo para evitar ser detenidos. Poco importaba que ninguno de ellos supiera nada de política. Bastaba un comentario, un detalle, la

imprudencia de un vecino para que cualquiera pasara a estar al otro lado de la ley.

Lo inusual de la hora, el mediodía, sorprendió a todos. Don Baltasar Tavera, el cura párroco, reconoció desde la puerta de la iglesia el gesto soberbio del muchacho al que días antes se había encarado para impedir que se llevaran detenidos a sus vecinos. Ni siquiera hizo amago de salir. Se persignó y fue a arrodillarse ante el Cristo gótico que presidía el altar. Lo que fuera a ocurrir no estaba de su mano evitarlo. El Señor, en su infinita misericordia, dispondría. Tampoco el sargento Moro puso impedimento.

Domingo, Dominguito, aseaba de malas hierbas una finca minúscula que había dejado en barbecho y Claudio segaba unas haces de cebada cuando les dieron el alto. Antonio Rico, les informó el sargento, estaba ausente y se desconocía su paradero. Sus mujeres salieron al encuentro, alertadas por las comadres que habían visto la comitiva camino del Carrascal. Suplicaron que no se los llevaran, mientras los niños lloraban tras sus madres.

—Dígaselo usted, don Eloy, que mi Domingo no se ha metido nunca en líos —rogaba su esposa al alcalde, que le negaba la mirada—. Pregunten a don Baltasar, él les dirá que somos buenos cristianos.

—Cállese o se viene también con nosotros —cortó molesto el falangista que demostraba mayor autoridad.

Al llegar a la plaza las dos mujeres corrieron en busca del sacerdote, que continuaba arrodillado, rezando.

—Lo que el Señor quiera será. Resignación, hijas, resignación —respondió a sus lamentos.

Cuando los dos vehículos se fueron, los obligados fedatarios de lo ocurrido volvieron a sus ocupaciones como si allí no hubiera pasado nada. Los vecinos seguían en sus casas.

—No tires para Ledesma, toma hacia Almendra —dijo el que estaba al mando al llegar al cruce de la carretera principal—. Llevamos mucha carga y con este calor conviene aligerar.

Los acompañantes rieron. Seis kilómetros los separaban del embalse. Claudio y Dominguito hicieron el trayecto en silencio, sin dirigirse siquiera la mirada.

Estacionaron en un camino de tierra, que a medida que se aproximaba al agua estaba lleno de guijarros. Algunas encinas y unos pocos olivos proporcionaban la escasa sombra del paraje bajo la que cobijarse.

—A ver, tú primero, baja del coche —ordenó a Claudio—. ¿Quieres beber un poco de agua?

Negó con la cabeza.

—Arrodíllate ahí —le dijo señalando la orilla.

—Señor, ¿qué va a hacer conmigo? Yo no he hecho nada —suplicó con las manos juntas, como si rezara—. Tengo mujer y cuatro hijos, señor. ¿Qué va a ser de ellos?

—Haberlo pensado antes —dijo sin un atisbo de piedad—. ¡Joder! Ahora va a resultar que estos rojos son todos unos mierdas.

—Señor, yo no soy rojo, yo no sé nada de política —imploró.

—¡Calla y arrodíllate!

Incapaz de moverse, tuvieron que ponerle de rodillas a la fuerza. Dejó caer los brazos y hundió la barbilla contra el pecho, en actitud sumisa, dando por perdida la batalla.

—Julián —llamó al imberbe, que se jactaba de su hazaña—. ¿No decías que querías matar a un rojo? Pues aquí tienes uno. —Y le extendió su pistola—. ¿Sabes manejar esto?

Asintió.

—Apunta bien, no se te vaya a escapar.

Cogió el arma con las dos manos, colocó la boca del cañón en la nuca y, sin titubeos, apretó el gatillo con ambos dedos índices. El disparo rompió el silencio del lugar.

—Joder, no te arrimes tanto, mira cómo te has puesto —le recriminó al ver que la sangre le había salpicado.

Se aproximó al cadáver.

—Ayudadme —ordenó a los otros—. ¡El muy cabrón pesa como un muerto!

Entre los tres balancearon el cuerpo para arrojarlo lo más lejos posible de la orilla.

Dominguito, que había presenciado la escena, aprovechó que sus captores no le prestaban atención, ocupados como estaban en mofarse de la mansedumbre de su víctima, para salir corriendo.

—¡Se escapa!

—Déjale, no va a llegar muy lejos —tranquilizó a sus compañeros el jefe del séquito.

Corrió como no lo había hecho nunca, y a cada poco volvía la cabeza para ver si le perseguían. El corazón le latía con fuerza por el esfuerzo y el miedo.

—Conduce con calma —dijo—. Que corra hasta que no pueda más.

En unos minutos se colocaron a su altura y le animaron a que perseverara en su huida a ninguna parte.

—Corre, que con un poco de suerte se nos acaba la gasolina y consigues escapar, porque con este calor no pienses que vamos a ir detrás de ti —le gritaba el conductor.

Cuando no pudo más se detuvo, y tras él el vehículo de los falangistas. El jefe puso pie en tierra.

—Te voy a escarmentar. —El odio le congestionaba el rostro, como si la persecución le hubiera agotado—. Traed la cuerda —ordenó.

Dominguito se dejó hacer. Amarraron un extremo al parachoques y con el otro le ataron por los tobillos.

—¡Arranca!

El coche se puso en marcha y al tirar de la cuerda lo derribó.

—¡Acelera!

Le arrastraron hasta que dejó de quejarse. Sólo entonces detuvieron la marcha. El que viajaba junto al conductor se bajó y sin mediar palabra le descerrajó un tiro en la cabeza.

—Hace un calor de la hostia —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Antonio Rico se había marchado a Ledesma días antes, como le había recomendado el sargento Moro. Cogió algo de ropa y tomó el coche de línea. El viaje le había salvado la vida. Cuando regresó, al cabo de varias semanas, se había convertido en un proscrito. Nadie quería aproximarse a un hombre que sabían señalado, por más que los falangistas hubiesen dejado de merodear por el pueblo.

Supo que se habían llevado a Claudio y a Dominguito y que ninguno había regresado. La mujer del primero vestía de riguroso luto, pese a que nadie le hubiera confirmado la muerte de su marido. Había ido a Ledesma en busca de noticias, y allí le habían negado no sólo que estuviese preso, sino que alguna vez hubiese sido detenido. La esposa de Dominguito había optado por marcharse con su recua a casa de sus padres en Mieza, un pueblecito en las arribes del río Duero que delimitaba la frontera con Portugal.

También él se sintió extraño, como si algo se hubiera quebrado en la convivencia. Los vecinos le negaban el saludo cuando se cruzaban por la calle. Bajaban la mirada al suelo o simulaban estar ocupados para evitar cruzar una palabra con él. Sólo Nemesio, el bodeguero, se detenía un instante cuando Antonio le preguntaba si sabía algo de su chico. «Nada», le contestaba invariablemente.

Del tablón de anuncios del concejo colgaba un llamamiento a los vecinos para que se afiliaran a Falange.

«Sabemos que muchos de los habitantes de Salamanca que simpatizan con nuestra causa, y que como nosotros desean su engrandecimiento, se hallan retraídos porque, según parece, creen que al pertenecer a Falange Española se les obliga a empuñar un fusil o una pistola. Nada de eso. Falange Española es un partido puramente nacional español, cuya única misión y cuyo único fin es el de engrandecer a nuestra patria. ¡Obreros españoles!, campesinos, industriales, empleados, todos debéis alistaros a Falange Española para, en un apretado haz, dar al mundo la sensación de que aquella España que nos legaron nuestros antepasados no ha muerto y volverá a asombrar al mundo. ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva España, grande e indivisible!».

—Antonio, tienes que entenderlo. Han pasado muchas cosas y la gente tiene miedo, tenemos miedo —se justificó don Eloy cuando acudió al consistorio en busca de ayuda.

—Usted sabe que yo no he hecho nada.

—Lo sé, Antonio, pero tampoco Dominguito y Claudio y ya ves lo que les ha ocurrido. Has de tener paciencia. Con el tiempo las cosas volverán a su ser. Mi

recomendación es que no le prestes atención a las habladurías de la gente.

—Qué remedio me queda —dijo resignado.

Don Eloy guardó silencio y Antonio se percató de su incomodidad.

—No te lo tomes a mal, ya sabes que no tengo nada contra ti ni tu familia, pero será mejor que por un tiempo interrumpamos nuestra relación comercial.

Le tendió la mano como si quisiera cerrar un trato.

—Sin rencor, Antonio.

XVIII

Sólo unas semanas bastaron para transformar Monleras. Vecinos de edad hasta entonces indiferentes a cualquier cuestión que pudiese ser tachada de política se paseaban ahora vestidos de falangistas, camisa azul con el haz y las flechas bordados en el pecho y gorrilla cuartelera de color azul marino y vivos rojos, como prueba de su segura adhesión a lo que todos llamaban el Glorioso Alzamiento Nacional. Habían viajado a Ledesma, e incluso a Salamanca, para comprar las prendas que les distinguían como hombres de ley. En la calle gritaban vivas a España con el brazo en alto, emulando lo que antes habían visto hacer a otros, y esperaban que el saludo les fuera devuelto como un eco. El pueblo era un enorme escenario donde cada vecino interpretaba un papel en el que muy pocos creían. Pura ficción con tal de evitar problemas o malentendidos.

Los niños acudían a la escuela con lo que había sido una camisa blanca teñida de añil. Cada día, concluidas las clases, doña Lucinda, la maestra, los formaba en fila de a dos, por edades, los mayores delante y los pequeños detrás, y los llevaba a misa en romería, rezando un padrenuestro por el camino. Había hecho virtud de su incuestionable religiosidad, ahora que muchos maestros de la provincia estaban siendo depurados, y algunos hasta fusilados, por defender el laicismo y como sospechosos de haber envenenado las conciencias de muchos jóvenes durante la República. Don Manuel Marcos, maestro del vecino pueblo de Almendra y conocido suyo, era uno de ellos, pero también había escuchado de casos similares en otros muchos de la comarca.

La Comisión Depuradora del Magisterio de Salamanca, dependiente del Gobierno Civil, había remitido a todos los alcaldes de la provincia una instrucción para que informaran de la conducta profesional, social, religiosa y política de los maestros de cada localidad y les exhortaba a que lo hicieran «con la mayor escrupulosidad y elevación de miras por tratarse de asunto de gran trascendencia para el porvenir de la patria, ajustándose a la más absoluta verdad y libres de todo prejuicio y presión». Todo el pueblo había acudido a la llamada de don Valentín, el alcalde, para dar fe pública en un documento municipal de la rectitud del proceder de doña Lucinda y don Valentín, que, pese a ello, no estaban tranquilos y hacían votos para despejar cualquier duda.

Dos veces por semana don Baltasar confesaba a los niños de sus pecados tras explicarles que para que el sacramento tuviera validez antes debían hacer acto de contrición y tener propósito de enmienda. Una palabra malsonante, no haber rezado las oraciones al acostarse, una pelea en la calle, tal vez haber desobedecido a los padres. Pecados veniales que él absolvía con dos salves y un avemaría que dejaban a los muchachos con el alma limpia. Los días que se sentía dicharachero les alertaba de los tres enemigos del hombre: el mundo, el demonio y la carne, pero ninguno de sus jóvenes feligreses entendía a qué se refería salvo cuando mentaba al demonio.

A los chicos mayores los cogía del hombro, caminaba con ellos hasta el altar y allí, ante la figura de Cristo crucificado, los animaba a dedicar su vida al Señor. Si se percataba de que sus prédicas surtían efecto, acudía a dar a sus padres la buena nueva del hallazgo de una nueva vocación, y de la conveniencia de mandar al chico al seminario de Salamanca.

—Este chico está alelado, padre, que se lo digo yo.

—No, María, es la llamada del Señor, que le ha tocado el corazón.

—¿Usted cree? No, si algo de lo que dice ya me parecía a mí, porque se pasa el día en la iglesia y casi ni ayuda al padre. Contento le tiene.

—María, sé que tu familia es temerosa de Dios. Jesús debe marchar al seminario para cimentar su vocación. En estos tiempos la iglesia necesita soldados de la fe. Allí recibirá una educación que aquí no le podéis dar y, además, es una boca menos que alimentar.

—Don Baltasar, ¿de verdad cree que mi hijo sirve para cura?

—No lo digo yo, ha sido Cristo quien lo ha elegido, y contra su voluntad nada podemos los hombres. Además, también debéis pensar en vosotros —continuaba ante la duda de María—. Los años se pasan volando y cuando menos lo esperéis, ni tú ni tu marido estaréis ya para trabajar en el campo. Y la edad son achaques y enfermedad, María, ¿y quién mejor que un sacerdote para cuidaros cuando ya no os valgáis vosotros solos?

El argumento terminó de convencerla.

—Pues que sea lo que el Señor quiera.

—Ya me ocupo yo de todo —decía con satisfacción—. Y a ti —se dirigía al muchacho, que había asistido a la conversación sin abrir la boca— te quiero mañana temprano en la iglesia.

Don Baltasar regresaba a casa emocionado y le contaba a su hermana la España cristiana que estaba ayudando a forjar. Hablaba de manera atropellada ante la indiferencia de Carmen, que no abandonaba la tarea que tuviera entre manos.

—Eres un buen pastor, Baltasar. Si los padres vivieran, estarían orgullosos de ti.

La conversación se prolongaba hasta que escuchaba la voz de alguna vecina que le reclamaba para tomarle confesión, una labor que encontraba mucho menos gratificante que su recién descubierto apostolado. Las beatas ocupaban temprano los primeros bancos y, arrodilladas, cubiertas las cabezas con velos negros, bisbiseaban sus oraciones. Nunca tuvo don Baltasar tan entregada feligresía, que atribuía al signo de los nuevos tiempos. Y no sólo la mañana era momento de oración. Algunas tardes, e incluso noches, cuando se escuchaba amortiguado el estruendo de los bombardeos y el horizonte se iluminaba de tenues fogonazos, la iglesia se llenaba de fieles para rezar bajo su admonición.

El señor alcalde, que veía cómo la vecindad prestaba más atención a sus obligaciones espirituales que a las de este mundo, había convocado a las fuerzas vivas para constituir la Guardia Cívico-Local siguiendo las instrucciones del sargento

Moro, que a su vez las había recibido desde Ledesma procedentes de Salamanca.

—Antonio, ¿por qué no se apunta? —le había preguntado el alcalde mostrándole el acta de la recién creada guardia—. No se trata de nada político, sino simplemente de mantener el orden en estos tiempos tan revueltos. Nunca está de más un gesto patriótico de este tipo —insistió en un guiño que pretendía de complicidad.

—Don Eloy, aquí nos conocemos todos y sabe que en el pueblo no hay ningún problema de orden. Además, para eso ya está la Guardia Civil. Déjelo estar, usted y yo sabemos que lo que me propone no va conmigo.

—Usted verá, Antonio, usted verá. Yo se lo digo como amigo, no como alcalde.

—Se lo agradezco y aprecio su gesto —recurrió a una frase hecha pese al desprecio que le merecían quienes se decían sus amigos sin serlo.

—Es usted uno de los mejores cazadores del pueblo. Su puntería tiene fama, Antonio —insistió, recalcando una vez más su nombre para dar a sus palabras un tono de confianza.

—Las armas las carga el diablo —zanjó con un tono que buscaba suavizar la rotundidad de sus palabras.

—En fin, no le insisto más, con usted es imposible.

Setenta y cuatro vecinos en total, de los que diecinueve declaraban que sabían «manejar el fusil», se habían sumado a la iniciativa del regidor. Don Eloy encabezaba una relación en la que no faltaba ninguna de las fuerzas vivas de pueblo.

«Los que suscribimos, vecinos de Monleras, mayores de edad, de nuestra espontánea y libre voluntad manifestamos: Que dadas las circunstancias por que atraviesa nuestra querida y amada patria con relación al orden público, nos sometemos y obligamos a la creación de una Guardia Cívico-Local a disposición de las autoridades para el sostenimiento del orden público y seguridades personales de los ciudadanos honrados y de orden, conjurándonos para la defensa individual y colectiva de la nación, localidad y personal».

El documento había sido colgado en el tablón de anuncios del consistorio para general conocimiento, pero nadie sabía a ciencia cierta cuál era su utilidad. Si acaso, patrullar por los caminos con la escopeta de caza colgada del hombro y vigilar por las noches las parvas para que no las quemara nadie. Fue tal el empeño puesto en la tarea por don Eloy que ante la sensación de que aquella iniciativa iba a tener escaso recorrido y ninguna trascendencia pública, promovió una cuestación «a favor del Ejército salvador de España» a la que podían contribuir todos los vecinos de bien. Él personalmente llevaría el importe recaudado a Salamanca para entregarlo a la Comisión Oficial encargada de centralizar todas las donaciones.

La iniciativa fue secundada con manifiesto entusiasmo por el señor cura y los maestros; el médico titular, don Felipe Romero, y Nemesio, sin el don, que tuvo que hacer un esfuerzo para no descolgarse de los prohombres del municipio, aunque, eso sí, su donativo de cinco pesetas quedó muy lejos de los cinco duros del resto.

—Dicen que don Baltasar ha dado veinticinco pesetas —comentó Aurora a su

marido para convencerle de la necesidad de hacer una pequeña aportación que no les significara aún más.

—Los habrá sacado del cepillo —elevó el tono Antonio—, porque desde luego ese dinero no ha salido del sudor de su frente. ¡Qué desvergüenza la suya!

—Podemos dar dos pesetas —sugirió en voz baja su mujer.

—La gente no tiene para comer, pero sí para dar su dinero al Ejército —insistía Antonio en su malhumor.

—No te hagas mala sangre. Esta tarde me encargo yo de llevar el dinero a don Eloy.

Asintió con pesadumbre, como quien se enfrenta a un imponderable.

A la cuestación siguió una suscripción para la compra de material de guerra, y en concreto de un avión que iba a recibir el nombre de *Avión Guardia-Cívica* por mor de quienes debían ser sus principales promotores. Don Eloy Vicente fue el primero en dar ejemplo con una aportación de setenta y cinco pesetas que nadie más fue capaz de igualar.

XIX

El paso de los días sin noticias de José les llenaba de zozobra y provocaba discusiones entre ellos. Antonio perdía los nervios y reprochaba a su mujer que le hubiera autorizado a alistarse como voluntario. Fue ella y no él, que no podía porque no era su padre natural, quien firmó el consentimiento para que ingresara voluntario en la carrera de las armas. Cuando terminaba de desahogarse comprendía lo injusto de su actitud y pedía perdón a Aurora, incapaz de contener el llanto.

—Padre, carta del hermano. —Toño, el hijo menor, entró en casa a la carrera. Nemesio le había entregado el sobre sepia cuando jugaba en la plaza, como en tantas otras ocasiones. La cara se les iluminó de repente. Si les escribía es que estaba bien, que no le había ocurrido nada.

Padres, espero que al recibo de la presente estén bien, yo bien gracias a Dios. Sé que habrán pasado mucha intranquilidad por todo lo ocurrido, pero me ha sido imposible escribirles antes. No me lo han permitido hasta ahora, y tampoco sé si podré hacerlo en un futuro.

Les pido que sean fuertes ante lo que voy a decirles. Estoy detenido y me juzgarán en breve por un delito de rebelión militar, aunque yo no he hecho otra cosa que cumplir con el juramento de fidelidad prestado a la República cuando ingresé en el Ejército. Tengo la conciencia tranquila porque sé que no he hecho nada malo, y espero que ustedes me comprendan y me apoyen pese al dolor que les estoy causando.

No sé nada de Manuel, aunque espero que esté bien. Si ha escrito a sus padres, tal vez ya estén ustedes al tanto de todo lo que les cuento.

Madre, sobre todo a usted, le ruego que no llore por mí, porque estoy bien pese a todo. No espero nada, y no quiero que ustedes se hagan ilusiones.

No tengo tiempo para escribirles más.

Su hijo, que les quiere con el alma,

José

Den muchos besos a mis hermanos, y sobre todo a Toño, que no se olvide de mí.

—Tengo que hablar con Nemesio —se levantó Antonio con la carta en la mano.

—¿Dónde vas? —dijo Aurora asustada por la amenaza que destilaban las palabras de su marido.

—Nemesio tiene que saber algo más. Su chico tiene que haberle escrito y no nos ha dicho nada.

Bajó la calle a la carrera hasta el portón de entrada de su casa.

—¡Nemesio! —gritó, e insistió al no recibir respuesta.

Al cabo de un rato lo vio dirigirse hacia él caminando sin prisa. Hacía tiempo que apenas cruzaban palabra.

—¿Tú estabas al tanto de esto? —le preguntó mostrándole la carta de José.

—¿Y qué es eso? —le respondió con menosprecio.

—La carta que acabas de dar a Toño en la plaza. —La agitó delante de su cara—. José dice que está detenido y que no sabe nada de tu chico, que cree que él está bien y que os ha escrito contándoos lo que les ha pasado.

—A Manuel no le ha pasado nada.

—¿Por qué no me has avisado antes de que José estaba detenido si lo sabías?

—Mira, Antonio, no quiero ni que tú ni que tu hijo comprometáis a mi familia.

¿No te dice José por qué está detenido?

—¿Lo sabes tú?

—Por traidor a la patria.

—Eso es mentira.

—Por negarse a apoyar el alzamiento —insistió por si le quedaba alguna duda.

—Nuestros chicos son buenos amigos.

—Eran buenos amigos. Ahora ni él ni yo ni mi familia queremos saber nada de vosotros. Más vale que te cuides si no quieres terminar como tu hijo —dijo alzando la voz al tiempo que cerraba el portillo para dar por terminada la conversación.

Antonio no supo qué responder y regresó a casa pensando qué hacer. Le esperaba Aurora, que se tapaba la boca con las manos, mientras Balbina y Toño la miraban asustados.

—Tenemos que ir a El Gejo. Allí viven los padres de Francisco Vicente —le dijo a su mujer con el ánimo de quien acaba de descubrir la solución a un problema—. El abogado que está en Ceuta —continuó al percatarse de que Aurora no sabía a quién se refería—. Es posible que desde allí pueda echarnos una mano. Son buena gente y seguro que nos ponen en contacto con su hijo. Después hay que ir a Salamanca para ver si nos enteramos de algo más.

Aurora no musitaba palabra, aunque asentía a cada una de las que decía su marido. Balbina callaba y Toño estaba a punto de llorar porque había sido él quien había llevado a casa la carta que tanto había alterado a sus padres.

Pronto se corrió la voz de que el hijo de Antonio estaba preso en Ceuta, y cada cual interpretó a su manera los motivos de su encierro.

—De tal palo tal astilla. Su padre es un socialista y el hijo será lo mismo, a saber lo que ha hecho —simulaba una comadre hablar en voz baja, pero con el tono de voz necesario para que se le escuchara.

—Yo ya os dije que no me parecía buena gente. Una hembra que se casa con el hermano de su marido no es una mujer decente, y qué se puede esperar de una casa así —corroboraba otra.

—Pues al hijo del bodeguero no le ha pasado nada y está en el mismo cuartel que el chico de la Aurora —añadía una tercera, que interrumpía por un instante la labor de ganchillo para que le prestaran atención.

—Si está detenido, por algo será, porque a nadie le cogen preso por nada —sentenciaba por fin una más que no había tenido ocasión de decir nada.

—Contra lo que esté de pasar no se puede hacer nada.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Y continuaban afanadas con sus agujas, murmurando sus rezos, sentadas en los poyos aún calientes por el intenso calor de la tarde, a resguardo bajo las primeras sombras del sol al ocultarse.

XX

La vista desde el monte Hacho era imponente. La mirada al frente descubría los perfiles de la ciudad, que se estrechaba según se aproximaba a las Murallas Reales y volvía a ensancharse en el Campo Exterior. A la derecha, Gibraltar y las aguas del Estrecho, a la izquierda, la costa marroquí. Si le daba la espalda a aquella visión, se encontraba con la enormidad del mar y, en días claros, con la silueta difusa de la costa malagueña.

La prisión militar estaba en la parte central de las diez hectáreas de superficie que ocupaba la fortaleza en la cima del monte. Una posición inexpugnable, rodeada de enormes murallas en escarpa que se encontraban en seis baluartes con artillería antiaérea y de costa para defender sus flancos, desde la que se dominaba el horizonte en un radio de trescientos sesenta grados. Sus únicos accesos eran la Puerta Ceuta, que miraba a la ciudad y, en el otro extremo, la Puerta Málaga, que apuntaba a la Península y desde la que en las noches se apreciaba el potente reverbero del faro.

La prisión tenía forma rectangular y se dividía en cuatro galerías que desembocaban en un patio central. Cada celda, de unos cuarenta metros cuadrados, paredes mugrientas y suelo de cemento, daba cobijo a medio centenar de hombres que se repartían las escasas colchonetas de paja y crin. La única iluminación era la luz que se filtraba a través de dos ventanas con rejas situadas en lo alto de una de las paredes. La puerta, de madera maciza, tenía una mirilla con barrotes por la que se asomaban los guardianes.

José aprendió pronto la rutina de aquel lugar. Por las mañanas, el toque de diana anunciaba el inicio de un día interminable. Cuando oían descorrer el cerrojo interrumpían lo que estuvieran haciendo, se colocaban en formación de a tres, en posición de firmes, y guardaban silencio. Un sargento legionario, al que apodaban el Guarrero porque había cuidado cerdos en la granja del cuartel de Dar Riffien, era el responsable de la custodia de los presos de esa ala del recinto. La camisa desabotonada hasta la mitad del pecho, que dejaba al descubierto un vello negro y espeso que le ascendía hasta la garganta; los brazos exageradamente largos, que llegaban hasta las rodillas; una cabeza enorme, que el chapiri^[16] no abarcaba, y el cuerpo encorvado le daban el aspecto intimidante de un simio.

La primera vez que José desvió la mirada del frente y se encontró con la suya le arreó un bofetón que le hizo trastabillar.

—¿Qué cojones miras? ¿No te han dicho que a mí no me mira nadie a la cara?

—No —contestó cuando recuperó la posición mirando la pared de enfrente.

Sin esperarlo le golpeó con el vergajo en el costado y le hizo doblarse por el dolor.

—No, mi sargento, o ¿es que de pronto has dejado de reconocer a un superior?

Cada día elegía a un preso para descargar su inquina, o arremetía indistintamente

contra quienes tenía más cerca. Golpeaba con saña hasta que la respiración se le entrecortaba por el esfuerzo y paraba para recuperar el resuello. Cualquier excusa le servía para justificar su brutalidad: no haber formado con la debida diligencia, un botón mal abrochado o demostrar una actitud poco marcial para su gusto.

—¡A ver, los que llegaron anoche y tengan que curarse! —gritó.

Dos muchachos levantaron tímidamente la mano y a la orden se despojaron de sus camisas. Tenían la espalda llena de heridas, que el soldado que acompañaba al sargento comenzó a frotar con un trozo de tela anudada a un palo que mojaba en el líquido rojizo de un bote. Yodo.

—¡En grupos de a diez para el aseo! —volvió a alzar la voz.

Aquel paseo de apenas unos minutos servía para desentumecer las piernas y respirar el aire de la mañana según atravesaban el patio en dirección a una de sus esquinas, donde una puerta más estrecha de lo normal franqueaba el paso a una dependencia de reducidas dimensiones y muy sucia. En un lado, tres compartimentos sin puertas y un agujero en el suelo hacían de retretes. Frente a ellos, dos pilas de cemento, sobre las que caía un hilo de agua que amenazaba con agotarse en cualquier momento, servían como lavabos. Se quitaban las camisas y, por turnos, metían la cabeza en el agua turbia mientras otros hacían sus necesidades. José procuraba aguantar hasta ese momento para aliviar el vientre y no tener que utilizar la lata que empleaban como evacuatorio en la celda, que al final del día rebosaba de excrementos y hacía el aire irrespirable. De regreso a la celda, el desayuno: un poco de café aguado y un chusco. Los guardianes elegían entonces a una decena de presos de cada celda para los trabajos de fortificación de las baterías que apuntaban al Estrecho, mientras el resto permanecía encerrado en jornadas sin fin.

José no podía dejar de pensar en Miguel y se repetía, sin demasiada convicción, que el hecho de que no hubiera vuelto a verlo desde que los detuvieron no significaba por fuerza que le hubieran matado. Tal vez estuviese preso en otro lugar, o incluso libre. El comandante prometió delante de todos perdonar a quienes confesaran su implicación en el complot, y él fue el primero en dar un paso al frente para reconocer su culpa. Sólo el paso de los días iba diluyendo su preocupación.

Manuel no había querido saber nada de sus planes y eso le habría salvado con toda seguridad, se decía, aunque en ocasiones le asaltaba la duda y temía que algún soldado hubiese ido a los mandos con el cuento de su amistad. ¡Si hasta eran del mismo pueblo!, comenzaba a cavilar poniéndose en la cabeza del sargento Maules o del capitán Mateo, y le inquietaba que el azar le hubiera jugado una mala pasada. Había hecho guardia en la Puerta Ceuta en más de una ocasión, y José confiaba en que ese hecho hasta entonces irrelevante facilitara su reencuentro. Sería la prueba de que se encontraba bien y le confirmaría que había puesto a sus padres al tanto de lo ocurrido y de su situación. Durante días buscó su cara en los rostros de los soldados de la guardia, hasta que dejó de obsesionarse con ello. «Cuando menos lo espere me encontraré con él», se dijo.

Sin Miguel ni Manuel, el encierro estrechó su amistad con Pedro Veintemillas, y las charlas políticas dieron paso a otras más personales. José le habló de sus padres y hermanos, de su escaso interés por las labores del campo, y de cómo había abrazado la carrera militar tras haber fantaseado con ser periodista en *El Adelanto*. Pedro, seis años mayor, era zapatero y natural de Acedo, una pequeña localidad Navarra, y también había ingresado voluntario en el Ejército, en su caso en el regimiento de infantería La Constitución 29 de Pamplona.

Una de aquellas tardes de confesiones mutuas, Veintemillas creyó llegado el momento de contar a su compañero algo que nunca hasta ese momento había relatado a nadie. A los pocos meses de su incorporación a filas formó parte de la columna del general de brigada Domingo Gallego Ramos —y hacía hincapié en el nombre y los dos apellidos para dejar claro que recordaba con detalle lo ocurrido—, quien reprimió la sublevación del capitán Fermín Galán, que se había alzado en armas contra la monarquía y proclamado la República en la localidad oscense en diciembre de 1930. Aseguraba, eso sí, que no disparó ni un solo tiro, y que si le hubieran ordenado abrir fuego contra la población, no lo habría hecho, pero no dejaba de pensar que aquello había sido una felonía por su parte. Dos años después se reenganchó y pidió ser destinado a África. «Cuando me dijiste que teníamos que hacer algo, no lo dudé ni un momento —le aseguró—. Es más, te confieso que pensé que era la ocasión de demostrarme que no soy un canalla».

Sin contar los suboficiales, la custodia de los presos estaba al cargo de soldados de distintos acuartelamientos de la ciudad que se relevaban periódicamente. José y Pedro reconocieron a algunos de ellos como compañeros del batallón, que los ignoraban para que no les relacionaran con ellos, aunque en la mayoría de los casos apenas recordaban haber cruzado con ellos el típico saludo de quienes se ven la cara cada día, o tal vez hubiesen compartido la espontánea solidaridad que surgía en las refriegas tabernarias en las que se veía implicado algún soldado de cuartel. En esas ocasiones daba lo mismo quién tuviera razón. Era una pelea de cazadores contra legionarios, regulares o artilleros, y todos tenían claro de qué lado estaban. Hoy por ti, mañana por mí.

Félix era el único guardián con quien José tenía algún trato, más producto de su paisanaje que de su afinidad. Era natural de La Tala, un pueblo del que nunca había oído hablar —claro que tampoco él sabía de la existencia de Monleras—, y que no supo ubicar hasta que le dijo que pertenecía al partido judicial de Alba de Tormes. Gracias a él estaban al tanto de las novedades que se producían en la ciudad. El teniente coronel Yagüe pronunciaba a diario una alocución radiada en la que lanzaba soflamas sobre la inminente toma de Madrid por las tropas alzadas en la Península, y advertía de graves sanciones a los comerciantes que no mantuvieran abiertos sus establecimientos hasta las ocho de la tarde como síntoma de normalidad. A partir de esa hora se apagaba el alumbrado público y nadie que no estuviese autorizado podía

andar por la calle. La oscuridad era también obligada en las casas.

—Ni siquiera funcionan los cines —se quejaba—, aunque la otra tarde los comerciantes nos obsequiaron con bocadillos, cerveza y gaseosas.

—Félix, ¿tú me conseguirías un cuaderno? —le preguntó cuando la conversación se había distendido y su paisano apenas prestaba ya atención a la presencia en las proximidades de algún suboficial.

La pregunta le hizo dar un respingo, como si le hubiera hecho partícipe de un secreto cuyo conocimiento suponía correr un enorme peligro.

—¿Un cuaderno? —dijo en voz baja—. ¿Para qué quieres un cuaderno?

—Pues para escribir, para qué va a ser.

—¿Y para qué quieres escribir? —inquirió preocupado por si tras la petición se escondía algo que pudiera comprometerlo.

—Porque no tengo otra cosa mejor que hacer.

—No sé —meditó en qué falta podría incurrir y demoró la respuesta—. Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada. Bastante me arriesgo ya con hablar con vosotros como para que ahora empecéis a pedirme cosas.

—Si no quieres lo entiendo —le justificó José para restarle importancia a su petición.

XXI

Les despertó el ruido atronador de varias explosiones simultáneas. Hacía cuatro días que un barco republicano, el *Sánchez Barcaiztegui*, les dijo Félix, abrió fuego contra la ciudad, aunque fueron unos pocos cañonazos sin apenas consecuencias. Ahora era una sucesión de disparos con munición de grueso calibre la que silbaba en el cielo como preludio de unas explosiones que cada vez sonaban más próximas. Dedujeron que en esta ocasión no era uno, sino varios, los barcos atacantes. No se equivocaban, el *Jaime I*, el *Libertad* y el *Cervantes* acababan de iniciar una ofensiva que se prolongaría por espacio de cuatro horas, con pequeños intervalos de descanso.

La sirena situada en las inmediaciones del faro comenzó a sonar para alertar a la población casi al mismo tiempo que se iniciaba el ataque. El ruido continuo advertía de la presencia de aviones o barcos republicanos, «barcos piratas», como los llamaba Yagüe en sus discursos radiofónicos. El sonido sincopado significaba el fin del ataque y los ciudadanos que habían abandonado sus domicilios podían regresar a ellos.

—Ése ha sido un cañón de 305 milímetros, y los disparos que han sonado a continuación son de piezas de 152 milímetros —dijo Veintemillas, que con una tabla y unas tiras de tela de una camisa se había hecho un cabestrillo con el que mantenía su mano derecha inmovilizada. El color amoratado, que superaba la muñeca y ascendía por el antebrazo, sobrecogía cada vez que deshacía el vendaje para anudarlo con más fuerza. Era incapaz de mover los dedos, ni siquiera los sentía, aunque el dolor había desaparecido casi por completo.

—Están disparando desde una distancia de doce a dieciocho mil metros —añadió—. Es imposible que la artillería de la fortaleza les alcance.

Desde la celda escuchaban el movimiento de las tropas y la respuesta de las baterías, y se instaló en ellos la esperanza de que el golpe estuviese a punto de fracasar, de que los rebeldes no hubiesen podido trasladar las tropas a la Península y sus barcos estuviesen bloqueados o hundidos en el puerto. De ser así, el desembarco de las tropas leales sería inminente y pondría fin a la asonada. La alegría por la imaginada pronta liberación se mezclaba con la inquietud por su suerte. Tal vez no ocurriera nada, o tal vez sus guardianes los asesinaran antes de huir.

Contaron medio centenar de detonaciones hasta escuchar con nitidez el proyectil al acercarse. El impacto contra la fortaleza hizo retumbar el suelo y las paredes. Había hecho blanco. Las voces en el exterior se convirtieron en gritos. Mantuvieron el silencio a la espera de nuevas explosiones. Dos más alcanzaron su objetivo, y después el silencio.

A la mañana siguiente, Félix se presentó en la celda como un fantasma.

—José, esto lo hago porque eres paisano, pero no vuelvas a pedirme nada más porque me pones en un compromiso —dijo mientras le extendía un cuaderno con tapas de cartón negro y un lápiz sin dejar de mirar alrededor por si alguien le veía.

—Gracias —mostró su sorpresa al recibir el inesperado regalo unos días después de que se lo hubiera pedido.

—Guardaos porque después de lo de ayer las cosas no van precisamente a mejorar para vosotros. —Félix hablaba de prisa para acabar cuanto antes—. Un proyectil alcanzó de lleno el cuerpo de guardia y mató a diez soldados; otro más destruyó una torre y un tercero ha hecho un enorme socavón en mitad de la fortaleza.

José no tuvo tiempo de pedirle explicaciones. Como había llegado, desapareció pasillo adelante.

Abrió el cuaderno con mimo, como si pretendiera demorar el hallazgo de un tesoro escondido entre sus páginas. Lo olió como hacía antes de empezar a leer un libro. Cada uno tenía un aroma distinto. Los nuevos desprendían una fragancia a papel limpio, apenas manoseado, casi imperceptible. Los usados olían a madera seca, y los más viejos, a rancio.

Lo cerró y volvió a abrirlo por la primera página. Deslizó la mano izquierda sobre ella para sentir su textura y comenzó a escribir.

No sé para quién escribo. Ni siquiera sé si escribo para alguien.

XXII

El Guarrero entró enfurecido en la celda. No habían tenido tiempo de formar desde que escucharon descorrer el cerrojo y ya estaba dentro con el vergajo en la mano. Se detuvo, recorrió con la mirada a los presentes y descargó el primer golpe contra la cabeza de uno de ellos, que se desplomó sin sentido. Arrinconó a dos más y comenzó a golpearlos con saña mientras intentaban cubrirse con las manos y se dejaban caer deslizándose por la pared.

—¡Hijos de puta, voy a acabar con todos vosotros! —gritaba sin dejar de cimbrear la porra.

Jadeante por el esfuerzo, tocó a José en el hombro, y tras él a otro, y a otro, y a uno más.

—Hoy hay trabajo para vosotros.

Era la primera ocasión en que el sargento le elegía para las tareas de fortificación del recinto. Caminaron un centenar de metros en dirección a la Puerta Málaga, que mostraba los destrozos causados por el bombardeo de hacía unos días, a un terrizo en el que se había comenzado a abrir una zanja de un metro de anchura y otro de profundidad. Repartieron picos y palas, y mientras los primeros cavaban, los segundos recogían la tierra y la metían en sacos que otros debían cargar a hombros hasta los fortines en los que estaban instaladas las baterías de cañones. En pocos minutos se estableció una cadena sin descanso, en la que la peor parte la llevaban los encargados del transporte. Caminaban en fila de a uno, separados entre sí por una distancia de tres metros que debían respetar a rajatabla.

—Paso ligero —ordenaba el sargento, y los soldados que encañonaban a los presos hacían por aguantarse las risas al ver los rostros desencajados por el esfuerzo.

—Usted es Parrado —reconoció José al hombre que intentaba recuperar el aliento mientras le llenaba el saco.

Levantó la mirada, pero no dijo nada.

—Antonio Parrado, el sindicalista. ¿No se acuerda de mí?

Movió la cabeza para negar, sin mostrar ningún interés por su interlocutor.

—Nos vimos en un callejón del barrio del Sarchal el día del alzamiento. Usted se escondía y yo le dije que había militares que no estábamos de acuerdo con lo que estaba ocurriendo.

Un gesto apenas perceptible le dio a entender que le recordaba.

Evitó apurar el saco para aligerarlo en algunos kilos y le ayudó a colocarlo sobre su espalda. Caminaba arrastrando los pies y la persona que le precedía le pisaba los talones. José pensó que no podría repetir un nuevo recorrido, pero lo hizo.

—Mire de hacer llegar esta carta a mi familia —le extendió un trozo de papel doblado, y su voz le sonó extraña, nada que ver con el tono enardecido de los mítines—. Me van a matar y quiero despedirme de ellos.

Incapaz de negarle nada a un hombre que ya parecía un moribundo, tomó el papel

y según se agachaba para coger otra palada de arena lo escondió en uno de sus zapatos. Le invadió una sensación de angustia porque no sabía cómo iba a conseguir que la carta llegara a su destinatario.

Parrado reemprendió la marcha con un nuevo saco a sus espaldas. No había recorrido veinte metros cuando se desplomó. El sargento acudió presto y le ordenó que se levantara si no quería que lo matara allí mismo. Ni siquiera hizo ademán de intentarlo. El guardián comenzó a descargar sobre él toda suerte de golpes y patadas que no surtieron efecto.

—Llévenselo —ordenó a los soldados que habían asistido indiferentes al castigo.

Regresaron a las celdas al cabo de cuatro horas de trabajo ininterrumpido. Esa noche, mientras todos dormían, desdobló el papel que aquel hombre le había confiado, y lo leyó.

Hacho, a 23 de octubre de 1936

Mi queridísima Laura, te escribo esta carta al día siguiente de haberse celebrado mi consejo de guerra para que te sea entregada después de que yo haya sido ejecutado, pues supongo que así será, ya que el fiscal me pedía dos penas de muerte. ¿Qué podría yo decirte, Laura, mujer buena, de mi fatal destino? Yo sé que tú me crees: no soy culpable de los delitos de que me han acusado. Sin embargo... No es mi vida lo que más me ha importado en mis horas de meditación y sufrimiento, sino tú, mis hijitos —los tuyos— de mi corazón y mis padres y hermanos; en fin, todos los que por mí sufrís. Pero en esta tragedia te tengo presente a ti, Laura, como mi más leal compañera de penas y fatigas. ¡Has sido tan buena conmigo! Ahora lo aprecio aún con más calor y emoción.

A Aristito y Laurita, no necesito decírtelo siquiera, sabrás tú enseñarles que yo fui bueno, que su padre les quiso como quieren los corazones nobles. Me voy con el dolor profundo, lacerante, de pensar en el porvenir negro que te dejo, sin tener nada que ofrecerte para que vivas con nuestros hijos exenta de privaciones. Te pido que no vayas a poner luto a Aristo. Todo lo contrario: que su ropita sea alegre, para que no tenga aspecto triste. Lo que más me duele es no poderme despedir de ti con un abrazo fuerte. Pero tranquilízate y ten valor. No vayas a decaer. Nuestros hijos te necesitan más que nunca. Hazlo por ellos y por mi recuerdo. Tengo una fotografía tuya y te tengo presente. Moriré con ella apretada, con el pensamiento puesto en ti. Recibe tú mis últimos abrazos y mi íntimo aliento, que van hacia ti como mereces. Mi hermano, que es bueno y noble, hará por mis hijos todo lo que se merecen.

En el reverso figuraba una dirección que supuso sería su domicilio. Dobló la carta y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Sintió admiración por la dignidad con que Parrado se enfrentaba a la muerte y recordó aquella mañana de domingo en el teatro Cervantes abarrotado de gente, y ese hombre pequeño del que brotaba un torrente de voz. Chaqueta abrochada, corbata perfectamente anudada, pañuelo blanco asomándole en el bolsillo de pecho y un porte al mismo tiempo humilde y orgulloso de serlo, que encajaba a la perfección con el mensaje que transmitía a los trabajadores.

Parrado era uno más de las decenas de políticos y sindicalistas que habían empezado a llegar a la prisión del monte Hacho. En su caso, tras una rocambolesca huida a la que puso fin una delación. La misma noche del alzamiento, cuando regresaba a su domicilio desde la Casa del Pueblo, donde se había reunido con otros compañeros para ver la manera de hacer frente a los golpistas, descubrió que la ciudad estaba ya tomada y decidió escapar. Buscó refugio en casa de sus cuñados, en la calle Canalejas, donde pensó que a nadie se le ocurriría buscarlo, pero al cabo de los días los registros que tenían lugar en las barriadas obreras le convencieron de que

tenía que marcharse para no comprometerlos.

Clotilde, una de las hermanas de su mujer, le sugirió que se escondiera en la tienda de comestibles que tenía en la playa Benítez, junto a la antigua fábrica de curtidos, aunque para llegar hasta allí debía atravesar toda la ciudad, y al tratarse de una persona muy conocida lo más seguro es que no lo lograra y fuera detenido tan pronto como saliera a la calle. Entre todos convinieron que se disfrazara de anciana para pasar desapercibido y, aunque sin demasiada convicción, fue así como logró llegar hasta su escondite. Durante días su cuñada le llevó comida y medicinas para tratar los fuertes dolores de oído que sufría, hasta que un vecino a quien llamó la atención las precauciones que tomaba la mujer comunicó a la Guardia Civil sus sospechas de que en aquel local se escondían huidos.

Lo detuvieron el 12 de septiembre y durante seis días permaneció en los calabozos de la comisaría sometido a duros interrogatorios antes de ser trasladado a la fortaleza. También su cuñada Clotilde y su mujer, Laura, fueron encarceladas en la prisión del Sarchal acusadas de encubrimiento.

El desasosiego que le había provocado la lectura de la carta apenas le dejó dormir.

XXIII

Queridos padres y hermanos, espero que al recibo de ésta os encontréis bien, yo bien, gracias a Dios.

Había pasado un mes desde que recibieron la primera carta de José. En ese tiempo le habían dirigido a la dirección que figuraba en el remite tres que no habían tenido respuesta. No sabían qué pensar, y aunque a Antonio se le pasó por la cabeza viajar hasta Ceuta, tuvo que desechar la idea porque era necesario un salvoconducto que no podía solicitar por miedo a ser detenido. Aurora se consumía en su desesperación y apenas salía de casa, y Antonio ocupaba la mayor parte del día en el campo, ocupado en tareas que nunca antes le habían interesado. En el huerto de la Naveta y en Piedratinta, la mejor de sus tierras, que disponía de un pozo que las hacía especialmente fértiles en aquel sequedal. Allí pasaba las horas muertas. Rozaba de zarzas los caminos o se afanaba levantando paredes con piedras para entretener la cabeza. Apenas se hablaban. Habían levantado un muro de resentimiento que ninguno acertaba a explicar. Aurora reprochaba a su marido que estuviera todo el día fuera de casa y no le prestara atención, y Antonio recriminaba a su mujer que no atendiera a los hijos como era su deber; y en el cruce de acusaciones desahogaban su impotencia.

Volvió a leer el encabezamiento:

Queridos padres y hermanos, espero que al recibo de ésta os encontréis bien, yo bien, gracias a Dios.

He recibido sus tres cartas, pero hasta hoy no nos han permitido escribir a nuestras familias, y estoy tan nervioso que me tiembla la mano y no atino a coger el lápiz, de manera que me van a tener que perdonar si la letra no es tan clara como quisiera. Estoy bien. Puede creerme madre. Aquí nos tratan correctamente. Hay poco trabajo y nos dan bien de comer, así que he ganado un poco de peso, aunque los días se hacen eternos.

Aún no sé cuándo me juzgarán, pero espero sea pronto. Hace unos días vino a verme don Francisco Vicente. No me acordaba de él, hasta que me dijo que era de El Gejo de los Reyes y buen amigo de padre, y que iba a ver de echarme una mano. No saben cómo me animó.

No quiero preocuparles, pero les supongo al tanto de lo que está ocurriendo. Cada día nos hablan de la inminente caída de Madrid y con ello del final de la guerra, y me temo que sea verdad. Aquí, desde luego, cada día somos más presos, y no sólo militares, también civiles. He conocido a personas a las que no habría tenido ocasión de tratar en otras circunstancias. Personas buenas que con su entereza y fortaleza de ánimo me están ayudando a sobrellevar mi cautiverio.

Yo me siento fuerte y les pido a ustedes que también lo sean. Me dice, madre, que tenga paciencia, y créame que la tengo; y yo le pido a usted que no desfallezca. Padre, cuide de ella para que no enferme. Me alegro de que mis hermanos estén bien, y díganle a Toño que no esté triste, que pienso cada día en él.

Se me olvidaba preguntarles si saben algo de Manuel. No me dicen nada en sus cartas y yo tampoco he tenido noticias suyas.

No dejen de escribirme, que yo les contestaré siempre que pueda. Reciban un millón de besos de este su hijo, que les quiere.

JOSÉ

La carta estaba fechada el 7 de septiembre, hacía casi dos semanas.

Las campanas de la iglesia comenzaron a repiquetear de manera repentina, como ocurría desde hacía semanas para avisar de cada victoria de las tropas nacionales en su cruzada por la evangelización de España. Tañían durante minutos para que quienes

se encontraban en el campo supieran que el final de la guerra estaba más cerca; que el heroísmo de Franco salvador del que daba cuenta la prensa se imponía a la vesania del comunismo asesino. Algunos dejaban la labor y acudían hasta la plaza, más por obligación que por interés, para que don Baltasar Tavera y don Eloy Vicente, que no quería que el señor párroco le arrebatara la autoridad en asuntos que eran de este mundo, les pusieran al tanto de las novedades. Cuando consideraban que el auditorio era representativo, don Baltasar tomaba la palabra para dar gracias a Dios por aquella nueva victoria y cedía el protagonismo a don Eloy. A él le correspondía informar de la última hazaña de que habían tenido noticia.

—Queridos vecinos, es para mí una satisfacción informaros del avance imparable de nuestras tropas, en las que cumplen servicio varios hijos del pueblo, para liberar al país de la tiranía del comunismo —dijo a modo de introducción, y esperó el aplauso de los presentes.

Cuando lo hubo conseguido, extendió los brazos hacia delante, con las palmas de la mano mirando al suelo, y con un movimiento corto, arriba y abajo, reclamó silencio.

—¡El Alcázar de Toledo ha sido liberado! —gritó para anunciar la buena nueva, y los vecinos irrumpieron en vivas aunque desconocían lo que aquello significaba.

Don Eloy los ilustró con el relato que había escuchado en la radio. El asedio ininterrumpido de las tropas rojas desde el 22 de julio y la heroica resistencia durante dos meses de los soldados y sus familias en el interior del cuartel hasta su rescate por el general José Enrique Varela.

—¡Sin novedad en el Alcázar, mi general! —concluyó don Eloy el relato de la epopeya, reproduciendo el saludo militar que el coronel José Moscardó ofreció a su libertador.

Antonio y Aurora permanecieron encerrados en casa, aguardando que alguno de los asistentes, de regreso a sus tareas, aporreara la puerta y los maldijera por tener un hijo comunista. Nemesio se había encargado de propagar la detención de José por haberse opuesto al alzamiento y el ascenso a cabo de su hijo Manuel por méritos de guerra contraídos en la defensa de la patria. Cara y cruz con la que pretendía deshacer cualquier sombra de duda por la amistad que ambos jóvenes tuvieron en otro tiempo. Cada uno había tomado su camino en el momento decisivo en que se forja la hombría de bien, recalca cuando alguien le preguntaba por su vástago.

Los más airados no se conformaban con retirarles el saludo y les dirigían miradas reprobatorias cada vez que se cruzaban con ellos por la calle. Nadie compraba ya en su comercio por miedo al qué dirán, y hasta quienes en otro tiempo fueron sus amigos les rehuían. Toño regresaba del colegio llorando porque el maestro le había castigado o sus compañeros se mofaban de él llamándole «rojo» y «comunista» sin que ni ellos ni él supieran lo que querían decir aquellas palabras, que suponían de una enorme trascendencia. Las habían escuchado en casa y se limitaban a reproducirlas, y el solo

hecho de verlo llorar, acobardado, les daba la fortaleza de pertenecer a un clan en el que se sentían fuertes.

—No sabes cantar el *Cara al sol* —le gritaba la hija pequeña de Nemesio, con quien hasta hacía sólo unos meses había compartido juegos en la plaza.

—Sí que sé —se defendía Toño.

—No sabes.

—Sí que sé.

—A ver, cántalo. Si te lo sabes, seré otra vez tu amiga.

Callaba por un instante para concentrarse y empezaba a entonar la canción que la señora maestra les había enseñado y él era incapaz de memorizar.

—Cara al Sol con la camisa nueva, que tú bordaste en rojo ayer... —se atrancaba y hacía esfuerzos para recordar la siguiente estrofa.

—¿Lo ves como no la sabes? —se burlaba, y arrancaba a cantar a un tiempo—, que tú bordaste rojo ayer, me hallará la muerte si me lleega, y no te vuelvo a ver —concluyó el párrafo que su amigo no recordaba—. Eres un rojo y un comunista, como tu hermano José.

Toño volvía a casa llorando y su madre sabía que nada podía consolarle. Entonces lo abrazaba y esperaba así a que se le pasara el hipo.

Ese día, como siempre que las campanas repiqueteaban a deshora, volvieron a golpear la puerta con rabia.

—¡Comunistas!, pronto os llegará la hora —escucharon una voz que se alzaba sobre el murmullo.

—¿Ése no es Martín? —preguntó Antonio a su mujer.

—Creo que sí.

—Vamos a ver si es tan valiente de decírmelo a la cara. —Se levantó e hizo amago de ir hacia la puerta.

—Antonio, por favor, no salgas —imploró Aurora con un lamento que le detuvo—. No salgas, por favor te lo pido. Bastante desgracia tenemos ya con José como para que ahora también a ti te ocurra algo.

—No podemos permitir que nos insulten, Aurora.

—Te lo ruego por lo que más quieras, no salgas. —Comenzó a llorar.

—Está bien, mujer, no llores. —Se fue hacia ella y la abrazó.

«¡Comunistas!». El grito era ya un coro en el que las voces solapadas impedían identificar a sus dueños.

Transcurrieron diez minutos antes de que los insultos se diluyeran y dieran paso al piar de las gallinas.

—Antonio, tal vez deberíamos volver a Villarino con los abuelos.

—¿Y crees que allí nos iría mejor? Nos tuvimos que venir cuando mataron a mi hermano y no podemos regresar. No podemos marcharnos a ninguna parte. —Le cogió la cara entre las manos mientras le hablaba, como si con ese gesto la fuera a convencer—. Además, tenemos que esperar a José. No podemos marcharnos, Aurora,

no podríamos aunque quisiéramos.

—Prométeme al menos que nos iremos cuando todo esto acabe.

—Te lo prometo. —La abrazó y el cariño que encerraba aquel gesto derrumbó la barrera que se había alzado entre ellos—. Anda, vamos a escribir a José.

Aurora se enjugó las lágrimas, cogió lápiz y papel, y se sentaron en la mesa camilla.

Queridísimo hijo del alma, esperamos que al recibo de la presente estés bien, nosotros bien, gracias a Dios...

XXIV

Retrasó su llegada al archivo para no incomodar al teniente Fernández. Golpeó con los nudillos en la puerta y entró sin esperar el rutinario «¡adelante!».

—Buenos días a todos —puso su tono más amable.

—Buenos días, Ernesto —dijo el teniente, que interrumpió lo que estaba haciendo para mirar el reloj—. Hoy se ha dormido usted. ¡Las diez de la mañana!

—Se me han pegado las sábanas —esbozó una disculpa falsa.

—Claro, ustedes no tienen una jornada tasada como nosotros, los militares. Desventajas de la vida castrense, que exige muchos sacrificios.

No supo qué responder. ¿Se creería lo que acababa de decir con tanta arrogancia?, pensó.

—Con su permiso me pongo a mi tarea, que voy con retraso.

—Vaya, vaya, Ernesto, no pierda más tiempo. —Y volvió a marear los papeles como si hiciera algo.

Los legajos estaban en el mismo sitio donde los había dejado. Los puso sobre la mesa y desató el balduque del que no había tenido tiempo de consultar. Aquellos papeles viejos, escritos hacía más de setenta años, eran la puerta de entrada a las vidas anónimas de decenas de personas sepultadas en el olvido, e indagar en ellas le producía una íntima satisfacción. Se detuvo en la Orden General de la Comandancia Militar de Ceuta del día 16 de abril de 1937, que daba cuenta del fusilamiento de José Rico a las ocho de la mañana del día siguiente, sábado 17.

Leyó los nombres de los condenados y le pareció que ese acto tan simple era un paso en la recuperación de su memoria, convencido de que hasta ese momento sólo sus familiares y sus verdugos los habrían pronunciado. Le llamó la atención que el nombre del sargento Bernardo Garea fuera antecedido por un don, el mismo tratamiento que merecía el comandante que dirigió el pelotón de ejecución, don Pedro Chacón Valdecañas, y el juez instructor, coronel don Ramón Buesa.

«En el cementerio se podrá disponer por el citado juez la entrega de los cadáveres de los reos a sus familiares, si lo solicitan, para verificar su entierro, que, desde luego, no podrá hacerse con pompa».

«Qué sarcasmo —se dijo—, un funeral con pompa para un condenado a muerte. ¿Quién se habría atrevido a escribir semejante barbaridad?».

Siguió buscando hasta dar con un cuaderno de tapas negras de cartón que había sido abierto por la mitad para que no abultara entre los centenares de folios del procedimiento. Lo abrió intrigado.

No sé para quién escribo. Ni siquiera sé si escribo para alguien.

El corazón se le aceleró, como un sensor que le avisara de que lo que tenía entre manos era algo extraordinariamente valioso. Durante un instante pensó pedir al teniente Fernández que le dejara fotocopiar aquel diario escrito con letra cuidada, que

arrancaba el 26 de julio de 1936 y concluía el 16 de abril de 1937, justo un día antes de que José Rico fuera ejecutado. Buscó la última página con anotaciones y se contuvo para no leerla. Sería como empezar un libro por el final, conocer el desenlace pasando por encima de todo el desarrollo. Lo cerró y, de manera instintiva, sin haberlo pensado, guardó el cuaderno en la cartera.



REGULARES DE CEUTA N. 3

Sábado 17 de Abril de 1937

Adición a la Orden General de la Comandancia Militar de Ceuta del día 16 Abril 1937

Artículo único *Ejecución de sentencia* Aprobada por la Superioridad sentencia de pena de muerte recada contra el Sargento del Batallón Cazadores Serrallo n.º 8, D. Bernardo Garea Duque, Cabos José Rico Martín, Anselmo Larrasco Doncel y José Lombáu Quiñoa y soldado Felipe Navas Escobar, del mismo Batallón, en el día de mañana, a las ocho horas se ejecutará la sentencia en la Fortaleza Militar del Hacho.

A las 6:30 horas se hallará en dicha Fortaleza un piquete del Grupo de Regulares de Ceuta n.º 3, compuesto de un Oficial, un Sargento, dos Cabos y Soldados, para la ejecución de la pena que a dichos individuos han sido condenados.

A las 7:30 horas se encontrarán en la explanada Puerta de Málaga (Fortaleza del Hacho) Secciones completas del Batallón Serrallo n.º 8, Batallón de Transmisiones, Grupo de Zapadores, Comandancia de Intendencia, Grupo de Sanidad Agrupación de Artillería, Compañía de Mar, una Falange y la nuba del Grupo de Regulares de Ceuta.

Las fuerzas antes citadas, serán mandadas por el Comandante de la Agrupación de Artillería D. Pedro Chacón Valdecañas, y formarán el cuadro de ejecución con arreglo a las órdenes verbales del referido Jefe

Proporcionados los últimos auxilios de la Religión a los reos, si lo solicitan por el Comandante del Pelotón se ordenará a éste la ejecución de la sentencia. Acto seguido se dispondrá el desfile por el citado Jefe de las Fuerzas.

A la hora referida se hallará en la indicada Fortaleza, el Médico Forense de Paz y un furgón del Grupo de Sanidad Militar para el traslado de los cadáveres a disposición del Juez Instructor, Coronel D. Ramón Buesa.

En el cementerio se podrá disponer por el citado Juez la entrega de los cadáveres de los reos a sus familiares, si lo solicitan, para verificar su entierro, que al- sde luego, no podrá hacerse con pompa.

Lo que de orden de S. E. se publica en la general de este día para conocimiento y cumplimiento. El Teniente Coronel Jefe de E. M.—*milio Pañuelas*

SERVICIO DE LA PLAZA PARA MANANA

Jefe de día—Comandante de Ingenieros, D. Luis Seco Vela.

Ingeniería—Teniente Coronel de Artillería, D. Pedro Ardila Ansón.

VII—1.º Capitán de A. de Artillería.

RETEN. Una compañía con el efectivo completo a tres Secciones de la Comandancia de Tropas de Intendencia.

El Alférez Ayudante de Plaza—GINES GALVEZ

Orden del Grupo del día 17 de Abril de 1937

Artículo 1.º—*Automovilismo*.—Para cumplimentar lo dispuesto en el Art.º segundo de esta Circunscripción del día 16 del actual, los Capitanes de Unidades y Oficiales Representantes de Taboros remitirán a la 1.ª Oficina antes de las 12

Se sentó y continuó indagando entre aquellos papeles viejos sin poder concentrarse en ellos. Aguardó un cuarto de hora, recogió los que había desperdigado por la mesa y, con el corazón agitado, salió del cuarto sin haber meditado una excusa que justificara su repentina marcha.

—Teniente, tengo que marcharme —dijo como si se disculpara.

—Si no hace ni media hora que ha llegado, Ernesto. ¿Le ocurre algo? —inquirió sorprendido.

—Bueno, hoy no es mi día. He olvidado en el despacho unas anotaciones que quería cotejar y no voy a poder hacer nada —improvisó sobre la marcha.

—No se preocupe, hombre, nos puede ocurrir a cualquiera —le excusó—. Los papeles no se van a escapar.

—Hasta mañana —dijo al abrir la puerta.

Su comportamiento no había sido el adecuado. Si hasta el soldado, siempre ausente, había mirado su reloj de pulsera para comprobar la hora, como si algo no encajara en el engranaje de la rutina.

—¿Ya se marcha? —dijo para sorpresa de Ernesto, que se sintió inesperado objeto de su atención.

Mientras caminaba pasillo adelante, miró hacia atrás de manera instintiva, como si fuera un fugitivo y el teniente Fernández fuera a salir tras él de un momento a otro al descubrir la causa cierta de su huida.

—¡Ernesto! —escuchó que le llamaba.

Se volvió con el corazón sobrecogido. ¿Cómo era posible que le hubiera descubierto tan rápido si había dejado el legajo perfectamente atado?

—Se olvida usted el periódico. —Le ofreció el diario.

—Para usted, así hoy tiene dos para leer.

—Ya sabe usted que yo no leo esta prensa, en casa somos del *Abc* de toda la vida.

—Tírelo entonces, yo ya lo he leído.

—Pues sí que tiene usted prisa. Vaya con Dios, que no le entretengo más.

Se giró y retomó la marcha camino del ascensor. «Lo que acabas de hacer es un delito de robo», se reprochaba. «De hurto», se corrigió para rebajar la pena que un tribunal le impondría si llegara a juzgarle. ¿Cómo justificaría su actitud?, se preguntaba buscando salidas. Robo o hurto, lo había perpetrado en unas instalaciones militares, lo que sin duda suponía un agravante. Incapaz de pensar de manera analítica, se imaginó ante un tribunal, juzgado y condenado por el expolio de documentos oficiales. Y no sólo eso, también sería inhabilitado para enseñar en la universidad.

«¿Y tú te llamas investigador?», se mortificó. Si todos los historiadores hicieran lo mismo, los archivos estarían expurgados y sería imposible llevar a cabo ninguna investigación. Eso era cierto, pero no lo era menos que aquellos papeles no parecían interesarle a nadie y que, dado su estado de conservación, estaban condenados a la extinción. Visto así, él no hacía otra cosa que preservarlos. Además, sólo quería leer aquel cuaderno en casa, con calma, y después lo volvería a sepultar bajo aquella montaña de papeles rancios. «Todo esto es producto del sentimiento de culpa que la Iglesia inculcó durante años en la sociedad española», concluyó para espantar sus fantasmas, pero no lo consiguió.

Cuando regresó de sus cavilaciones estaba en el control de acceso. Dejó la tarjeta de identificación y hasta en ese gesto repetido cientos de veces creyó que se delataba. El cabo Martín hizo un ademán de despedida con su mano y en su mirada creyó descubrir la duda de toda sospecha. Salió por la puerta metálica en dirección a la boca de metro y el aire le hizo percatarse de que había roto a sudar pese a que no hacía calor. Continuaba agitado. Respiró hondo.

El viaje se le hizo inusualmente largo. Se sentía observado, como si el diario que ocultaba en su cartera de piel gastada le delatara ante los demás viajeros, y éstos le recriminaran su actitud con la mirada. El mejor remedio contra tanta ansiedad era zambullirse en la tarea de cada día. Esa tarde tenía clase a las cinco y aún no eran las once de la mañana. Tenía tiempo de sobra para descubrir los secretos de aquel cuaderno abarquillado de tapas negras de cartón.

XXV

Andrés se mostró entusiasmado cuando Ernesto le contó su inesperado hallazgo: la historia de un cabo que había planeado el asesinato de Franco el mismo día del alzamiento. Lo hizo mientras tomaban café antes de entrar en clase, tan atribulado aún por lo que había hecho que más que un relato fue una confesión.

—Podría haber cambiado el rumbo de la historia —fue la primera reflexión que a Andrés se le vino a la cabeza, pasando por alto las preocupaciones de su compañero, que esperaba le reconviniere su conducta.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir? —A Ernesto le molestaba la distancia que su compañero ponía con los hechos.

—¿Y qué quieres que te diga? Con lo que me cuentas no se me ocurre mucho más; cuando me enseñes los papeles, te daré una opinión más meditada.

—¡Joder, Andrés, que he robado documentación oficial! —exclamó en voz baja, y miró a su espalda como si alguien le siguiera.

—Coño, si tanto te preocupa lo que has hecho, haberlo pensado antes. A lo hecho pecho y, además, no has robado nada, lo has tomado prestado. Cuando escanees el diario, lo vuelves a poner en su sitio y aquí paz y después gloria —intentó tranquilizarle—. Tú no eres uno de esos bibliófilos enfermos que son capaces de robar un incunable por el solo placer de tener un libro único en los anaqueles de su biblioteca. No seas pretencioso, Ernesto, lo tuyo es más de andar por casa, y si lo miras bien, hasta una aportación a la historiografía moderna —bromeó para distender el gesto grave de su compañero.

—Es probable que el curso de la guerra no hubiera sido el mismo, pero no estoy seguro de que hubiese sido radicalmente distinto —volvió sobre la reflexión inicial de Andrés, ya más calmado.

—¿Por qué?

—Piénsalo un momento. El general Sanjurjo era la persona elegida para presidir el directorio militar que debía guiar el alzamiento. Se estrelló con su avión cuando se disponía a viajar desde Portugal para ponerse al frente del mismo y ahí se acabó su protagonismo. ¿Sabes qué escribieron como epitafio algunos diarios de la época?

—Dímelo tú.

—«¡Tenía que ser así! —Ernesto puso voz engolada—. Su espíritu era una llama viva y en ella ardió su materia». Hay que joderse, la de gilipolleces que escribían los acólitos del régimen.

—Pero explícame eso de que si tu cabo hubiese matado a Franco la guerra no habría sido mucho más distinta de lo que fue, porque te estás cargando tu propio descubrimiento.

—Pues que al morir Sanjurjo, los rebeldes crearon la Junta de Defensa Nacional como órgano supremo, y Franco tuvo la habilidad de que dos meses después le eligieran jefe único y generalísimo de los ejércitos. Si le hubieran matado, otro habría

ocupado su lugar, porque aspirantes no faltaban. Estaríamos hablando de otro general, pero nada más.

—Franco era el responsable del Ejército de África, que tuvo un papel fundamental en la victoria de los sublevados, de manera que no era uno más —porfió Andrés—. Te recuerdo que el golpe fracasó en Madrid y en Barcelona.

—Yagüe y Millán Astray. Cualquiera de ellos podría haberse hecho cargo del Ejército de África y la guerra habría seguido su curso —le rebatió Ernesto—. O mejor aún, Mola.

—Mola no podía porque estaba en Pamplona y el general Gómez Morato, que le sustituyó en el Protectorado, era un leal republicano. Además, Mola se mató en otro accidente de aviación —insistió Andrés.

—Si el cabo Rico hubiese matado a Franco, tal vez Mola no habría sido el jefe del Ejército del Norte, y entonces no habría estado en Burgos y no se habría estrellado con su avión. Puestos a especular...

—Estás a punto de suscitar el mismo debate que en Alemania con Hitler.

—Intencionalistas contra estructuralistas.

—Exacto, entre quienes atribuyen a Hitler la autoría del exterminio de los judíos porque la idea del genocidio ya la había expresado muchos años antes, y quienes defienden que aquello se planeó sobre la marcha, al compás de los acontecimientos. —Andrés no estaba dispuesto a dejarse ganar la partida.

—Yo no estoy de acuerdo con ninguna de esas teorías, pero en una cosa te doy la razón —tomó de nuevo la palabra Ernesto—, creo que el rumbo de la guerra no habría cambiado sin Franco, pero sí el de la posguerra, la naturaleza de la dictadura que vino después, y en la que tanto tuvo que ver su impronta. El sustituto de Franco pudo haber sido cualquiera de los miembros de la Junta de Defensa. Tal vez el general Varela, aunque no formaba parte de ella, fuera el más preparado para asumir la jefatura del Estado. Si lo hubiera hecho, creo que la posguerra habría sido muy distinta. Varela era monárquico y estoy seguro de que con él la monarquía no habría tardado cuarenta años en llegar.

—¿Y qué crees que habría sido de Rico?

—Que habría sido fusilado igualmente, aunque hoy estaría en los libros de historia, como Ramón Mercader por matar a Trotski o Mateo Morral por haberlo intentado con Alfonso XIII, salvando las distancias. Durante los años de la dictadura habría sido un vil asesino, pero estoy seguro de que su figura se habría recuperado con la democracia y ahora tú y yo hablaríamos de él a nuestros alumnos. Resulta trágico, y hasta cruel, que la memoria de un hombre sea tan aleatoria. Un matiz, un suceso pueden convertirnos en héroes o villanos, incorporarnos a los libros de historia o condenarnos al olvido eterno.

—Yo diría que para todo eso es necesario algo más que un matiz, Ernesto. Matar a Franco no es una anécdota.

—Me refiero a otra cosa. Rico pagó su atrevimiento con la vida. Si hubiese

logrado su objetivo, hoy sería un personaje digno de estudio, pero como no lo consiguió, la Historia lo condenó al olvido, y como a él, a los miles de republicanos que murieron por defender la democracia. ¿Entiendes lo que quiero decir? No importa lo que quiso hacer, sino lo que consiguió hacer, que fue nada, aunque el tributo que tuvo que pagar fuese la muerte. Tiene su lógica, pero no deja de ser tremendamente injusto.

—Me has convencido. Bueno, y volviendo a lo nuestro, ¿qué hacemos con Larrañaga? —Andrés dirigió la conversación por otros derroteros.

—Larrañaga puede esperar. Además, la investigación está prácticamente terminada. Nos falta ponernos a escribir, y eso lo puedes ir haciendo tú.

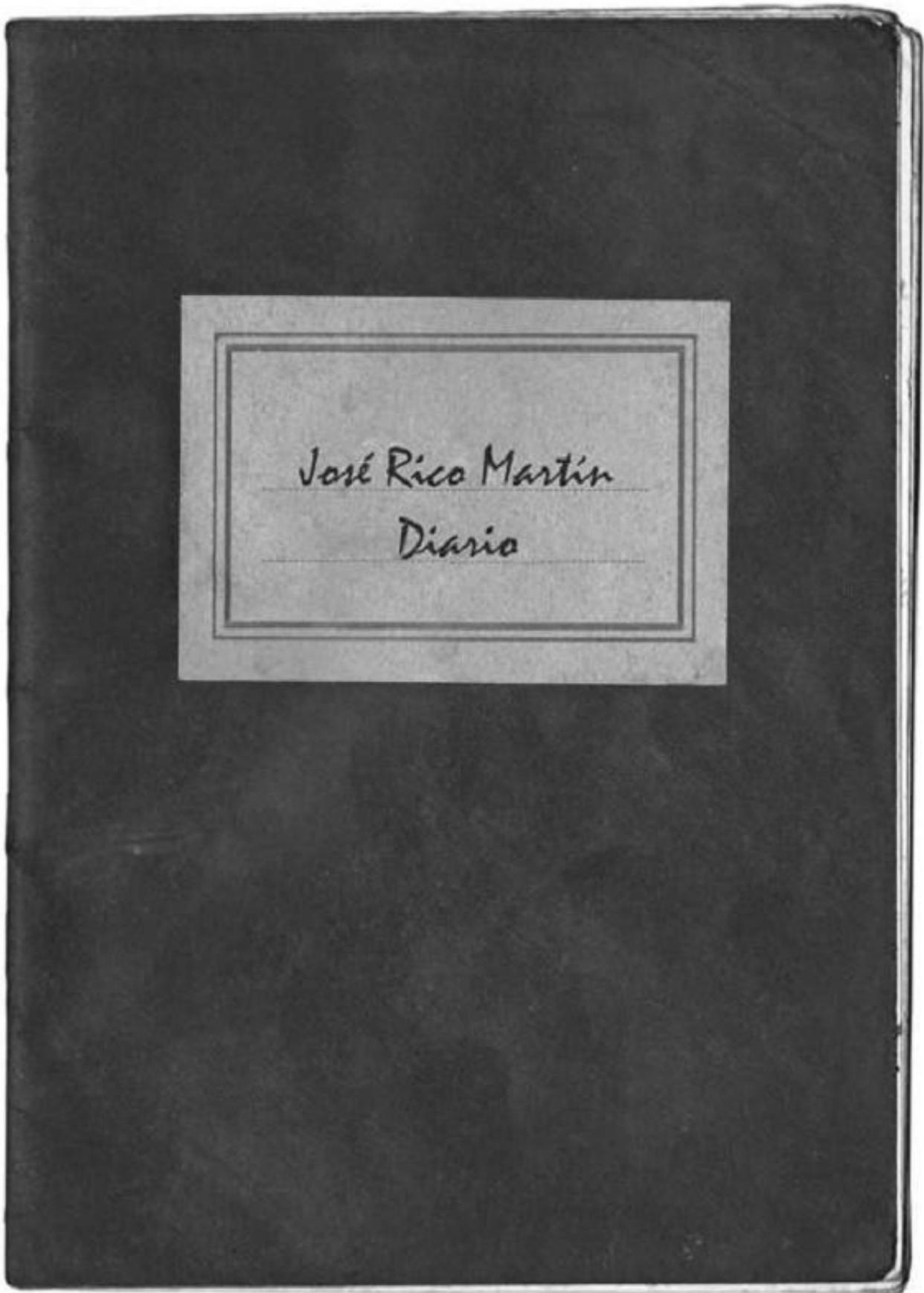
—Hombre, gracias por tu confianza —dijo Andrés con sorna.

—Déjame unos días para que eche un vistazo más detenido a los papeles del cabo Rico y me pongo contigo.

—De acuerdo, siempre y cuando compartas la gloria —bromeó.

—Compartida está.

De vuelta a casa dejó el cuaderno que había robado en la mesa del salón, se cambió de ropa y se sirvió un poco de *brandy*, un ritual que reservaba para la sobremesa de los domingos porque le sumía en un agradable sopor que le ayudaba a echar una reparadora cabezadita. Pero aquella era una ocasión especial que requería de cierto ceremonial, y no encontró otro mejor que el de la bebida. Se sentó en el sofá, buscó acomodo con la cabeza en el respaldo, pasó la mano por la cubierta y descubrió el olor rancio del papel envejecido. Comenzó a leer.



26 de julio de 1936

No sé para quién escribo. Ni siquiera sé si escribo para alguien. Me gustaría, padre, que usted y madre leyeran algún día estas líneas. Tal vez sea lo último que reciban de mí. Félix, un paisano de Tala, me ha dado a escondidas este cuaderno que me va a salvar del tedio. ¿Les suena Tala? A mí no hasta que me dijo que está cerca de Alba de Tormes. Claro, que él tampoco conocía Monleras y le he tenido que explicar lo bonito que es mi pueblo. Lleva aquí desde el mismo día que yo, pero él está para vigilarnos. Tiene orden de abrir fuego si intentamos escapar, pero no creo que lo hiciera llegado el caso. Se le ve buena persona, aunque las circunstancias le hayan colocado del otro lado.

Aquí encerrado me acuerdo del personaje de uno de los libros que don José María me dejó cuando iba a la escuela: *El conde de Montecristo*. Un día me dijo: «José, quiero que leas esto». A mí me pareció una tarea imposible leer tal cantidad de páginas, y como puse cara de susto don José María me dijo que era una de las mejores novelas de todos los tiempos. No sé si es verdad o lo dijo por animarme, pero el libro me gustó mucho. Es la historia de un hombre encarcelado injustamente que tras años de cautiverio consigue escapar y se venga de quienes le tuvieron preso. Edmond Dantés, creo recordar que se llamaba, y como él, yo también sueño con escapar y volver a casa.

30 de julio de 1936

Qué distintas pueden ser las cosas de un día para otro. Cómo ha cambiado mi vida, cuando pensaba que discurría por un camino sin atajos ni desvíos. Me acuerdo a menudo del pueblo y pienso en mis padres y hermanos, y aunque procuro no hacerme preguntas, no siempre lo consigo.

5 de agosto de 1936

A media tarde de ayer escuchamos una salva de disparos. Félix me ha dicho esta mañana que fusilaron al comandante Ricardo de la Puente, jefe del aeródromo de Sania Ramel. Llevaba aquí desde el 18 de julio, y ni siquiera sabía que estuviera encerrado con nosotros. Dicen que era primo de Franco, pero ni eso le ha salvado. Es la primera vez que asesinan a alguien en la fortaleza, pero muchos compañeros están siendo trasladados estos días hasta el cuartel de Sanidad para ser juzgados en consejos de guerra sumarísimos y mucho me temo que las ejecuciones no hayan hecho más que empezar.

13 de agosto de 1936

Estoy contento y no sé por qué. No es un día diferente a ayer, ni a antes de ayer, ni a ningún otro. Hemos salido al patio por primera vez desde que estamos aquí y el sol del mediodía me ha parecido la gloria. He recordado las tardes de trilla, el pañuelo mojado en la cabeza y el agua fresca del botijo que me aliviaba la garganta seca. He

visto a madre subir con la merienda, un pedazo de pan y una tajada de tocino, que tan rica me sabía. ¡Cuántos recuerdos!

Pedro me ha dicho que he estado alelado todo el día, con una sonrisa boba en la cara, y que pensaba que el sol me había calentado en exceso la sesera. Pedro Veintemillas, ¡menudo apellido! Me gustaría que algún día los padres le conocieran porque seguro que les iba a gustar. Desde que estamos en la fortaleza se ha empeñado en enseñar a leer y escribir a los analfabetos, que son muchos, porque dice que no hay nada peor que un obrero tonto.

14 de agosto de 1936

No pasa un día sin que escuchemos el cañoneo de los barcos republicanos. Cada zambombazo es un motivo de alegría. Félix nos cuenta que hay mucha gente que se marcha al campo huyendo de los bombardeos, y que las autoridades han amenazado a quienes no regresen a sus casas o no acudan a sus trabajos. Los mandos están muy nerviosos porque no consiguen trasladar tropas a la Península, y lo que pretendían fuera un golpe rápido ha derivado en una guerra en la que ya no las tienen todas consigo. Eso es buena señal. Yo sé que la República no nos va a dejar abandonados a nuestra suerte, que más pronto que tarde desembarcarán en la ciudad y los rebeldes tendrán que rendirse.

15 de agosto de 1936

Hoy ha llegado a la fortaleza el alto comisario, Arturo Álvarez-Buylla, y le han encerrado en el pabellón de jefes y oficiales. Las noticias vuelan y estamos al tanto prácticamente de todo cuanto ocurre, ya sea a través de algunos de nuestros guardianes o de los presos que trabajan en la fortificación del recinto. Nada se escapa ya a nuestro conocimiento, y eso hace que me sienta parte de un grupo. Me ayuda a mantenerme firme.

16 de agosto de 1936

Nos han hecho formar en el patio para que viéramos arriar la bandera tricolor. En su lugar han izado otra bicolor, roja y gualda, que el oficial al cargo de la ceremonia ha calificado como la españolísima enseña nacional, la de las gloriosas tradiciones de la raza. Traidores.

20 de agosto de 1936

No dejan de llegar detenidos. Hay obreros, comerciantes, sindicalistas. Ellos mismos nos cuentan que vienen de la prisión de García Aldave, que se ha quedado pequeña de tantos como son, y que por eso los están repartiendo por otros recintos. Somos tantos en la celda que apenas quedan huecos para tumbarnos por la noche.

22 de agosto de 1936

He conocido al alcalde de Ceuta, don Antonio López Sánchez-Prado, de quien tanto y

tan bien había oído hablar. Es uno de los muchos detenidos que han traído a monte Hacho desde la cárcel de García Aldave. Ha sido en el patio. Estaba rodeado de gente trajeada, como si aún mantuviera intacta su autoridad, cuando se ha acercado hasta donde charlábamos un grupo de soldados y, con mucho respeto, nos ha agradecido nuestra lealtad a la República y que hubiéramos sacrificado nuestra libertad por defenderla. «Con hombres como ustedes merece la pena luchar», nos ha dicho, y me he sentido orgulloso. Después nos ha estrechado la mano uno a uno, y a medida que lo hacía nos volvía a dar las gracias.

25 de agosto de 1936

Han empezado los fusilamientos. No pasa una semana sin que asesinen a alguien. Lo hacen en Puerta Málaga, muy cerca de donde nos encontramos. Las descargas se escuchan con nitidez, y tras ellas los tiros de gracia. La madrugada pasada contamos doce. Siempre de madrugada.

29 de agosto de 1936

El Guarrero ha entrado en la celda riéndose para decirnos que no nos preocupemos, que los disparos que escuchamos por la noche se deben a que algunos de nuestros compañeros intentan escapar cuando son trasladados a comisaría para declarar, y que a sus escoltas no les queda otro remedio que abrir fuego. La ley de fugas, la llaman, y así justifican sus crímenes.

1 de septiembre de 1936

Las noticias que recibimos son desalentadoras. Hace días que no escuchamos el bombardeo de los barcos republicanos. Sabemos por Félix que los rebeldes rompieron hace ya semanas el cerco del Estrecho y cientos de hombres cruzan cada día a la Península. El convoy de la victoria lo llaman.

Le he preguntado si es fascista y no ha sabido qué contestarme. Se ha encogido de hombros. «Yo no sé lo que es eso —me ha dicho—, sólo obedezco órdenes». Órdenes. Qué sencillo es esconderse detrás de los demás. ¿Se puede obedecer a quienes te mandan detener y asesinar a los representantes del pueblo? Me desespera este encierro en el que nada puedo hacer.

5 de septiembre de 1936

Se han llevado a don Antonio para fusilarlo, pero no lo han hecho contra las tapias de la fortaleza, sino en los llanos del Tarajal. El Guarrero vino horas después a decirnos que habían ajusticiado al alcalde comunista de Ceuta, y que antes o después correremos su misma suerte.

24 de septiembre de 1936

No he tenido ganas de escribir hasta ahora. No me he sentido con ánimo. Hay luna llena y se filtra algo de luz por la ventana, la gente duerme y nada ni nadie me

molesta. Siguen llegando detenidos y las sacas de los falangistas son frecuentes. No les basta con los asesinatos legales, ahora también matan a personas que ni siquiera han sido juzgadas. Da lo mismo, a fin de cuentas, los consejos de guerra son sólo simulacros de justicia, una excusa para aniquilar a quienes no pensamos como ellos. Llegan de madrugada, haciendo sonar el claxon de sus vehículos para que sepamos que vienen a por algún sindicalista o algún político del Frente Popular. Vocean sus nombres y se los llevan con la excusa de que los trasladan a comisaría para tomarles declaración, pero al cabo de un rato escuchamos los disparos.

26 de septiembre de 1936

Han fusilado a Bernabé, un soldado del parque de artillería. Lo conocí al poco de llegar a monte Hacho. A él también lo detuvieron el mismo día del golpe, aunque tardamos en cruzar las primeras palabras. Apenas nos tratábamos, pero entre todos los que compartimos este encierro se ha generado un lazo invisible de solidaridad y compañerismo: el de la libertad que representa la República. Es el primer soldado preso en la fortaleza al que asesinan, y sé que desde hoy puedo correr el mismo destino.

28 de septiembre de 1936

¿Dónde estás, Manuel? Pienso a menudo en ti e imagino que nos vamos a encontrar cuando menos lo espere, que cualquier mañana me elegirán para los trabajos de fortificación y tú estarás haciendo guardia, y que aunque no podamos dirigirnos la palabra, tu sola presencia será una alegría.

¿Te acuerdas cuando te propuse que nos alistáramos? Te pilló de sorpresa y pusiste cara de susto. Lo habíamos hablado muchas tardes, pero no esperabas que te lo planteara de sopetón. Te estoy viendo con los ojos como platos, sin saber qué decir. «Así, de pronto», fue lo único que atinaste a responderme. «¡Coño, Manuel, no te me vas a rajar ahora!», te dije. «Que sí, que nos alistamos, pero déjame antes que lo piense». Lo recuerdo con nitidez, y si cierro los ojos soy capaz de verte y consigo sonreír. Cuánto te añoro, amigo.

29 de septiembre de 1936

Se están llevando a muchos compañeros para alistarlos por la fuerza en la Legión y mandarlos al frente a combatir contra otros republicanos. Al que se niega lo fusilan, de manera que todos aceptan. Les dicen que lucharán en primera línea de fuego, y que si consiguen sobrevivir a la guerra salvarán la vida. «Así pelearéis con más ímpetu por la victoria», se ríen de ellos.

30 de septiembre de 1936

El tedio se hace insoportable. Resulta curioso cómo la monotonía convierte la vida, por dramática que sea, en una rutina a la que terminas por acostumbrarte. Mejor así. He asumido mi encierro, y la certeza de que esta situación se prolongará por mucho

tiempo me ayuda a sobrellevarla. No me resigno, me limito a sobrevivir.

1 de octubre de 1936

Nunca pensé que una carta de mis padres pudiera causarme tanta tristeza. Me cuesta creerles. Manuel y yo somos amigos desde que éramos niños; más que amigos, hermanos. Hemos compartido las meriendas de pan con chocolate, los juegos en la calle; hemos rondado a las mozas en el baile y jurado que ninguno de los dos se echaría novia antes que el otro; hemos trabajado el campo juntos. Tantas cosas que no puedo creer que su familia no les hable. ¿Por qué? ¿Tienen miedo? Todo el mundo tiene miedo, pero ésa no es razón suficiente para que les den la espalda.

¿Recuerdas, Manuel, cuando nos hicimos amigos de verdad? Yo sí. Bajábamos desde El Carrascal y pasamos por la finca en la que el Dominguito había plantado sandías. «¿Te apetece una?», me preguntaste, y yo me encogí de hombros. Saltamos la pared y cogimos dos. Escapamos a la carrera, riéndonos de nuestra hazaña, y lo que no nos comimos se lo echamos a los cerdos de la Benita. Antes de despedirnos nos conjuramos para no decir nada.

Esa noche Dominguito vino a casa a decirle a mi padre que le habían robado dos sandías y que sospechaba, porque certeza no tenía, que aquello era cosa de su hijo y del Manuel, el del Nemesio. «Pues si no tienes certeza, no acuses en falso», escuché detrás de la puerta que le decía mi padre muy enfadado, aunque él se olía que sí, que el Dominguito tenía razón. Se lo dijo con tal firmeza que le hizo dudar y terminó pidiéndole disculpas: que su intención no era ofenderle, que él sabía que aquello no tenía maldad, que era cosa de críos, y que si él decía que su hijo no había sido, no había más que hablar.

Cuando se marchó, padre me cogió de la oreja y tuve que ponerme de puntillas para que no me la arrancara. Cuando por fin me soltó estaba colorada como un tomate. «Si me vuelven a llamar la atención por tu culpa, no te van a quedar ganas de robar más sandías», me advirtió, y yo callé porque sabía que tenía razón. «¿Qué te ha dicho tu padre?», me preguntaste al día siguiente, porque todo el pueblo sabía ya que al Dominguito le habían robado dos sandías. «Que la próxima vez nos la cargamos», te dije. ¿Es posible que el miedo nos haga olvidar tantas cosas?

15 de octubre de 1936

Ya va para tres meses que me tienen encerrado y me parece una eternidad. El tiempo pasa lento cuando no esperas nada. No he vuelto a tener noticias de Miguel y me temo lo peor. Procuro no darle demasiadas vueltas, pero no puedo evitar sentirme culpable por lo que pueda haberle ocurrido. El día de nuestra detención estaba abatido y ni siquiera me dirigió la palabra. Ahora me vienen a la cabeza tantas tardes como hemos pasado juntos. Querido amigo, cómo me gustaría saber de ti para decirte que si de mí dependiera, correría con cualquier castigo con tal de verte libre. Lo siento, Miguel, lo siento en el alma.

24 de octubre de 1936

Antonio Parrado, el sindicalista, también está encerrado en monte Hacho. Lleva algo más de un mes aquí, aunque no lo había visto hasta hoy. He salido por primera vez del pabellón para llenar sacos terreros que utilizan para fortificar las posiciones donde tienen emplazadas las baterías que protegen el recinto. Está demacrado, y de no haberle dicho quién era yo, ni me habría conocido.

Me ha dado una carta para que se la haga llegar a su familia, y no se me ocurre otra cosa que recurrir a Félix. Es mi único contacto con el exterior, el único nexo que me queda con la realidad de ahí afuera. Se despide de su mujer y de sus hijos antes de morir. Cada día que pasa, entiendo menos lo que nos ocurre. Nada tiene sentido.

4 de noviembre de 1936

¡Viva la República!, ¡viva la República!, ¡viva la República!

10 de noviembre de 1936

He recibido otra carta de los padres, la quinta desde que estoy encerrado. Está fechada hace más de un mes, pero da lo mismo. Me ha producido una alegría enorme. Me pongo el papel junto a la nariz, inspiro con todas mis fuerzas y percibo el olor de sus manos, madre, y la veo escribir en la mesa camilla, con padre al lado. Cuánto les quiero y cómo sufro por todo el daño que les estoy causando, pero bien sabe Dios que no he hecho nada malo. Luego la leo despacio, muy despacio, y cuando termino, vuelvo a leerla una y otra vez hasta que la memorizo.

13 de noviembre de 1936

Han asesinado a Antonio Parrado. Cada día tengo menos ganas de escribir.

14 de noviembre de 1936

He preguntado a Félix si ha formado parte de alguno de los pelotones de fusilamiento y no me ha contestado. Me ha dicho que él sólo cumple órdenes, y con eso me ha dado a entender que sí. Le he insistido en si ha disparado contra sus propios compañeros y sus únicas palabras han sido «déjame en paz». Es uno de ellos y me arrepiento de haberle justificado durante todos estos meses. Ahora sé que si intentara escapar no dudaría en matarme.

2 de diciembre de 1936

El frío lo hace todo más difícil. El cielo gris, sin horizonte. Paso el día entumecido y me han salido sabañones en las orejas. Me incomoda hasta el aseo diario y agradezco el calor de unos cuerpos contra otros durante la noche. ¿Cuándo llegará la primavera?

24 de diciembre de 1936

Nochebuena. ¿Qué puedo escribir si los días son todos iguales? Si no tengo

esperanzas y vivir es un esfuerzo. La vida así carece de sentido, no es vida, no merece ser vivida. Nada me conmueve ni me consuela. Estoy muerto.

22 de enero de 1937

Les han asesinado. Han asesinado a Pedro. Siento tanto odio y tanta impotencia. ¿Es que este horror no va a acabar nunca? ¿Por qué no nos matáis a todos? Los falangistas vinieron por él anoche. Le levantaron del suelo a patadas y ni le dejaron coger la manta para cubrirse. «Donde vas a ir no la necesitas», se reían, pero no consiguieron que se derrumbara o que les rogara clemencia. Les miró desafiante, orgulloso, y se volvió hacia todos nosotros para pedirnos que fuésemos fuertes. Nos hemos abrazado. «No te preocupes por mí, compañero», me ha dicho con una sonrisa en los labios, y apenas he podido contener las lágrimas. Si esperaban recoger un guiñapo, se han encontrado con un hombre valiente. Hemos aguardado hasta que los disparos han retumbado en el silencio de la madrugada. Queridos compañeros, para vosotros ha terminado este suplicio.

24 de enero de 1937

Voy a dejar de escribir. No encuentro sentido a este diario.

16 de marzo de 1937

Esta madrugada han fusilado a Álvarez-Buylla. Se han propuesto aniquilarnos a todos. A mí me juzgan mañana, y la sola noticia de que saldré de aquí por unas horas me ha levantado el ánimo. Los compañeros me dan la enhorabuena porque, dicen, voy a sobrevivir a las sacas de los falangistas. Sé que me van a condenar y que tendré que sufrir muchos años de prisión, pero siento que a partir de mañana tendré al menos una certeza a la que agarrarme, y espero que el triunfo de la República sobre el fascismo me permita recuperar la libertad.

17 de marzo de 1937

Condenado a muerte. Lo había pedido el fiscal, y el pobre diablo que nos ha defendido intentó tranquilizarnos al ver nuestras caras. Nos aseguró que la acusación pide siempre la pena capital para los acusados, pero que luego el tribunal fallaba una condena a perpetuidad; que sólo fusilaban a los oficiales y a los mandos que se opusieron al golpe, pero no a la tropa. Hasta que nos ha dado la noticia estábamos convencidos de que nos condenarían a treinta años de reclusión. Toda una vida.

Anselmo Carrasco, José Lombau y Bernardo Garea son los otros condenados a muerte como yo. Anselmo se ha mantenido firme, pero José y Bernardo se han derrumbado. No los juzgo, ni los considero unos cobardes. ¿Por qué habrían de serlo? Yo también tengo miedo, mucho miedo, pero puede más la rabia. ¿Qué hemos hecho sino defender la ley? ¿Quiénes son ellos para juzgarnos?

18 de marzo de 1937

Nuestro abogado es el capitán Diego Navarro. Nos hemos enterado hoy de su nombre, cuando nos ha visitado cariacontecido, como si llevara sobre sus hombros el peso de nuestra condena. Parece un pobre hombre incómodo en un papel que no quería desempeñar. No le compadezco. Está con los golpistas, con los verdugos, y nada le justifica. Nos ha comentado que, con la máxima diligencia, así ha dicho, y me ha sonado absurdo, ha requerido por escrito la conmutación de nuestra pena por la inmediatamente inferior, y que ahora sólo queda esperar. Ha vuelto a repetir que él piensa que no nos van a fusilar, pero lo dice sin convicción. Creo que lo ha hecho para tranquilizar su conciencia, nada más. Yo, desde luego, no espero nada.

21 de marzo de 1937

Una buena noticia en medio de tanta desolación. Se han llevado al Guarrero. Hace unos días se encaró con un oficial y ahora le han pasado factura enviándole a primera línea de fuego. Desde entonces nuestra situación ha mejorado. Nos siguen insultando, pero al menos ya no nos pegan. Algo es algo. Por lo que a él respeta, espero que lo maten. Lo deseo con todas mis fuerzas.

2 de abril de 1937

Qué puedo escribir. Siento que me hundo en un pozo sin fondo. Las fuerzas me abandonan. Paso el día tumbado en la celda, sin hablar con nadie. Me he convertido en un autómatas que forma, come, sale al patio cuando le corresponde y pasa la mayor parte del día encerrado. Ni siquiera me importa ya el frío de las noches. Procuró no pensar; vaciar la mente para que nada me importe, y lo estoy consiguiendo. Tampoco los recuerdos del pueblo me conmueven. Soy un hombre hueco. ¿Cómo será morir y acabar con todo esto? La nada eterna.

4 de abril de 1937

Valentina, ¿qué tal estás? Aisha se ha ido desvaneciendo en mí a medida que tú has irrumpido en mis pensamientos. Sé que soy egoísta. Pienso en ti y en todas las personas a las que quiero. Necesito despedirme de todos vosotros, poner las cosas en orden en mi cabeza para no volverme loco. Me acuerdo de aquella noche que te robé un beso junto a los muros de la iglesia y me diste un bofetón que me pareció una caricia. Hacía frío y sentí el calor de tu boca. «¿Qué haces?, ¿estás tonto?», me dijiste, y tus reproches me sonaron a excusa. Como no te decía nada —me había quedado embobado—, te pusiste muy seria y me soltaste un «y encima a la puerta de una iglesia. ¿Y si nos ve alguien?». «Si nos ve alguien, ¿qué?», te dije envalentonado. «Pues que aún no le has pedido permiso a mi padre para que sea tu novia». Tu novia. Qué bien me sonó aquella palabra. «A tu padre no, pero te lo pido a ti. ¿Quieres ser mi novia?». Te quedaste callada, y con los ojos mirando al suelo me dijiste que sí. Te preguntarás por qué dejé de escribirte, y no sé qué responder. Valentina, te pido perdón por todo este tiempo de silencio. Piensa en mí y sé feliz. Seguro que encontrarás un hombre que te merezca más que yo.

14 de abril de 1937

Hoy es el sexto aniversario de la proclamación de la Segunda República. Yo era aún un niño, pero recuerdo la alegría de padre. Se acabaron los señoritos, ha llegado el tiempo de los desfavorecidos, decía a gritos, y madre le pedía que bajara la voz, que le iban a oír. ¿Quién podía pensar en todo lo que nos está ocurriendo?

16 de abril de 1937

Me fusilan al amanecer. El capitán Navarro me ha preguntado si quiero algo. Vivir, le he dicho, y no ha sabido qué responderme. Le he pedido que vea de localizar a Manuel y le entregue mis pertenencias para que se las haga llegar a mi familia: el reloj de padre y la cadena con la Virgen del Árbol que me regaló madre para que cuidara de mí. No lo ha hecho, y me parece que mi amigo Pedro tenía razón cuando decía que Dios existe sólo para los ricos. Yo no lo he encontrado en todo este tiempo de encierro.

El abogado dice que no me preocupe, que hará todo lo que esté en su mano para ayudarme, y cuando se ha despedido me ha rogado de nuevo que no pierda la esperanza porque el Caudillo, como llaman al Franquito, puede indultarme en el último momento. No lo creo.

¿Cómo se prepara uno para morir? ¿Cómo se despide de la vida y de sus seres queridos? Tengo miedo y no sé cómo reaccionaré cuando esté ante el pelotón de ejecución. Me gustaría mantener la dignidad, pero ¿cómo?

Padres, no se culpen de nada, porque de nada tienen la culpa, como tampoco me culpo yo de mis acciones. Sufro por usted, madre, porque sé que mi muerte le va a partir el corazón, pero tiene que ser fuerte. Se lo pido con todas mis fuerzas. Tiene a mis seis hermanos, que la necesitan más que nunca. Y tú, Toño, no estés triste por mí. Sólo espero que no me olvides nunca, y ¡estudia!, que no quiero que seas un labriego.

Yo cuidaré de todos desde el otro mundo.

Adiós a todos. Les quiere,

José

¡Salud y República!

XXVI

Ernesto rompió su rutina de visitas al archivo. La lectura del diario le había removido. Repasaba sus páginas una y otra vez intentando extraer el cúmulo de sensaciones que las recorrían. Lo hacía de noche, cuando el silencio le sumía en una sensación de recogimiento en el que todo lo demás le era ajeno y distante.

La carta del capitán Diego Navarro decía que José había pedido que entregaran sus objetos personales a un paisano para que se los hiciera llegar a sus padres, pero era obvio que si él tenía el diario, su último deseo no fue atendido. Su familia tuvo que conformarse con la noticia de su muerte días después de ocurrida, cuando ya le habían dado tierra en el camposanto de la ciudad.

El paisano al que aludía el capitán no podía ser otro que el Manuel del que José hablaba en su diario. Por sus anotaciones sabía que se conocían desde niños, que se habían alistado juntos, y que tras su detención habían perdido el contacto. «¿Dónde estás, Manuel?», se preguntaba preocupado.

Era obvio que Manuel no fue detenido con él, lo que no descartaba que lo hubiera sido en otro momento y le hubiesen procesado en otra causa. Conocía de la arbitrariedad de los sumarios instruidos en aquella época, donde presos acusados de los mismos hechos eran juzgados por separado, y unos, condenados a muerte y otros, a un puñado de años de reclusión.

Algo, sin embargo, se rompió entre sus familias porque José se mostraba abatido al conocer por una carta de sus padres que los de Manuel les habían retirado la palabra. Tal vez el miedo al saber de su detención. Eso tuvo que ser, el miedo, se dijo.

Miró el reloj. Las dos de la madrugada. Las dudas le habían desvelado, pero aun así decidió meterse en la cama convencido de que si tenían respuesta, ésta estaba en los legajos de la causa militar. Tenía que regresar al archivo.

—Hombre, Ernesto, ya estábamos preocupados por usted —dijo el teniente Fernández al verle entrar tras dos semanas sin noticias de él—. Desaparece usted así, sin decir nada, y nos temíamos que le hubiese ocurrido algo.

—He tenido problemas de salud —se justificó Ernesto.

—¿Algo grave?

—No, no... bueno, he estado unos días ingresado en el hospital por unos problemas intestinales —improvisó para explicar su prolongada ausencia.

—Vaya por Dios, ¿y ya está usted bien?

—Sí, teniente, muchas gracias. Tenía que haberle llamado, pero he estado muy fastidiado y sin ganas de nada.

—No tiene que disculparse. Lo primero es la salud y después todo lo demás.

—Con su permiso me pongo con lo mío —temió que continuara indagando sobre sus dolencias.

—Por supuesto, Ernesto, no le entretengo más.

Los legajos estaban en la estantería metálica donde los había dejado. Desató el balduque y se dispuso a repasar los documentos que había consultado fechas atrás. Buscó de nuevo el acta del consejo de guerra y la sentencia. Volvió a leerlos en busca de algún dato que se le hubiera pasado por alto y que orientara su búsqueda. Nada que no conociera. Si al menos supiese los apellidos de Manuel, podría buscar en el archivador, se dijo. Si le procesaron en otro sumario, estaría recogido en las fichas y podría solicitar la causa para consultarla. No se le ocurría ningún otro hilo del que tirar.

Pensó en dejarlo, pero decidió persistir. Tal vez en el cúmulo de folios amarillentos que tenía ante sí hubiese alguna pista. Cuando los consultó por primera vez prescindió de todo el trámite burocrático para fijar su atención en la resolución. Podía haber omitido algún dato aparentemente irrelevante que le ayudara a encajar el puzle.

Se armó de paciencia y comenzó desde la primera página. El inicio del procedimiento por el juez instructor, las actas de las detenciones, los historiales militares de los encausados, los informes de conducta de sus superiores. Papeles y más papeles de una cadena burocrática que perseguía justificar tantos desmanes.

El lugar que ocupaba el diario de tapas negras de cartón había dejado una marca en la hoja inmediatamente posterior, más blanco el centro que los márgenes, como si hubiese querido preservar su valioso contenido. Pensó que habría sido el momento de devolverlo sin que nadie se diera cuenta de su sustracción. Lo había escaneado, como le sugirió Andrés, y no tenía sentido que lo tuviera en su poder, pero en el último momento cambió de idea y lo dejó en casa. Le pareció que el cuaderno era completamente ajeno a aquella pantomima de justicia. Si cambiaba de parecer, tendría ocasión de restituirlo a su lugar.

Siguió ojeando página a página. Comenzaba a perder la concentración cuando un nombre escrito en versales atrajo su atención. Se trataba de una declaración prestada el 20 de julio de 1936 ante el teniente coronel Julián Martínez Simancas, jefe del Batallón de Cazadores del Serrallo n.º 8, que la remitía, a su vez, al juez instructor comandante Ramón Buesa.

El soldado de segunda MANUEL CADIerna RIVERA denunció la noche del 18 de julio pasado en mi presencia el complot urdido por miembros de esta unidad para oponerse al glorioso Movimiento Nacional.

Los cabos José Rico y Pedro Veintemillas, de acuerdo con otros cuyas identidades el declarante asegura desconocer, disconformes ambos con el Alzamiento Militar en esta plaza, se concertaron para oponerse al mismo.

Que habiendo llegado los hechos a conocimiento de quien declara por la relación de amistad que le unía al primero, lo pone en conocimiento de sus superiores.

Que quiere hacer constar que tiene al llamado José Rico por hombre sensato, al que supone sin duda influenciado por las ideas del susodicho Veintemillas, de quien le consta su afiliación comunista por haberle escuchado en más de una ocasión hacer proselitismo de su causa.

Que quien todo esto declara quiere hacer constar su total e inquebrantable adhesión al Movimiento Nacional, que ha de liberar a España de las garras del comunismo.

Unas líneas más abajo, con la rúbrica del teniente coronel, anotado a mano:

El soldado de referencia ha sido ascendido a cabo en reconocimiento de los méritos contraídos.

A continuación figuraban las detenciones y traslado a la fortaleza militar del monte Hacho por su implicación en la trama del sargento Bernardo Garea, los cabos José Rico, Pedro Veintemillas, Anselmo Carrasco, Pablo Frutos, José Lombau, Celestino Marcos, Lope Rodríguez, Salvador Buendía, Pedro Moreno, Francisco Velazán y Juan Velasco; los soldados Félix Marchal, Sebastián Jover, el artillero Luis Díez y el corneta José Zamora.

Puso un folio como señal y volvió hacia atrás en busca del auto de procesamiento, en el que se repetían los nombres de todos y cada uno de los implicados en la conspiración. Tenía fecha del 26 de julio, seis días después del informe remitido por el teniente coronel al juez instructor, y en él se concretaba ya el objetivo último de los concertados: matar a Franco. «Siempre el traidor es el vencido, y el leal es el que vence», pensó que las palabras de Calderón de la Barca explicaban a la perfección lo ocurrido con José y Manuel.

No tomó nota, y tampoco pidió al teniente que le dejara hacer fotocopias. Volvió a atar los legajos y los devolvió a su sitio.

—Me marcho, teniente, por hoy he terminado.

—¿Vendrá usted mañana, Ernesto? —le preguntó al ver su gesto demudado, como ido.

—Eh... —dudó—, no lo sé.

—No tiene usted buena cara. Tómese las cosas con calma y recupérese del todo, que tiempo tendrá de seguir con sus cosas —le sermoneó—. La salud es lo más importante.

—Tiene usted razón. Llevo tantos días sin venir por aquí que ahora me mareo con tanto papel —hizo una broma.

—Descanse, Ernesto, descanse —las palabras del teniente le sonaron sinceras.

El paso de los días le convenció de que él no había descubierto aquella historia, sino que ella había salido a su encuentro, le había elegido, y esa convicción se convirtió en una obsesión.

XXVII

Andrés le animó a que profundizara en aquella historia. Podía contar con su ayuda desinteresada. «Si no investigas lo que ocurrió y lo das a conocer, ¿de qué valdrá tu trabajo?», le apremiaba para que persistiera en sus indagaciones.

Ernesto le dio vueltas durante días, hasta que cayó en la cuenta de las últimas anotaciones de José antes de ser fusilado.

Padres, no se culpen de nada, porque de nada tienen la culpa, como tampoco me culpo yo de mis acciones. Sufro por usted, madre, porque sé que mi muerte le va a partir el corazón, pero tiene que ser fuerte. Se lo pido con todas mis fuerzas. Tiene a mis seis hermanos, que la necesitan más que nunca.

¡Cómo no había caído antes! Tenía que viajar a Monleras en busca de su familia. Sus padres habrían muerto dado el tiempo transcurrido, pero era probable que alguno de sus hermanos aún viviera. José tenía veintidós años cuando lo fusilaron en 1937, de manera que hoy podría tener noventa y tres. Muchos años, tal vez demasiados, pero si pidió a su madre que cuidara de sus seis hermanos, sería porque aún eran menores. Ahora podrían ser octogenarios, alguno tal vez septuagenario, y a esa edad todavía se es joven, se decía para autoconvencerse de que viajar a Monleras era la única forma de responder a las dudas que le asaltaban sobre el cabo Rico.

Tenía las pruebas documentales de lo ocurrido, el material más valioso para un historiador, pero desconocía el recorrido vital de su protagonista. Si conseguía localizar a algún hermano y hablar con él, podría aproximarse a lo que realmente ocurrió, que sería la suma de los hechos y las emociones de quienes los vivieron. Ésa era la verdadera historia, y no la simple enumeración cronológica de sucesos, la acumulación de conocimientos. «Tal vez tenga que ser así —pensó—, y la indiferencia sea la única arma para sustraernos de la realidad sin que nos destruya. Sentirnos sólo concernidos por lo que nos ocurre a nosotros».

Madrugó. Contra su costumbre de los fines de semana, se levantó a las ocho de la mañana. Había dormido mal, inquieto, y sólo cuando puso el coche en marcha desapareció la ansiedad que le incomodaba desde hacía días. Hizo la primera media hora del trayecto absorto en sus ensoñaciones. Cuando regresó de ellas, se encontraba ya en Guadarrama. El tráfico era fluido, pero aun así decidió pagar el peaje para evitar el puerto de los Leones. Los tres carriles de la calzada le permitían divagar mentalmente sin necesidad de prestar demasiada atención a la carretera. Era como viajar con el piloto automático. De vez en cuando buscaba con la mirada los espejos retrovisores para comprobar que no había ningún problema y volvía a sus cavilaciones.

En una hora abandonó la autopista. Puso el intermitente derecho y redujo la velocidad para tomar una pequeña rampa que conducía a un *Stop*. Se detuvo, miró a ambos lados y giró a la izquierda, hacia el puente que cruzaba sobre la A-6 en

dirección a Sanchidrián. Una veintena de kilómetros por una carretera mal asfaltada y de un único carril por sentido. Puso la radio y cambió de emisora hasta que encontró el magacín de fin de semana con el que se entretenía en la cama mientras leía el periódico.

Paró en San Pedro del Arroyo tras haber desechado los garitos desperdigados por la carretera. Cafetuchos y clubes de alterne en medio de la nada. Echó gasolina en la estación de servicio y entró en un bar del que salían varios parroquianos en animada charla. Le pareció triste como la cafetería de la universidad. El camarero dejó de prestar atención a la televisión que colgaba en lo alto, justo enfrente de la puerta, como un santo en su peana, para atenderle.

—Un café con leche, por favor.

—¿En vaso o en taza?

—Da lo mismo... en taza —se decidió.

—¿Quiere algo para comer?

—No, gracias, sólo el café.

Lo tomó en dos sorbos y antes de pagar quiso asegurarse de que la ruta era la correcta.

—¿Voy bien a Salamanca? —preguntó por cruzar unas palabras, tras hora y media de viaje sin más compañía que la radio.

—Sí, señor. No habiendo ido por Ávila, éste es el único camino.

—¿Cuántos kilómetros quedan?

—Ochenta, pero tiene buena carretera. En una hora llega de sobra.

—Muchas gracias —dijo mientras dejaba sobre la barra el importe de la consumición.

—Cuando llegue a la circunvalación de Peñaranda, tenga cuidado porque suele ponerse la Guardia Civil con el radar.

—Muchas gracias.

La carretera era una línea recta interminable en la que se sucedían campos de trigo y otros de tierra rojiza abierta en surcos rectos hasta donde la vista abarcaba. Miró el reloj cuando vio aparecer al fondo la silueta majestuosa de la catedral de Salamanca y el río Tormes a sus pies. Las diez y media. Tras un sinfín de semáforos y otras tantas rotondas que le obligaron a extremar la precaución, vio la desviación a Portugal. La tomó y se mantuvo alerta hasta que descubrió el desvío hacia Vitigudino: sesenta y ocho kilómetros. Ésa era su siguiente referencia. Desde allí partía una carretera a Trabanca, que imaginaba infame, y antes de llegar un nuevo desvío debía conducirlo hasta Monleras.

Volvieron a asaltarle las dudas. «¿Qué hago si localizo a alguno de sus hermanos?, ¿cómo me presento?, ¿con qué excusa les pregunto por él?». No supo qué responderse. El viaje era sólo una intuición. Desde que descubrió la carta que el tal Diego Navarro escribió a la familia para darle cuenta de su ejecución, no había

dejado de preguntarse cómo habrían encajado la tragedia, qué habría sido de todos ellos.

Cuarenta minutos le llevó recorrer la distancia hasta Vitigudino. «De allí es Santiago Martín, el Viti —le dijo Andrés cuando le detalló la ruta que pensaba seguir—. Él y Paco Camino fueron las máximas figuras del toreo en las décadas de los sesenta y setenta —le explicó ufano porque en ese terreno se sabía mejor informado que su compañero, cuya pasión no eran precisamente los toros—. Es el torero que más veces ha abierto la puerta grande de Las Ventas: diecisiete; catorce como matador y tres como novillero», completó su explicación.

A la entrada del pueblo una bifurcación invitaba a entrar en él o a optar por desviarse en dirección a Lumbrales o Trabanca. Giró en esta dirección y sin quererlo aceleró la marcha hasta que se percató de que circulaba a demasiada velocidad para esa carretera, estrecha y sin pintar, flanqueada por paredes de piedra que delimitaban las fincas. Ovejas pastando. Cerezos. Cientos de cerezos en flor que dibujaban un paisaje de gran belleza.

Redujo la velocidad cuando atravesaba el primer pueblo que la carretera partía por la mitad y se sintió ajeno a aquel mundo, convertido en objeto de la curiosidad de las ancianas que le observaban sentadas a la puerta de sus casas, al calor del primer sol de primavera. Un hombre mayor caminaba por el arcén con un haz de hierba al hombro. El tiempo le pareció detenido en la quietud de días que imaginó idénticos, sin más novedad que la misa del domingo, ni más sobresalto que la muerte anunciada de un vecino de edad.

Salamanca y toda su provincia fueron zona nacional desde el mismo alzamiento. Muchos de aquellos apacibles viejecitos eran entonces niños y, pese a la proximidad física, estaba casi seguro de que ninguno conocía la historia de su paisano, del muchacho de Monleras que quiso matar a Franco. Había tenido que ser él, un extraño, quien la desvelara. Superó la indicación hacia la presa de Almendra y en unos kilómetros, que recorrió con la misma ansiedad que le había acompañado toda la semana, llegó a Monleras.

Una calle recta lo llevó hasta la iglesia, de sillares de granito y grandes contrafuertes, levantada sobre un gran atrio que la circundaba y al que se accedía por unas escalinatas. Estacionó el coche y se dirigió a la plaza, en la que desembocaban calles estrechas cuyo suelo de tierra había dado paso al cemento como signo del progreso.

Miró alrededor en busca de una pista.

—Buenos días —saludó a dos vecinos acomodados a la puerta del bar, situado estratégicamente frente a la iglesia para facilitar el tránsito al concluir la misa de domingo. ¿Qué mejor lugar que aquél para comenzar sus pesquisas?

Una cortinilla metálica que evitaba que las moscas se colaran al interior daba paso a un salón oscuro, sin más luz que la que filtraban dos ventanas pequeñas. Le miraron como se mira a un forastero; con una mezcla de indiferencia y desconfianza, como si

su presencia en aquel mundo de certezas les incomodara.

—Buenos días —repitió—, un café, por favor.

El camarero se giró hacia la cafetera. Mientras esperaba, Ernesto se supo observado y se sintió incómodo. Dio un sorbo al café —¡para qué habría pedido otro café si le sentaba mal!— y llamó la atención del joven que le había atendido.

—Estoy buscando a la familia de José Rico, ¿sabe dónde vive?

—¿José Rico? —pensó un instante—. Que yo sepa, aquí no vive nadie con ese nombre.

—Los padres vivían aquí con sus siete hijos. Ya habrán muerto, pero seguramente alguno de los hijos aún viva.

—¿Os suena José Rico? —el muchacho alzó la voz para que le escucharan los presentes.

—Son los Villarino —respondió uno de ellos.

—Perdón —Ernesto se volvió hacia quien hablaba, un hombre con el rostro cuarteado por el sol, al que le supuso su misma edad.

—Los Villarino. Pero ya no vive aquí nadie de la familia.

—¿Sabe si queda alguien en el pueblo que los trate?

—Mi abuelo los conoció.

—¿Podría hablar con él? Verá, son familiares lejanos de los que no sé nada desde hace años —justificó su interés.

—Supongo que sí. El abuelo está ya muy mayor, pero la memoria le falla menos que a mí.

—Me cobras lo de esos señores, por favor —se apresuró a convidar a quien le hablaba y a su acompañante.

Su inesperado informador se levantó con desgana, arrepentido de su ofrecimiento, que le obligaba a interrumpir la partida de dominó.

Salieron a la calle.

—Hace un día estupendo —a Ernesto no se le ocurrió nada mejor que decir para llenar el silencio mientras caminaban.

—Demasiado calor, y haría falta que lloviera un poco. Las Cabañuelas dieron agua para esta primavera, pero no hay forma.

Los dos guardábamos silencio, luego él se animó a preguntar:

—Entonces, ¿es usted familia lejana de los Rico?

Ernesto dudó un instante, y prefirió mentir a dar explicaciones.

—Sí, familia lejana de Madrid.

—La familia es lo más importante —sentenció.

—Perdone, pero no le he preguntado su nombre.

—Félix Pascua, para servirle.

—Ernesto López, mucho gusto.

La puerta de dos hojas tenía abierto el cuarterón; cubría una cortina que por su

floreado antes debió de prestar servicio en alguna de las habitaciones de la casa. Don Fulgencio estaba sentado en la cocina, al cuidado de una mujer, que trajinaba de un lado para otro.

—¡Abuelo, este señor pregunta por los Villarino! —Félix gritó sin que mediara presentación.

Ernesto le tendió la mano y el anciano le ofreció la suya, con tan poca fuerza que más que estrecharla la sujetó.

—Sí, señor, los Villarino.

—Señor —le pareció que la avanzada edad le obligaba a ese trato deferente—, intento localizar a algún miembro de la familia. Son parientes lejanos —volvió a justificarse—. A uno de los hijos, José Rico, lo mataron en la guerra.

—Sí, señor, lo mataron en la guerra, y a otro hermano también. Al Santiago. A los dos. A uno los nacionales y al otro los rojos. La guerra fue muy mala.

—Ofrécele algo al señor —la mujer, que hasta ese momento había permanecido en silencio, intervino en la conversación.

—No se moleste, señora —Ernesto agradeció su interés.

—No es molestia. Tome algo —insistió, y sin esperar respuesta, cogió una copa del vasar, una botella de aguardiente y una bandeja con pastas—. Tome un dulce. Las obleas las hace una señora de aquí, la Maculina.

—De verdad que no tiene que molestarse, se lo agradezco igualmente.

—No es molestia —repitió, y le sirvió una copa.

Ernesto dio un sorbo con disimulada desgana.

—Muy bueno, señora.

—Lo hace el abuelo en casa, con el alambique. Si se entera la Guardia Civil, lo llevan preso, ¿verdad, abuelo? —alzó la voz dirigiéndose a él—. Pero es que el comprado no sabe igual, no es natural.

El anciano sonrió.

—¿Los conoció usted? —Ernesto retomó la conversación.

—Sí, señor, el José era quinto mío. Él y el Manuel, que marcharon los dos voluntarios a África. Eran muy amigos. Yo serví con mi quinta en el frente de Madrid.

—¿Manuel Cadierna?

—Sí, señor, el hijo del tabernero.

—¿Y Manuel vive aquí?

—No, señor, los padres murieron y él se jubiló en Salamanca, de comandante creo. Volvió por el pueblo después de la guerra y luego marchó para su destino. El que sirve no es libre.

—¿Sabe si aún vive alguno de los hermanos de José?

—Marcharon del pueblo. El Toño se casó con una de Roelos de Sayago y se fue con ella, pero de eso hace ya muchos años.

—¿Y sabe si Toño vive aún en ese pueblo?

—Sí, señor.

—¿Que sí vive?

—No lo sé, hace mucho que se fue.

—¿Está lejos? —Ernesto se dirigió a Félix.

—No, qué va. Pertenece a la provincia de Zamora, pero está muy cerca. Coge en dirección a la presa de Almendra y se lo encuentra en unos kilómetros.

—En ese caso no les voy a molestar más. Muchas gracias, señor —levantó la voz para que el abuelo le escuchara, y éste movió la cabeza en señal de asentimiento.

Se despidió y desanduvo el camino.

Tal vez había sido una estupidez viajar hasta allí. Setenta años eran muchos. El desánimo le acompañó mientras conducía. Detuvo el coche cuando cruzaba la presa para asomarse al imponente desnivel que separaba el agua embalsada del cauce del Duero, encajonado entre montañas, y tras unos minutos reanudó la marcha.

Roelos le pareció una copia de Monleras, si acaso algo más moderno, con casas remozadas o de nueva construcción, que imaginó de veraneo para los hijos del pueblo. La carretera le condujo, ¡cómo no!, hasta la iglesia. Estacionó y se dirigió al ayuntamiento, situado igualmente en la plaza de la Constitución, que antes lo había sido del Generalísimo. La puerta estaba abierta, pero era tal el silencio que parecía abandonado.

—¿Hay alguien? —preguntó en voz alta.

—Sí, ¿quién es?

Se encaminó pasillo adelante, hasta el despacho desde el que había surgido la voz.

—Buenos días, ¿es usted del ayuntamiento? —Era obvio con sólo mirar a su interlocutor, sentado ante un ordenador.

—Soy el secretario.

Ernesto repitió la retahíla de explicaciones que había dado en Monleras para justificar el motivo de su visita. Buscaba a Antonio Rico, al que conocían como Toño. Lo dijo sin convicción, como si cumpliera un trámite que de antemano estuviese condenado al fracaso. Para su sorpresa, el secretario le dijo que sí, que conocía a Antonio Rico, que era vecino del pueblo y que vivía con su mujer enferma al final de esa misma calle, en una casa baja con un patio delantero cerrado con una verja roja. Volvió a asaltarle el miedo a no saber cómo manejar aquella historia.

Hizo el camino a buen paso, nervioso por el desenlace, y cuando estuvo frente a ella se detuvo para planificar siquiera mentalmente cómo iba a presentarse y qué explicación daría sobre su visita, pero su agitación era tal que prefirió improvisar sobre la marcha.

—¡Antonio Rico! —alzó la voz desde la puerta, y al no contestarle nadie se decidió a entrar en el patio. Golpeó con los nudillos la puerta de la casa y la entreabrió—. ¿Hay alguien? —alzó de nuevo la voz.

Un señor de pelo blanco, gafas de pasta y unas profundas arrugas que se hundían

en la frente salió a su encuentro.

—Discúlpeme —se apresuró a tomar la palabra—. Me llamo Ernesto López y estoy buscando a Antonio Rico. En el ayuntamiento me han dicho que vive aquí —dijo, aunque sabía que le tenía delante.

—Sí, señor, soy yo —respondió sorprendido por la visita de un desconocido.

—Me llamo Ernesto López —repitió—. Verá, soy historiador y estoy haciendo una investigación sobre la guerra civil en esta zona. —Le sorprendió su ingenio, y le pareció que aquella excusa era mejor que explicarle de buenas a primeras las razones que le habían llevado hasta allí—. Entre la documentación que he manejado sobre la represión había una orden de ejecución de varios militares por defender la legalidad democrática —añadió para que su interlocutor no tuviera dudas sobre de qué lado estaba—. Hay un José Rico Martín, que creo era su hermano.

—Sí, señor —dijo con cara de asombro, sin llegar a entender todavía el motivo de la visita.

—Si tiene un momento, le explico con más detalle. —Ernesto supo que el desconcierto de Toño jugaba a su favor.

—Pase, pase usted.

Le condujo hasta un pequeño salón. Un mueble lleno de adornos y fotos familiares, con una vitrina de copas y vasos que le parecieron antiquísimos y le recordaron la casa de su niñez, ocupaba de esquina a esquina la pared más grande. Enfrente un sofá de escay color marrón oscuro, con los brazos cubiertos de tapetes de ganchillo y cojines bordados, y en la mitad una mesa de comedor de patas repujadas con cuatro sillas alrededor. Le invitó a sentarse y le ofreció algo de beber antes de tomar asiento.

—Cualquier cosa, gracias —aceptó por educación y, de paso, para prolongar la visita.

La escena le pareció surrealista. Estaba allí, sentado en casa de un hombre al que no conocía, y que pese a ello le atendía sin ninguna prevención.

—¿Cómo quiere que le llame, Antonio o Toño? —se le ocurrió decir para preparar la conversación, más bien el interrogatorio, al que quería someter a su interlocutor.

—Como usted quiera. Todo el mundo me dice Toño.

Se sentó frente a él y, como si acabara de descubrir su presencia, le preguntó que quién le había dicho que era.

—Soy profesor de Historia en la Universidad Complutense de Madrid.

—¡Ah, historiador! —dijo como si recordara de pronto que así se había presentado unos instantes antes—. Pues usted dirá en qué puedo ayudarle.

—Como le decía... —Ernesto comenzó a enumerar sus averiguaciones, sin desvelar todo lo que sabía, y esperó la respuesta a su perorata.

—Mi hermano cumplió el servicio como voluntario en Ceuta, en el Batallón de Cazadores del Serrallo número 8.

—Un destino duro para un muchacho tan joven —afirmó para ir fraguando la necesaria complicidad que sabía imprescindible antes de entrar en materia.

—Se marchó porque le tiraba el Ejército y con la idea de hacer vida allí. Él había trabajado en casa, en agricultura, ayudando en el campo, porque mis padres tenían una pareja de mulas al porte, pero no le gustaba y decidió marcharse del pueblo a buscar otra vida.

—¿Y usted recuerda cuando se marchó, Toño?

—Yo tenía tres años entonces, pero lo recuerdo mucho. —Ernesto comprendió que había dado en la tecla, que aquel hombre deseaba tanto contar su historia como él escucharla—. Mi hermano Nicolás tenía trece años cuando la guerra y como él no se acuerda de muchas cosas, dice que yo era muy pequeñín cuando se fue José y que tampoco me puedo acordar, y yo le discuto que me acuerdo perfectamente de él por lo mucho que me quería... —La voz se le quebró—. Él a mí y yo a él.

Le dejó recomponerse sin hacer ninguna pregunta y esperó a que continuara con su relato.

—Mi cuna estaba junto a su cama. Una noche que venía de fiesta, entonces no había luz eléctrica, me desperté llorando y él me cogió en brazos, me puso su corbata y me dio unos caramelos para que me callara. Me acuerdo perfectamente.

—¿Su hermano Nicolás vive?

—Sí, señor, en Barcelona. De siete hermanos quedamos tres: Nicolás, Balbina, que vive en Almendra, y un servidor. José era el mayor y yo, el pequeño.

—¿Y cuántos años tiene usted?

—Setenta y cuatro para setenta y cinco.

—Está usted muy bien —soltó una frase hecha.

—Tengo mis achaques, pero no me puedo quejar.

—¿Y sus padres?

—Mis padres murieron. Los dos eran de Villarino. Mi madre perdió a su padre cuando tenía cuatro años y su madre se casó en segundas nupcias con un hermano de su marido, con un tío de mi madre.

Ernesto sacó una libreta para tomar nota y repasar después con calma aquel galimatías de parentescos que tanto le costaba comprender.

—¿Le importa que escriba?

—¿Para qué? —inquirió Toño sorprendido de que sus palabras tuvieran algún valor.

—Para no olvidarme de lo que me está contando.

—Como usted quiera, señor.

—Me decía que su abuela se casó con un hermano de su marido.

—Que también murió. Mi madre tenía dieciocho años y le extrañó mucho porque fue muy bueno con ella. Tuvo que dejar los estudios y echarse a una vida dura, con los arrieros a Salamanca, y después se casó. Mis padres emprendieron entonces una vida de comercio y se fueron a Monleras, porque mi madre tenía allí un patrimonio

de fincas que había heredado.

—Toño, hábleme de la mili de su hermano en Ceuta.

—Lo hicieron cabo, que entonces parece ser que hacerse cabo no era muy fácil, pero él era muy listo para las letras, y muy noble, y muy bueno. Yo era muy pequeño entonces, pero me acuerdo del sufrimiento que vi en casa. Dejó de escribir y mi madre le mandó recado a un amigo del pueblo que estaba con él, Manuel, y después ya fue cuando confirmaron que estaba detenido; pero mi hermano no fue ningún traidor. Él defendió su ideal, él era español y juró la bandera como dice el juramento, hasta perder la última gota de sangre, y así fue.

—Ese amigo de su hermano, Manuel, ¿por casualidad se llamaba Cadierna de apellido?

—Eso es, Cadierna.

—José estuvo preso en el Hacho —Ernesto tomaba carrerilla y su interés era cada vez más evidente.

—Lo llevaron al penal del Hacho, y ya hubo días que pudo escribir, no sé cómo, pero las cartas llegaban y mi madre, la pobre, era la que le contestaba y le decía que tuviera paciencia. Cuando mataron a José, ella y mi padre se encerraron mucho en sí mismos. Mi madre nos hacía leer en la cocina y aunque ya estaba muy mal de la vista por la diabetes, nos corregía la entonación y las pausas. Murió joven.

—¿No guardará las cartas de su hermano? —Se le hizo un nudo en el estómago.

—Las quemé cuando murieron mis padres. Mi madre las leía todos los días y yo, por temor a que se extraviaran y cayeran en manos de cualquiera, las quemé, pero antes ya las había leído. En una decía «madre, yo seré un grande de España»... —Toño hizo un puchero para contener las lágrimas—. Pues ya lo eres. Estoy muy orgulloso.

Se levantó de improviso, como si fuese a dar por concluida la conversación. Ernesto aguardó unos minutos y le vio regresar con una foto enmarcada, muy antigua, tan retocada que parecía un dibujo. En la parte superior estaban los que supuso eran sus padres flanqueados por dos jóvenes con uniforme militar, y en la parte inferior cuatro varones y una hembra en los que el tiempo había dejado ya su huella.

—Mire usted.

—Tuvo otro hermano militar.

—Este de aquí es José —dijo señalando al de la izquierda— y éste, Santiago. A Santiago lo movilizaron con diecisiete años, unos meses después de que mataran a José. Se fue con las tropas de Franco al frente de Madrid, a primera línea de fuego, con otros nueve chicos del pueblo, y no regresó ninguno. Escribió una carta a nuestra madre en la que le decía que estaba muy contento.



—¿Murió en Madrid?

—Lo mataron a los dos meses en Aravaca y está enterrado en un pueblo que se llama Griñón. Dicen que un republicano gritó desde la trinchera «fascista, ¿tienes piedras de chisquero?», y que al levantarse le pegaron un tiro. Muchos años después escribieron del Gobierno para ver si mis padres daban permiso para llevar sus restos a El Escorial.

—¿No sería al Valle de los Caídos? —le corrigió Ernesto.

—Eso, al Valle de los Caídos, y mi padre dijo que le dejaran en paz donde estaba.

—¿Y sus otros hermanos? —La foto los mostraba ya mayores, en un montaje en el que sólo las imágenes de José y Santiago permanecían detenidas en el tiempo.

—Este de aquí soy yo, al lado de Balbina, y el del bigote es Nicolás. Los demás han fallecido.

—Sí, eso ya me lo ha dicho, pero le preguntaba qué fue de ellos.

—Valentín se marchó a Buenos Aires y allí murió hace ya más de veinte años. Él quería ser capataz agrícola, pero no le dieron la plaza porque no era de Falange, y el otro, Ángel, se fue a Barcelona cuando acabó la guerra. Se hizo enfermero, ¿sabe usted?, y cuando se jubiló, se levantó una casita en Monleras y allí murió.

—¿Tuvieron hijos?

—No, señor, los dos murieron solteros.

—¿Y los dos hermanos que aún viven?

—Nicolás se marchó a Barcelona con unos amigos y allí se casó. Balbina se casó también. Vivió unos años en una casa al lado de la de los abuelos. Luego ya se marchó a Almendra, porque su marido era de allí.

—Toño —incorporaba su nombre a cada pregunta para denotar proximidad—, no me ha dicho cómo se enteraron sus padres de que habían fusilado a José.

—Les escribió una carta diciendo que le iban a matar, y también escribió su abogado. Cuando llegó la carta, la casa se derrumbó. Yo tenía cinco años y no comprendía nada. Mi padre nos mandó a mi hermano Ángel y a mí a sacar las vacas al campo. Fuimos a un sitio lejos y mi hermano me decía «vete allí a ver lo que hay, vete para allí» porque no quería que le viera llorar.

—¿Y usted sabe, Toño, por qué fusilaron a su hermano?

—Tuve siempre mucho interés por saber qué es lo que había hecho mi hermano, y cuando don Felipe González llegó al Gobierno, me atreví a escribirle para que me informara.

—¿Y le contestó?

—Sí, señor, me contestó su secretario diciéndome que habían leído muy atentamente mi carta y que me dirigiera a la Capitanía General de Sevilla. De allí me enviaron unos papeles y una nota en la que me deseaban que consiguiera el objetivo que pretendía. Sólo puedo decir que estoy orgulloso de mi hermano, y que sus sobrinos también están orgullosos.

—¿Me podría enseñar esos papeles, Toño?

—Sí, señor.

Volvió a desaparecer. Regresó con una carpeta de un azul desvaído en la que guardaba unas fotocopias que le extendió. Una de ellas era el acta del consejo de guerra y otra, la sentencia de muerte. Documentos que Ernesto ya había consultado en Madrid y de los que nada se deducía sobre los motivos de la condena.

—¿Esto es todo, Toño?

—Don Francisco Vicente, que era un abogado amigo de mis padres, de un pueblo de aquí al lado, de El Gejo de los Reyes, años después de todo aquello les contó que José había muerto en Ceuta, pero que el cuchillo había ido desde Monleras.

—Mire, ésta es la carta que me envió el secretario de don Felipe González. — Descubrió un folio que conservaba sin una arruga. Estaba fechado el 19 de diciembre de 1985 y llevaba el membrete del director del gabinete de la Presidencia del Gobierno, que firmaba al pie de la misma sobre su nombre escrito a máquina: Roberto Dorado.

—¿Su hermano sigue enterrado en Ceuta?

—Donde le dieron tierra, allí está.

—Supongo que la vida en el pueblo no sería fácil para ustedes.

—¿Después de que fusilaran a mi hermano?

—Sí, desde que fusilaron a José.

—Mire usted, por la noche iban a cantarnos a la puerta de casa cada vez que los nacionales ganaban alguna batalla. Nos miraban con desprecio. Hasta los maestros nos dieron la espalda, y eso que mis padres habían sido los padrinos de una de sus hijas, a la que pusieron de nombre Aurora, por mi madre, y los maestros eran los padrinos de mi hermano Valentín, que se llamaba así por el maestro.

—¿Y qué fue de Manuel, el amigo de su hermano que se marchó con él a Ceuta?

Madrid, 19 de Diciembre de 1985

Sr.D. Antonio Rico Martín
RODELOS DE SAYAGO
(Zamora)

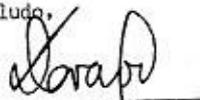
Estimado amigo:

Por encargo del Presidente y en su nombre contesto a la carta que le ha dirigido, que hemos leído con interés.

Como ya conocerá a través de los medios de comunicación, recientemente S.M. el Rey ha inaugurado el monumento a todos los que dieron su vida por España, sin distinción por las causas y circunstancias de cada caso. Con ello espero vea reconocida su aspiración respecto a su difunto hermano.

En cuanto a su deseo de obtener una certificación de la sentencia del Consejo de Guerra, le sugiero se dirija a la Secretaría de Justicia de la Capitanía General de la Segunda Región Militar en Sevilla.

Reciba un cordial saludo.



Roberto Dorado.

—Manuel hizo carrera. Regresó al pueblo, pero ni él ni sus padres volvieron a tratarnos. Si hasta nos retiraron la palabra, fijese usted, cuando las dos familias habíamos sido uña y carne.

—¿Y eso por qué? ¿No sería ése el cuchillo del que me hablaba hace un momento?

—¿Qué cuchillo?

—Lo que me ha comentado que les dijo a sus padres don Francisco Vicente, el señor de El Gejo de los Reyes.

—¡Ah! Eso ya no se lo puedo yo decir a usted.

—¿Porque no lo sabe? —tensó la conversación.

—Mayormente.

Ernesto tenía la respuesta a aquella duda, pero prefirió guardarla para sí. Que Toño supiera que Manuel delató a José no iba a mitigar su dolor, al contrario, y no era su intención avivar nuevos rencores. Apuró la copa.

—Toño, le estoy muy agradecido.

—¿Y para qué quiere usted saber todo esto?

—Bueno... —dudó qué contestar—. A los historiadores nos interesan todas estas cosas. —Hizo un inciso para pensar lo que iba a decir—. Pero quería contarle algo. En esos papeles que me ha enseñado dice que a su hermano lo mataron por un delito

de sedición, cuando lo que hizo fue defender la legalidad republicana, ¿y sabe qué? —buscó la atención de Toño—, que a su hermano José lo fusilaron porque intentó matar a Franco.

—¿Matar a Franco?

—Eso es.

—¿Cómo sabe usted eso? —respondió con un latigazo de voz, como si hubiera manchado su memoria.

—No lo digo como reproche, no quiero que me malinterprete. He consultado la causa que instruyeron contra su hermano y allí figura que planeó matar a Franco con la ayuda de otros compañeros. Por eso los fusilaron a todos.

—Mi hermano no fue un asesino. —La voz de Toño era menos crispada.

—Claro que no, no he querido decir eso, y si me he expresado mal, le pido disculpas. José Rico fue honesto con la legalidad republicana, y un valiente. Pocos están dispuestos a poner en peligro su vida por defender sus ideas. Créame que se lo cuento para que ese orgullo que tiene usted por su hermano no lo pierda nunca.

Toño contenía a duras penas las lágrimas con un pañuelo. Se acercó a Ernesto y le abrazó. Sin demasiada convicción, él también le estrechó en sus brazos, azorado por una situación que no había previsto.

—Muy agradecido, le estoy muy agradecido —repetía Toño como una letanía.

—Antonio —evitó el diminutivo porque le parecía que el momento así lo requería—, no me tiene que agradecer nada. Al revés, soy yo quien le da las gracias por haberme atendido y por compartir conmigo sus recuerdos.

—¿Y qué va a hacer usted con lo que le he contado? —inquirió Toño con curiosidad exenta de malicia.

—No lo sé. —Ernesto guardó silencio un instante, porque aquello no había sido una respuesta—. Cuando llegue a Madrid repasaré las notas de nuestra conversación. Tal vez le llame y le pida que me ponga en contacto con sus hermanos, con Nicolás y con Balbina, y vuelva de nuevo por aquí. Puede que escriba un libro sobre lo que le ocurrió a su hermano y a sus compañeros, porque si hubieran matado a Franco, habrían cambiado el rumbo de la historia de este país —pensó que era la manera perfecta de concluir su explicación.

—Y eso a quién le importa ya. —La simpleza de la respuesta le desarmó.

¿A quién le importa ya? Le importaba a él, quizá a algún colega, y seguramente a pocos más. El cabo Rico era el protagonista de un suceso que nunca ocurrió, de algo que no llegó a ser. Al fin una víctima más de la barbarie de la guerra. Un perfecto desconocido salvo para su familia.

—Seguro que a mucha gente, Toño —mintió para no decir que lo que habían hablado les concernía sólo a ellos.

Se quedaron sin palabras. Entretuvieron el silencio con miradas. Ernesto concluyó que ya había hecho su trabajo y que era el momento de marcharse, pero antes tomó una decisión que seguramente no habría tomado si la hubiera meditado. Abrió la

cartera y sacó de su interior el cuaderno de tapas negras de cartón.

—Esto es suyo, Toño. No se me ocurre nadie mejor para que lo guarde.

—¿Qué es?

—El diario que su hermano escribió cuando estaba preso en el Hacho. No me pregunte de dónde lo he sacado, sencillamente, léalo. ¡Ah!, y no haga como con las cartas y vaya a quemarlo —dijo para rebajar la emotividad del momento, de la que tampoco él había podido sustraerse.

Toño pasó la mano sobre las tapas y lo abrió con el mismo ceremonial que había empleado Ernesto cuando lo leyó por primera vez. Prefirió no prolongar aquella escena por más tiempo. Se estrecharon la mano, intercambiaron teléfonos y se despidieron deseándose lo mejor. Ernesto se volvió cuando cerraba el portón rojo y Toño hacía lo mismo con la puerta de casa, con el diario apretado contra el pecho. Levantó la mano en señal de despedida y le dio la espalda.

XXVIII

Mientras caminaba de regreso al coche, telefoneó a Andrés para hacerle partícipe de la charla que acababa de mantener.

—Andrés, soy yo —la frase resultaba estúpida.

—He encontrado a un hermano del cabo Rico, a Toño, el menor de los siete —le anunció convencido de la emoción que la noticia le iba a producir—. He estado toda la tarde hablando con él en su casa. ¡Ah!, y hay dos hermanos más que aún viven. Nicolás en Barcelona y Balbina en un pueblo cercano, en Almendra.

—¿Y qué te ha contado? —Andrés se mostró intrigado por una historia que sentía como suya desde que Ernesto le revelara su hallazgo y le hiciera partícipe de sus averiguaciones y sus desatinos en el archivo militar.

—José se marchó voluntario a la mili con la intención de hacer carrera en África. El golpe le pilló allí y planeó matar a Franco. A lo que te cuento añádele los ingredientes que suelen tener todas las historias de los pueblos: los padres señalados por los vecinos, el amigo de toda la vida que se marcha con él a Ceuta y termina delatándole, la novia abandonada...

—¡Menuda historia!

—Le he dado el diario —soltó de improviso.

—¡Que le has dado el diario!, ¿pero no lo ibas a devolver?

—No puedo darte una explicación coherente para lo que he hecho porque se me ocurrió de pronto, sin pensarlo, fue un fogonazo.

—Joder, si hasta te vas a poner místico —le interrumpió—. ¿No podías haberte parado un momento a pensar lo que ibas a hacer?

—Podía, pero no lo hice... y si quieres que te diga la verdad, no me arrepiento.

—Lo estás arreglando.

—Andrés, se lo he dado porque me ha parecido que era de justicia. Setenta años después de su muerte, José sigue siendo un recuerdo doloroso para sus hermanos, una ausencia que saben definitiva, pero que se resisten a asumir porque no tienen nada que explique el vacío que ha dejado. Sencillamente, se han acostumbrado a sobrevivir con ella, como hacemos todos con nuestras miserias... Ni siquiera sabían por qué lo habían matado. ¿Te imaginas? Rico era sólo un muchacho idealista... nada más que eso. Ni era un héroe ni buscaba serlo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que me ha parecido que el diario de José Rico no me pertenece, ni a mí ni a un archivo militar, sino a su familia. Que son ellos, y no nosotros, quienes tienen derecho a conocer lo que José pensó y sintió durante los nueve meses que pasó encerrado antes de ser fusilado. Porque ese diario está escrito para sí, pero también para quienes le querían. No es documento judicial, es la voz desnuda de un hombre que va a morir, y ésa le pertenece a sus seres queridos.

—Joder, Ernesto, vaya rollo que me has soltado. En fin, como soy un hombre

fácil, reconozco que me has convencido. No sé si te entiendo del todo, pero me has convencido. ¿Y ahora qué?

—Pues que tú y yo vamos a escribir su historia. Me he dado cuenta de que los historiadores podemos hacer justicia, la justicia de la Historia, para que ésta no sirva sólo para instruir y formar a nuestros alumnos, sino para pagar la deuda de la memoria que tenemos con quienes perdieron la guerra.

—Me alegro de veras —dijo Andrés convencido de que aquella historia había tocado hondo en su compañero—. Por fin has recuperado la fe.

—La fe es para los creyentes, y yo no lo soy. He recuperado la esperanza en lo que hago, el gusto por mi trabajo. Nos vemos el lunes en la facultad —Ernesto zanjó la conversación, que derivaba hacia un terreno demasiado almibarado para él.

—Hasta el lunes, y ve con cuidado —se despidió Andrés.

Mientras conducía de regreso a Madrid, le invadió una sensación de sosiego, y tuvo la certeza de que cuando dentro de unos pocos años todas las personas que habían sobrevivido a los horrores de la guerra murieran, lo único que quedaría del ayer serían esos montones de papeles en los que hurgaba en busca de vidas ajenas. Eso... y la memoria.

AGRADECIMIENTOS

Querido lector, la novela que acabas de leer está basada en una historia real, aunque no todas las situaciones que en ella se narran sucedieron tal y como aparecen recogidas en estas páginas. Muchos personajes son también reales; otros son producto de mi imaginación. Para aunar ficción y realidad he contado con la colaboración de un grupo de personas a las que quiero agradecer su ayuda.

El descubrimiento de la historia del cabo José Rico es mérito exclusivo del investigador Francisco Sánchez Montoya, que durante años rebuscó en los archivos militares de Ceuta datos sobre la represión en la ciudad para su excelente ensayo *Ceuta y el norte de África. República, guerra y represión*. Él me puso sobre la pista del personaje principal de esta novela y me mostró los escenarios en los que se desarrollaron los hechos.

El teniente coronel José González Ávila, el sargento Juan Andrés Sarrías Grimaldi y el cabo primero de regulares Carlos González Rosado me ilustraron con sus conocimientos sobre la vida militar en Ceuta en los años treinta del siglo pasado. José Luis Gómez Barceló, cronista oficial de la ciudad, me fue también de gran ayuda en esta tarea.

Agustina Rico, sobrina de José Rico, fue mi puerta de entrada a su familia. Ella me llevó hasta su padre, Nicolás, y sus tíos, Antonio y Balbina, los únicos hermanos del protagonista que aún viven. Mi agradecimiento y afecto a todos ellos por compartir sus recuerdos conmigo.

Juanje, responsable de Cultura del ayuntamiento de Monleras, puso a mi disposición el archivo del ayuntamiento para que buceara en los legajos de la época, y me presentó a los vecinos del pueblo que vivieron aquella tragedia.

Luis Calvo Rengel, de la Asociación Salamanca Memoria y Justicia, me facilitó la documentación de que disponía sobre el caso y me ayudó en la búsqueda de información complementaria.

El historiador Julián Casanova me ofreció su hipótesis sobre lo que podría haber ocurrido de haber triunfado el plan para asesinar a Franco.

Octavio Ruiz-Manjón, director del departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, y el catedrático Jesús Martínez Martín me ayudaron a dar cuerpo al personaje de Ernesto López, el profesor escéptico y descreído que se emociona con el inesperado hallazgo de su investigación.

Daniel, Toño, Silvia, Javier y Agustín leyeron el primer borrador y lo enriquecieron con sus sugerencias.

Raquel Gisbert, mi editora, me guió en el complejo tránsito de la realidad a la ficción.

A todos, gracias de corazón.

Notas

[1] Café con leche. <<

[2] Cocina. <<

[3] Culo. <<

[4] Cabo. <<

[5] De un sorbo. <<

[6] Medida equivalente a medio litro. <<

[7] Confederación Española de Derechas Autónomas. <<

[8] Lengua. <<

[9] Protestón. <<

[10] El fusil. <<

[11] Cobarde. <<

[12] Brigadas. <<

[13] Sargentos. <<

[14] Tiros. <<

[15] Calobozo. <<

[16] Gorro legionario. <<